Los Misterios de las Joyas de la Corona



La Daga de Rubies

Lynn Morrison
& Anne Radcliffe

La Daga de Rubíes
Los Misterios de las Joyas de la Corona
Libro 2

Lynn Morrison
Anne Radcliffe

Marketing Chair Press

Derechos de autor

Derechos de autor © 2024 por Lynn Morrison y Anne Radcliffe

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de los autores, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

La historia y los personajes de esta novela son ficticios. Se mencionan algunas instituciones, agencias y oficinas públicas establecidas desde hace tiempo, pero la historia es completamente imaginaria. Algunos personajes se han inspirado en figuras históricas reales y respetan los hechos generalmente conocidos sobre estos individuos y sus períodos históricos relevantes. Sin embargo, sus acciones y conversaciones son estrictamente ficticias. Todos los demás personajes y eventos son producto de nuestra imaginación.

Diseño de portada por Melody Simmons

Publicado por

The Marketing Chair Press, Oxford, Inglaterra

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Notas históricas
La Intriga del Zafiro
Agradecimientos
Acerca de Anne Radcliffe
Acerca de Lynn Morrison

A Morgan, en agradecimiento por toda tu ayuda

1



—¿Ves al caballero de la izquierda? Es Lord Harrington. Asegúrate de saludarlo; he oído que podría estar buscando una nueva esposa.

Grace siguió la dirección indicada por el mentón de su madre, mirando dócilmente en esa dirección sin entusiasmo. Al localizar al lord en cuestión, tuvo que reprimir las ganas de arrugar la nariz. Lord Harrington tenía al menos cincuenta años y pesaba por lo menos quince kilos de más.

—Es solo mi primera temporada, mamá.

Dejó de lado el resto de su pensamiento. *Aún no tengo motivos para estar tan desesperada.*

Su madre le lanzó una mirada de reojo que lo decía todo, y Grace ahora comprendía bien sus ambiciones. Privada de la idea de casar a su hija con un duque, conspiraba para aprovechar cada oportunidad de encontrar otro marido bien posicionado para Grace —como en este evento en el palacio— y su opinión sobre la conveniencia no tendría en cuenta la apariencia ni la edad.

Ni el amor y la amistad, pensó Grace, sintiendo un vacío alrededor de su corazón. *Mucho menos la aventura.* Incómoda, volvió su atención al frente de la sala.

Su Alteza Real el Príncipe Regente, rey de hecho si no de nombre, estaba sentado en el trono. Su madre, la Reina Charlotte, se encontraba a su lado, encarnación misma de la esposa y madre devota. Las apariencias podían ser engañosas, se recordó. Aunque sabía poco sobre Prinny, aquellos que se atrevían a cruzarse en el camino de la Reina Charlotte descubrían que sus dientes reales eran tan afilados como su ingenio. Se sorprendería si él no estuviera cortado por la misma tijera.

En esta noche particular, en el salón del trono del palacio de Saint James, el Príncipe y la Reina observaban a la multitud de unos cincuenta invitados, tomando nota de quiénes se juntaban y qué alianzas se habían distanciado. Desde la entrada, el maestro de ceremonias alzó la voz para anunciar la llegada de su invitado de honor.

—Su Excelencia, el barón Gustaf Albin Lindberg, embajador de Suecia.

Al fondo de la sala, Lady Grace Tilbury se movía de izquierda a derecha. No importaba dónde mirara, no podía tener una vista despejada de la entrada. Suponía que ya debía considerarse afortunada de estar en la habitación, pero ahora que estaba allí, no quería perderse la llegada del embajador.

No sabía mucho del hombre más allá de su nombre y origen. Esta velada marcaba su oportunidad de llenar ese vacío en sus conocimientos. Sin embargo, estaba menos interesada en el hombre en sí que en el papel que ocupaba. Los embajadores viajaban por el mundo y conocían

a gente interesante. Se aventuraban mucho más allá de los límites de su sociedad con la plena bendición de sus gobernantes. Grace no podía imaginar que Inglaterra nombrara a una mujer para tal puesto, pero por esa oportunidad, estaría dispuesta a desempeñar el papel de esposa devota. *Ellas* frecuentemente acompañaban a sus maridos diplomáticos en viajes, y a menudo actuaban como anfitrionas y en roles similares.

No es que tuviera la intención de casarse con el embajador sueco, entiéndase bien, pero alguien como él sería digno de su consideración. Al menos, podría viajar.

Al no tener a nadie detrás de ella, juzgó que era lo suficientemente seguro ponerse de puntillas para ver si la altura adicional le ofrecería un mejor punto de vista. Apenas había ganado dos centímetros cuando su madre le pellizcó el brazo.

—*Ay* —articuló Grace en silencio mientras se frotaba el brazo.

Sus guantes blancos le impedían comprobar si su madre le había dejado una marca. Lanzó una mirada fulminante en dirección a su madre y recibió una aún más severa a cambio.

—¡Quédate quieta! —ordenó su madre en un susurro apenas audible.

—Mi vista está bloqueada —explicó Grace en el mismo tono bajo.

Lady Tilbury no puso los ojos en blanco, pero por poco. Retrocedió e hizo un gesto a su hija para que intercambiaran lugares. Grace se deslizó hasta chocar con su hermano Felix, esperando empujarlo a un lado. Él se negó a cederle terreno, levantando la nariz en el aire y fingiendo ignorar su existencia.

A pesar de todos sus esfuerzos, Grace descubrió que su vista apenas había mejorado. De hecho, se podría decir que había empeorado. Aunque ahora podía ver al embajador subir al estrado para presentar su regalo, también veía a la pareja de la que más se hablaba esta temporada. Lady Charity Cresswell —su mejor amiga, un diamante del más alto quilate, y la debutante favorita de la Reina— estaba junto a Lord Roland Percy. Bajo la luz vacilante de las decenas de velas de las arañas, el cabello rubio de Lady Charity brillaba como oro hilado. Para el observador ocasional, parecía tan etérea como cualquier princesa de cuento de hadas. Su debut en sociedad, sin embargo, se había parecido más a una advertencia.

Grace no se permitió pensar demasiado tiempo en el hombre de cabello negro que estaba junto a su mejor amiga. El pasado militar de Lord Roland Percy era evidente en sus hombros cuadrados y su columna vertebral rígida. Visiones de él desplomado en un carruaje de alquiler, vestido como un criado, emergieron a la superficie de los recuerdos de Grace. Aún podía recordar el contacto de sus dedos en su rostro cuando habían hablado en el laberinto de Vauxhall.

Cuando Charity había sido secuestrada, su reputación se había hecho añicos. Fue solo porque Grace y Roland la habían encontrado, un hecho que la Reina consideraba un favor personal, que las consecuencias no habían sido peores.

En agradecimiento, Lady Grace y su familia ahora se encontraban invitadas a todos los mejores eventos. La recompensa de Roland... era un compromiso con Charity, la debutante más codiciada de la temporada. Anunciado públicamente y bendecido por la propia Reina. No solo Charity se casaría con un duque, sino que también salvaba su virtud de una ruina segura.

El aliento de Grace se cortó ante el dolor de ese pensamiento. Se suponía que debía estar encantada por su amiga más querida, y sin embargo...

Al volver a prestar atención, notó que todas las miradas estaban dirigidas hacia el embajador. El barón Lindberg había subido al estrado, colocándolo lo suficientemente alto para que Grace tuviera una vista despejada. Era alto e imponente, con ojos grises acerados y penetrantes que parecían no perderse nada. Su cabello, antes castaño oscuro, ahora estaba salpicado de plata. Vestía impecablemente un traje oscuro a medida con una larga levita.

Con voz profunda y mesurada, se dirigió al Príncipe Regente.

—Es con gran placer que ofrezco a Su Alteza esta modesta muestra de afecto, para demostrar el nuevo acuerdo de amistad que une a nuestras grandes naciones.

Se apartó para dejar que un lacayo se adelantara y presentara el regalo.

Una vez terminada la ceremonia, el grupo se dirigió al comedor para una cena formal. Grace y su familia fueron de los últimos en abandonar la sala, dado su alejamiento de la puerta, pero la ventaja era que Grace tuvo la oportunidad de demorarse un momento adicional al pasar frente al regalo expuesto.

Un cojín de terciopelo, en el tono más pálido de marfil, con borlas y flecos dorados proclamando su importancia, reposaba sobre un pedestal de mármol. Sobre este sencillo fondo, la daga ornamentada con joyas era una obra maestra.

La daga ofrecida por el embajador sueco al Príncipe Regente era un magnífico ejemplo de artesanía y diseño majestuoso, digno de un destinatario real. La empuñadura de la daga, fabricada en oro macizo, había sido pulida hasta un brillo resplandeciente que captaba y reflejaba la luz de las velas con un resplandor cálido y acogedor. Delicados motivos de volutas esculpidos en el oro, cada bucle y floritura meticulosamente detallados, daban a la empuñadura una apariencia elegante y opulenta.

Incrustados en estas volutas se encontraban numerosos pequeños rubíes de un rojo profundo y diamantes centelleantes.

Grace apenas notaba la fina hoja de acero, afilada hasta una peligrosa agudeza. Su atención permanecía cerca de la base de la hoja, donde estudiaba el emblema que representaba el escudo de armas real sueco. Serviría para siempre como un recordatorio de los orígenes del regalo y su importancia como símbolo de buena voluntad diplomática.

Aunque Grace estaba acostumbrada al lujo y las joyas, era una visión impresionante que casi le cortaba la respiración. Incluso Lady Tilbury se había quedado muda ante este regalo inestimable. Solo los ojos vigilantes del guardia apostado cerca de la puerta las animaban a darse prisa.

Grace anhelaba volver a la tranquilidad de su hogar, pero su velada apenas comenzaba. Gracias a la disposición en forma de U de las mesas, Grace tenía nuevamente una vista de Charity y Roland. Estaban sentados cerca del extremo de la mesa, acorde con la posición de Roland como futuro duque de Northumberland. La familia Tilbury estaba sentada al otro lado, justo por encima de aquellos de rango más bajo. El único placer que Grace obtenía de ello era ver a su enemiga jurada, Lady Fitzroy, sentada en el extremo más alejado.

Los métodos de la Reina eran sutiles, pero había encontrado una manera de mostrar su descontento por el papel de Lady Fitzroy en el secuestro de Charity.

Lady Fitzroy, sin embargo, no se había desanimado. Durante la cena, Grace la escuchó más de una vez lanzar ligeras aspersiones sobre el carácter de Charity. Las mujeres a su alrededor reían disimuladamente ante sus comentarios, grabándolos en su memoria para poder compartirlos con otras durante el té del día siguiente. Las mejillas de Grace ardían de furia, pero se mordía la lengua.

Las instrucciones de su madre antes de su partida habían sido claras.

—Lo mejor que puedes hacer por Charity es fingir que nada ha pasado. Pronto, el beau monde lo olvidará. Podrías pensar en sofocar los fuegos de los chismes defendiéndola, pero solo avivarías las llamas. Haz como la Reina y corre un velo sobre todo el asunto.

Más fácil decirlo que hacerlo. Probablemente era la razón por la que Lady Tilbury se aseguraba de distraer a Grace haciéndola conversar con todos los caballeros elegibles cercanos,

por absurdo que pareciera. Cualquier unión concluida aquí sería un paso adelante para la familia Tilbury. Su madre parecía decidida a ver a Grace hacer un matrimonio conveniente antes del final de la temporada, aunque solo quedaban unas pocas semanas.

—Lord Sanderson, ¿le han presentado a mi hija, Lady Grace? —preguntó su madre al anciano sentado frente a ellas en la mesa—. Recientemente ha hecho su debut y tiene un espíritu fuerte. Su futuro marido cosechará fortuna gracias a su fuerza de carácter.

Entre su cabello blanco, su piel moteada por la edad y su figura encorvada, Grace se maravillaba de que el hombre aún no estuviera en la tumba. Ciertamente era lo suficientemente mayor como para rivalizar con Matusalén y hacerle reconsiderar a Lord Harrington. Tal vez era por eso que su madre estaba tan empeñada en que el hombre notara a Grace.

Grace dirigió al hombre una sonrisa depredadora. Dado que su madre la describía como si fuera una yegua reproductora, parecía apropiado. El viejo lord entrecerró los ojos hacia ella y murmuró algo casi ininteligible. Creyó que preguntaba algo sobre sus caderas, pero seguramente el hombre no sería tan torpe. Pero luego, examinó la figura de su madre y volvió a estudiarla.

Afortunadamente, Charity no estaba sentada más cerca. Se habría deleitado en recordarle a Grace su plan de principios de temporada de casarse con un casi cadáver y convertirse en viuda.

Un lacayo llegó para retirar los últimos platos del postre. Al acercarse el final de la cena, Grace vio la oportunidad de escabullirse para tomar aire, antes de que los invitados pasaran a la recepción y el baile posteriores a la cena. Murmuró sus disculpas y pidió permiso para retirarse. Al salir de la habitación, sintió la mirada ardiente del anciano en su trasero. ¿En qué estaba pensando su madre, al infligirle la perspectiva de un matrimonio con semejante hombre?

Detuvo a un lacayo que pasaba para preguntarle el camino al patio más cercano, donde podría tomar aire fresco.

—Siga este pasillo, pase frente a la sala del trono hasta que tenga que girar a la izquierda. Después del giro, puede llegar al patio por la segunda puerta a su derecha. ¿Quiere que le muestre el camino? —ofreció él.

—No, estoy segura de que puedo seguir sus instrucciones. Son bastante sencillas, y usted debe de estar muy ocupado.

Grace le dio la espalda al hombre para permitirle volver a su trabajo. Los murmullos de conversación se fueron apagando a medida que se alejaba del comedor. El olor de los cuerpos amontonados, la carne asada y los perfumes fue reemplazado lentamente por el de la cera de abeja derretida de las velas alineadas a lo largo de las paredes.

El patio ofrecía poco alivio del sobrecalentado comedor. El aire estaba cargado de humedad, sin el más mínimo soplo de brisa para despejarle la mente. No obstante, Grace deambuló por el espacio, deteniéndose para admirar los parterres de flores en plena floración. Anhelaba descansar en un banco de piedra, pero no se atrevía a sentarse. Su madre le haría perder la cabeza si alguien notaba su ausencia prolongada.

Grace terminó su recorrido y regresó a la puerta por la que había salido. Se dirigió a la sala reservada para las mujeres para refrescarse. Allí, empapó una pequeña toalla en agua fresca y la usó para limpiar cualquier rastro de sudor de su frente y cuello. Aunque no hizo mucha diferencia, era lo mejor que podía esperar.

Así resignada a volver al evento, abrió de par en par la puerta y salió, esperando que el pasillo estuviera vacío, y casi chocó con alguien.

—Lo siento terriblemente —se disculpó Grace, recomponiéndose—. No la vi.

—¿Con la mente en otra parte? —preguntó la otra mujer con tono altivo.

La cabeza de Grace se irguió bruscamente y se encontró mirando directamente a los ojos azul

hielo de Lady Fitzroy.

La sonrisa de la mujer era tan penetrante como su mirada.

—Tal vez estaba pensando en cierto conde. Parecían haberse acercado ustedes dos mientras el diamante estaba ausente. Ahora que ha regresado, él se apega a ella, dejándola a usted en la cuneta.

—Pasamos nuestro tiempo juntos buscando a Charity, como usted bien sabe —siseó Grace.

—Lo que yo sé es muy diferente de lo que los demás ven, Lady Grace. Qué extraño que su familia haya escalado posiciones y, a pesar de este favor, sus propias perspectivas apenas hayan mejorado.

Intentando parecer imperturbable, Grace se ajustó las mangas.

—No sabía que se preocupaba tanto por mis perspectivas, Lady Fitzroy.

Los párpados de Lady Fitzroy temblaron ligeramente.

—Cualquier madre querría asegurarse de que tome las decisiones más sensatas. Quizás debería tener cuidado con las compañías que frecuenta. El diamante ha perdido algo de su brillo, y si no tiene cuidado con su camino, podría encontrarse una vez más en mi camino.

Con estas palabras, Lady Fitzroy levantó su falda y pasó pavoneándose frente a Grace, alejándose antes de que Grace pudiera pronunciar una palabra en respuesta. Grace apretó los puños y rechinó los dientes. Si hubiera sido un hombre, habría podido exigir satisfacción a esa horrible mujer. Grace no era sedienta de sangre, pero Lady Fitzroy sacaba a relucir sus instintos más bajos.

Después de tragar aire para calmar su ira, Grace regresó hacia el comedor. Se demoró en la esquina, fuera de la vista de los invitados en el interior, aún luchando contra sus emociones burbujeantes. Fingió admirar una estatua en caso de que alguien más pasara.

—¿Grace? —llamó suavemente una voz masculina familiar—. ¿Se encuentra bien?

Grace se giró bruscamente, apenas atreviéndose a creer sus oídos. Lord Roland Percy estaba a menos de un metro, con la mano extendida y suspendida en el aire. Una sonrisa casi levantó las comisuras de sus labios, antes de que su estómago se hundiera de shock y miedo de que alguien más doblara la esquina. Sería desastroso para todos, pero especialmente para su amiga.

Helada por el nerviosismo, le siseó:

—¿Qué hace *aquí*?

—Vi que se había ido... bueno, quería asegurarme de que estuviera bien.

—¿Está loco? —jadeó ella.

Echó un vistazo a izquierda y derecha, temiendo el eco de pasos. No podían encontrarlos hablando juntos, no después de todo el trabajo que había hecho para convencer al beau monde de que no había nada entre ellos. Que no la visitaba como pensaban, sino que le pedía ayuda para encontrar a su prometida. Con el regreso de Charity, no había razón para que Grace y Roland estuvieran solos.

—¿Loco? —balbuceó él, confundido por sus palabras—. ¿Por qué...?

Roland no mostraba signos de detenerse. Grace lo agarró del brazo y lo arrastró a través de la puerta más cercana, sin dedicar un segundo de reflexión a la habitación que había al otro lado. Todo lo que importaba era que estaba bendecidamente vacía.

Pero apenas habían cruzado el umbral cuando Roland se detuvo bruscamente. Grace tropezó cuando su rigidez inmóvil la tiró, desequilibrándola, y él extendió la mano para estabilizarla. Ella giró la cabeza, sin querer encontrarse con su mirada, y fue entonces cuando vislumbró la forma encogida del guardia que había visto por última vez en la sala del trono. Su inmovilidad era tan poco natural que su mente hizo sonar una alarma.

El pequeño grito se escapó de sus labios antes de que pudiera detenerlo. La visión era tan impactante; sentía como si un rayo la hubiera golpeado, dejándola inmóvil. No podía apartar la mirada, y cuanto más miraba fijamente, más rápido latía su corazón, haciéndole dar vueltas la cabeza. Pareció durar una eternidad, aunque solo fueron unos segundos, antes de que Roland la apartara para que desviara la mirada del cadáver.

Si ella se había desplomado en sus brazos o si él la había atraído hacia un abrazo, no estaba segura. Pero solo en sus fuertes brazos se sintió a salvo.

2



Durante la cena, Roland observaba a Lady Charity, que comía en silencio a su lado. La hábil forma en que la Reina había manejado el secuestro de Lady Charity —y su posterior compromiso con la joven tras su aparición pública en la iglesia— había restaurado en gran medida su reputación mancillada. Sin embargo, aún había algunos individuos pudibundos que susurraban sus dudas lo suficientemente alto como para ser oídos. No muchos, pero algunos. La mayoría aceptaba la historia fabricada por la Reina, pero incluso entre ellos, Roland veía cuántos la observaban como un halcón juzgando a un roedor.

No les daría más razones para dudar de ella con su comportamiento. Sentía una extraña sensación en el estómago al pensar que era el único baluarte entre ella y la difamación. Ser tan responsable del bienestar de esta... bueno, casi desconocida.

Como si no pudiera evitarlo, su mirada se deslizó de Lady Charity a otro rostro familiar sentado al otro extremo de la mesa en forma de U. Grace los observaba desde su asiento, con los labios apretados. Cuando sus miradas se cruzaron, ella apartó la vista, como avergonzada de haber sido sorprendida mirando en su dirección.

No. Mírame, pensó. Pero ella no volvió a mirarlo.

Frustrado, Roland giró la cabeza. No había podido hablar con Grace desde que estuvieron en los aposentos de la Reina dos semanas atrás. Fue ella quien había pedido la promesa de proteger a Lady Charity. Le habría gustado saber por qué ahora parecía tan descontenta con ello.

Un ligero codazo llamó su atención. A su derecha estaba sentada Lady Anwen, la duquesa viuda de Somerset, y se dio cuenta de que se había perdido una pregunta que ella le había hecho.

—Lo siento, Su Gracia. Tenía la mente a mil leguas de aquí. ¿Cuál era su pregunta?

La duquesa le sonrió.

—Me preguntaba si habían fijado una fecha. ¿Creen que su compromiso será largo o corto?

Lady Charity, al oír esto desde el otro lado, también se volvió hacia él. Se preguntó si ella también estaría interesada en la respuesta.

En cierto modo, sería un alivio terminar con todo esto. Sin embargo, solo había una respuesta que no despertaría más sospechas sobre el estado de Lady Charity.

—No veo razón para apresurarnos hacia el altar —declaró como si lo hubiera ensayado, tratando de encontrar palabras elegantes—. ¿Por qué no disfrutar de los largos días de verano para conocernos mejor? Aunque... estoy dispuesto a adaptarme a las preferencias de la dama.

—Estoy de acuerdo. No hay razón para apresurarnos —asintió calmadamente Lady Charity —. Tal vez un evento íntimo en otoño, cuando el clima empieza a refrescar y las hojas comienzan a cambiar de color. O a finales del verano, antes de que dejemos Brighton.

La duquesa viuda arrulló.

—Las bodas de otoño pueden ser encantadoras. Un escenario de hojas otoñales complementará maravillosamente su tez.

Roland, por lo tanto, desvió nuevamente su atención, juzgando su comentario como exitoso. La duquesa se había perdido la emoción previa de la temporada hasta ahora, pero su charla parecía estar bien encaminada para recuperar el tiempo perdido lo antes posible. Ella llenaba ampliamente los silencios causados por la discreción de sus vecinos de mesa. Su único alivio era que al menos parecía ser una de las inclinadas a ser amable con Lady Charity.

Los lacayos apenas habían terminado de servir el último plato —una crema de piña perfumada con cardamomo y servida en relucientes copas de cristal—. Mientras todos a su alrededor parecían disfrutarla, él se llevó una cucharada del rico postre a la boca. La mirada de Roland vagó una vez más hacia el extremo de la mesa sin pensarlo conscientemente. Fue entonces cuando notó que en algún momento, Lady Grace la había abandonado. La crema agridulce en su boca se volvió amarga.

Varios minutos después, se hablaba de la recepción por venir, y Grace aún no había regresado. Sus nervios le instaban a no permanecer más tiempo en esta interminable cena. Dejó a Lady Charity sentada a la mesa con un breve comentario diciéndole que se reuniría con ella en la recepción.

La relativa frescura del pasillo le pareció una bofetada comparada con el calor del comedor confinado donde habían estado sentados, y Roland se tomó un momento simplemente para respirar. ¿Adónde había ido Grace? ¿Habría ido a una de las numerosas salas de descanso privadas puestas a disposición de los invitados? Se dirigió en esa dirección, esperando que tal vez se cruzaran y por fin pudiera encontrar un momento para hablar con ella.

La suerte, parecía, por fin estaba de su lado.

Lady Grace deambulaba por el pasillo cerca de esas salas, justo a la vuelta de la esquina de los atentos lacayos que esperaban para servir a los invitados que necesitaran un momento de privacidad. Fingía admirar una estatua, pero él sabía que era solo un pretexto.

—¿Grace? —la llamó suavemente, no queriendo asustarla—. ¿Se encuentra bien?

Ella se dio la vuelta con tal viveza que él retrocedió sorprendido.

—¿Qué hace usted aquí? —siseó ella.

¿Había dicho algo estúpido al mostrar preocupación por su bienestar? Ella tuvo la audacia de agarrarlo por la muñeca y arrastrarlo fuera del pasillo. A otra habitación, donde estarían fuera de la vista de miradas ocasionales.

La entrada le parecía familiar. Debería haber habido un guardia en esa puerta, se dio cuenta, porque era la sala del trono. El costoso regalo de los suecos había sido dejado en exhibición para el deleite de la exclusiva lista de invitados. Le tomó un momento reconocer que una repentina inquietud se había despertado en su vientre. Algo no estaba bien.

El instinto llevó a Roland a detenerse en seco, haciendo tropezar a Grace, y la agarró por los brazos para estabilizarla. Justo allí —lo vieron ambos en ese instante: el cuerpo del guardia desplomado a unos pasos.

Un pequeño grito de angustia escapó de los labios de Grace, y Roland la rodeó con sus brazos, apartándola de esa visión. Brevemente, ella enterró su rostro en su hombro, pero luego casi se arrancó de él, y lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos, el rostro lívido.

—Aparte la vista de él... concéntrese en mí —dijo él, hablando suavemente mientras mantenía su agarre en sus brazos, temiendo que se desmayara—. Grace. Todo está bien.

Ella dejó escapar una risa ahogada.

—¿Todo está bien? Él... él...

Incapaz de decir más, se llevó las manos temblorosas a la boca.

—Todo está bien —repitió él—. La persona que hizo esto... se ha ido.

Ella gimió, luego se esforzó por recuperar el control de sus emociones.

—Yo... nunca había visto a alguien muerto. No... no así —añadió precipitadamente—. La doncella... quizás parecía solo haberse quedado dormida en el suelo.

Podía imaginárselo bien. La doncella había caído por encima de la balaustrada, y Grace solo había vislumbrado su cuerpo por un breve instante desde el piso superior. En cualquier caso, una muerte por tal accidente estaba muy lejos de la visión de un guardia con un cuchillo de caza sobresaliendo de entre sus costillas y espuma sangrienta en sus labios.

Sin poder evitarlo, puso su mano en la mejilla de ella.

—Debo informar a alguien. ¿Estarás bien? ¿Solo un momento? No iré lejos. Solo a la esquina para encontrar al lacayo cerca de las salas de refrigerio.

Grace asintió con rigidez, manteniendo sus ojos fijos en los de él.

—Bien. Recuerda respirar y no mires. Volveré enseguida, te lo prometo.

Roland salió a un paso apenas menos rápido que una carrera, haciendo señas al lacayo para llamar su atención incluso mientras doblaba la esquina. Con premura, el sirviente real se unió a Roland a mitad de camino. Después de escuchar la siniestra noticia, el lacayo dejó su puesto para ir a buscar a la Reina de inmediato.

Solo había estado fuera un minuto, tal vez dos, pero temía regresar para encontrar a Grace también derrumbada en el suelo. Afortunadamente, aunque conmocionada, parecía haberse recompuesto durante su ausencia. Incluso se había girado para examinar al guardia muerto, aunque mantenía la distancia.

—No deberías mirar —la reprendió—. No es un espectáculo para una dama.

—Estoy bien, Lord Percy —murmuró ella, levantando la mirada hacia él—. Fue solo la impresión de encontrarlo así.

Algo se retorció en sus entrañas ante la forma en que había vuelto a una rígida formalidad con él.

—¿Puedes encontrar tu camino de vuelta a la recepción sin escolta? Me ocuparé de esto. Ve a reunirte con tu madre y Lady Charity.

Ella le lanzó una mirada medida que no pudo interpretar.

—¿Y te ocuparás de esto investigando la causa?

Cogido por sorpresa, hizo una pausa.

—No tenía ni el deseo ni la intención de hacer tal cosa, pero debo servir al capricho de la Reina, supongo. Creo que con tantos hombres militares presentes, probablemente no necesitará a alguien como yo.

—No deberías menospreciar tus habilidades de esa manera —dijo ella, cruzando los brazos sobre su vientre.

Pero se volvió de nuevo.

Perplejo, Roland decidió que al menos por el momento Grace estaba bien, y se giró para examinar el cuerpo un poco más de cerca, o al menos tan cerca como podía sin tocar nada. El acero del cuchillo de caza estaba hundido hasta la empuñadura en la carne, y su mango estaba envuelto en cuero de manera funcional. El borde deshilachado revelaba la brillante banda dorada que terminaba el pomo del mango. Si llevaba marcas para identificar al fabricante o al propietario, solo podrían discernirse una vez retirado.

Roland no lo haría mientras Grace estuviera cerca. Había un límite en cuanto a lo dispuesto

que estaba a poner a prueba su valentía.

—¿Crees que Lady Fitzroy podría haber hecho esto? —preguntó Grace.

Sus cejas se elevaron alto en su frente.

—¿Si creo que Lady Fitzroy podría haber dominado a un hombre adulto, y a un guardia nada menos? No lo creo. No creo que una dama pudiera haber hundido la hoja de esa manera. ¿Por qué preguntas eso?

—La vi. En el pasillo —dijo Grace pensativamente—. Antes de que me encontraras.

Parpadeando, Roland lo reconsideró una vez más, pero terminó sacudiendo la cabeza.

—Sería fácil con nuestras experiencias... imaginarla como la culpable. Sin embargo, no podemos saltar a tal conclusión o pasar por alto la fuerza física necesaria para este acto. Y... ¿por qué? ¿Por qué razones haría ella tal cosa?

Roland se enderezó mirando alrededor de la sala del trono vacía.

—¿Por qué, de hecho, alguien asesinaría al guardia?

La voz glacial de la Reina lo hizo darse la vuelta.

—Tal vez alguien lo habría hecho para encubrir el robo del regalo del embajador —dijo ella.

3



Grace siguió la dirección del brazo extendido de la Reina, posando su mirada en el cojín de marfil. No había rastro del magnífico puñal incrustado de rubíes que antes reposaba allí.

—Os pediría que vaciarais vuestros bolsillos, pero dado que me habéis hecho llamar, supongo que ninguno de los dos es responsable —dijo la Reina Charlotte, acentuando su ceño fruncido—. ¿Tenéis la costumbre de aparecer cada vez que ocurre algo terrible? ¿Por qué estabais en esta habitación? *¿Juntos?*

Los ojos de Grace se abrieron de par en par. El miedo le oprimió la garganta, dejando su boca tan seca como un desierto. No había querido que nadie la viera con Roland. Ahora, la Reina hacía preguntas para las que no tenía una respuesta preparada.

Roland intervino con una respuesta.

—Me encontré con Lady Grace en el pasillo y me detuve para desearle buenas noches. Noté la ausencia del guardia y abrí la puerta para asegurarme de que todo estuviera bien. Fue entonces cuando hicimos nuestro descubrimiento.

Era una pequeña mentira, pero una mentira al fin y al cabo. Grace cerró brevemente los ojos, agradecida por su discreción.

La Reina resopló, dejando claro que no creía del todo su respuesta. Como siempre, la Reina Charlotte no se dejaba engañar por nadie, mucho menos por ellos. Pero en lugar de cuestionar a Roland, dejó que la conversación pasara a asuntos más importantes.

—¿Queréis decir que alguien se ha atrevido a entrar en mi residencia, matar a mi guardia y robar un regalo de Estado? ¿Mientras todos estábamos de fiesta al final del pasillo?

—Eso parece, Su Majestad —respondió Roland extendiendo las manos—. Dado el personal en los pasillos, no puedo imaginar cómo alguien pudo infiltrarse tan lejos en el palacio sin tener derecho a ello.

—Entonces podría ser un invitado, lo que hace que el insulto sea aún peor. Hay una víbora que se acurruca contra mi pecho y pienso tener su cabeza —exigió la Reina—. Lady Grace, os marchasteis antes que Lord Percy. ¿Visteis pasar a alguien? No os hagáis la remilgada conmigo. Ya he tenido una demostración de vuestro agudo ojo para lo inusual.

—Fui a un patio cercano a tomar el aire, siguiendo las indicaciones de un lacayo. No estuve fuera mucho tiempo, pero ciertamente alguien podría haber pasado por el pasillo durante ese lapso sin que yo lo viera. La única persona que encontré a mi regreso fue Lady Fitzroy.

Grace se detuvo en seco, pero su mente seguía considerando las posibilidades.

—La condesa se ha mostrado dispuesta a arriesgarse a la ira de la corona. Tal vez esté llevando los juegos de sociedad a otro nivel.

—Lady Fitzroy es audaz, pero seguramente no lo suficientemente loca como para asestarme un golpe tan evidente.

La frente de Grace se arrugó.

—Se salió con la suya en su fechoría anterior. Tal vez se haya vuelto más atrevida.

—¿Eso creéis?

La Reina Charlotte arqueó una ceja imperiosa y frunció el ceño en dirección a Grace.

—Parece entonces que no habéis notado que Lady Fitzroy ha encontrado muchas puertas cerradas últimamente. La única razón por la que está aquí esta noche es que es una conocida del embajador. ¿No habéis notado su ubicación en la mesa? La senté al final de la mesa, muy por debajo del lugar que su título normalmente le habría otorgado.

—Lady Charity lo notó cuando nos dirigíamos a la cena —dijo Roland.

Cuando la Reina lo miró, añadió:

—Es sensible a las corrientes subyacentes de la buena sociedad, Señora.

—Evidentemente —replicó la Reina, mirando entre los dos jóvenes—. En el futuro, Lord Percy, os sugiero que delegues cualquier proyecto relacionado con la verificación del estado de alguien a mi diamante en lugar de actuar por impulso. Parecéis tener dificultades con la simple tarea de mantener las conveniencias.

Grace mantuvo su mirada firmemente fija en el suelo, sin querer hacer nada que pudiera provocar aún más la ira de la Reina.

Roland inclinó la cabeza en señal de resignación.

—Seguiré vuestro consejo, mi Reina.

—Aseguraos de hacerlo. Ahora, queda la cuestión pendiente: identificar al ladrón y recuperar el regalo con premura para que su pérdida no tenga que ser mencionada al embajador Lindberg. ¿Cómo procederéis?

Sorprendido, Roland levantó la cabeza.

—¿Estáis segura de que somos la elección más acertada...?

La Reina le lanzó una mirada, y él se calló.

—Sí, vosotros. Ya estáis al tanto del robo, y cuantas menos personas estén involucradas esta noche, mejor.

Era un asunto mucho más delicado que buscar a una chica que todos sabían que había desaparecido, y Roland hizo una pausa, reflexionando sobre cómo esto le ataba las manos.

—¿Deberíamos hacer venir a Lady Fitzroy para preguntarle qué podría haber visto?

A su lado, Grace le dio un ligero codazo, lo que interpretó como un no rotundo.

—¿O hacer venir a Bow Street? —aventuró de nuevo Roland.

—¿Aquí? ¿Esos patanes?

La expresión de la Reina se agrió.

—Van a poner el palacio patas arriba, sin ningún respeto por los muebles finos. Y carecen de discreción. Deseo mantener el incidente tan secreto como sea posible, no informar a todos los habitantes de Londres.

Grace se atrevió a hablar, principalmente para evitar que Roland irritara aún más a la Reina con sugerencias inapropiadas.

—¿Cómo deberíamos proceder para verificar si podría tratarse de un sirviente, Su Majestad?

La Reina Charlotte se puso rígida.

—Es difícil creerlo. Solo un ladrón muy hábil, seguro de poder salirse con la suya, se atrevería. O uno muy estúpido. Porque un sirviente que robara un objeto de tal valor estaría, en el mejor de los casos, en el próximo transporte a la colonia penitenciaria. En el peor, yo hablaría

con el magistrado para asegurarme de que lo colgaran.

Finalmente, la Reina sacudió la cabeza.

—No hay mayor honor para alguien de la clase de los sirvientes que servir aquí en el palacio. Están bien remunerados y son leales, pues saben que la menor sospecha de mala conducta menor resultaría en su despido sin referencias. Nunca volverían a trabajar en una casa inglesa. Esta línea de pensamiento es absurda. Tengo cincuenta invitados esperando que reaparezca. No quiero que ni un solo indicio de este incidente llegue a oídos de la buena sociedad esta noche.

Grace podía reconocer la sabiduría de las palabras de la Reina, por duras que fueran. Con un Rey loco encerrado y su hijo reinando en su lugar, la corona ya había sufrido mucho daño y estaría deseosa de mantener esto en secreto.

Roland, sin embargo, no siguió su lógica.

—Majestad, si me permite. Podríamos cerrar rápidamente este asunto simplemente registrando...

—¡Cielos! —exclamó Grace, desesperada por evitar que Roland terminara esa frase—. Registrar sus personas sería un insulto del más alto nivel.

La Reina dirigió a Grace una sonrisa astuta.

—Al menos algo del espíritu de mi diamante se ha pegado a usted.

Grace hizo una reverencia en señal de agradecimiento, a pesar del tono mordaz del cumplido.

—Puedo pedir a alguien que se ocupe de los sirvientes después de que termine el evento, ya que no tendrán prisa por irse. En cuanto a los demás, la situación requiere sutileza. Lo primero es recuperar esa daga adornada con joyas, no sea que se convierta en un problema diplomático.

—Teméis que los suecos vean la pérdida de su prenda de amistad como una señal de falta de aprecio por nuestra parte —murmuró Grace retorciéndose las manos.

La Reina Charlotte asintió.

—En efecto. Ahora entiende por qué este asunto debe manejarse con guantes de seda. No estamos hablando de la reputación de una sola joven, sino de la posibilidad de una ruptura diplomática entre dos naciones.

La gravedad de la situación dejó a Grace sin aliento. Pensar que mientras ella estaba fuera, alguien había estado en esta misma habitación, apuñalando a un guardia y escapando con un regalo inestimable. Si se hubiera alejado de la cena antes, o si hubiera vuelto dentro un momento antes, tal vez habría visto al villano salir de la habitación.

O tal vez lo había visto.

A pesar de las declaraciones de la Reina, Grace no podía abandonar la posibilidad de que Lady Fitzroy estuviera involucrada de alguna manera.

La Reina levantó la mano nuevamente, esta vez apuntando con su dedo hacia Roland.

—Descubriréis quién hizo esto y me lo entregaréis, con toda prisa. La noticia seguramente se escapará de los muros. Es solo cuestión de tiempo. No puedo garantizar más de un día de silencio antes de que se conozca el asesinato. No más.

Roland tragó saliva.

—No soy un investigador experimentado, Majestad. Soy un soldado de formación, más apto para empuñar un arma en primera línea una vez que se identifique a los culpables.

—Y aun así, encontrasteis mi diamante.

—Encontramos vuestro diamante —dijo Grace, sorprendiéndose a sí misma—. Quiero decir, es decir, que ayudé. Y puedo hacerlo de nuevo, con vuestro permiso, Majestad.

La Reina levantó su dedo para golpearlo contra su barbilla. Las piedras preciosas de sus anillos brillaban a la luz del candelabro.

—¿Por qué? La última vez, el deseo de ver a vuestra más querida amiga rehabilitada os impulsaba. ¿Cómo puedo estar segura de que no abandonaréis el asunto a la primera señal de problemas?

Roland frunció el ceño hacia Grace, su expresión suplicándole que mantuviera la lengua quieta, o que de alguna manera retirara las palabras que había pronunciado. Sin duda quería que se mantuviera a salvo en la casilla donde la sociedad la colocaba. Una mujer soltera con pocas perspectivas, su único valor proveniente de la dote que su padre proporcionaría.

Estas últimas dos semanas habían demostrado cuán imposible era para Grace aceptar eso como su futuro. Cada conversación sin sentido sobre el clima o sobre quién había sido visto con quién irritaba su voluntad de continuar la temporada.

Echaba de menos sus conversaciones con Roland y su apertura a sus opiniones. Aunque estaba comprometido con Charity, quedaba la posibilidad de que pudiera convertirse en su amigo. Podrían mantenerse en contacto, trabajando juntos para resolver asuntos como este. Él lo entendería eventualmente.

Grace estaba lista para agarrar cualquier tabla de salvación, incluso una tan tenue como esta.

Tomó una profunda respiración y se lanzó.

—Ya he encontrado el primer problema. Tuve todas las oportunidades de huir cuando descubrimos el cuerpo de vuestro guardia. Nadie habría podido saber que estaba en esta habitación con Lord Percy. Pero me quedé, Majestad. Me quedé quieta y respondí a vuestras preguntas incisivas. Me quedé y aún estoy aquí, lista para servir a la corona de cualquier manera que sea necesaria. Habéis dicho que necesitabais a alguien sutil. Bien, ¿quién adivinaría que estoy involucrada? El hecho de que todos me descarten de inmediato es mi mayor valor. Puedo hacerlo. Solo tenéis que darme el permiso.

—¡Grace! No —advirtió Roland, olvidando usar su título formal en su angustia—. Estamos hablando de un asesino.

Grace apretó los dientes y enfrentó su ira de frente.

—Lo sé. El cuerpo de ese valiente hombre aún yace en esta habitación. No puedo olvidarlo.

—Vuestra reputación —dijo él, intentándolo de nuevo—. ¿Y si Lady Fitzroy estuviera involucrada? Ella está al tanto de vuestra tendencia a meter la nariz en todas partes.

—Seré cuidadosa.

—Estáis loca.

—¡Basta! —exigió la Reina, interrumpiendo a la pareja.

Levantó una mano para impedir que Roland dijera algo más.

—Durante vuestra presentación en la corte, Lady Grace, os juzgué impertinente. Cometí un error al considerar eso como un punto negro en vuestra contra. Habláis cuando deberíais permanecer callada. Metéis las narices donde no os llaman. Puedo expulsaros del palacio o considerar esto como una fortaleza en mi regazo. A pesar de los argumentos de Lord Percy, tengo la intención de hacer esto último.

La visión de Grace vaciló al escuchar a la Reina. Debía haber oído mal, pues parecía que la Reina estaba diciendo que sí.

—Entonces no hay otra opción —dijo Roland con tono pesado.

—¡Excelente!

La Reina aplaudió y se frotó las manos con satisfacción.

—Vosotros dos ya tenéis una forma establecida de trabajar. Os dejo hacer. He estado ausente demasiado tiempo.

Grace no se molestó en ocultar la sonrisa en su rostro mientras se volvía hacia Roland.

—¿Por dónde queréis empezar?

Los hombros de Roland se hundieron en señal de derrota. Se pasó una mano por el rostro y echó un vistazo al cuerpo que aún yacía en el suelo.

—Volved a la recepción con la Reina. Necesitamos gente en la sala para detectar si alguien se comporta de manera sospechosa. Confío en que desentrañaréis esto.

Grace asintió.

—¿Qué hay de los sirvientes?

—Enviaré a alguien para que los ayude —dijo la Reina Charlotte—. Aunque no estén implicados en el robo, sabrán qué invitados se han ausentado de la mesa. Siempre lo saben —añadió, dejando a Grace con la sospecha de que la Reina a menudo aprovechaba esta fuente de información.

—Con vuestra aprobación, enviaré a buscar a mi hombre para que me ayude a recoger pruebas aquí. Confío en él con mi vida y todos los secretos que existan.

La Reina hizo un gesto con la mano.

—Haced como os parezca, siempre que lo mantengáis discreto. Venid, Lady Grace. Vuestra reputación puede beneficiarse de un impulso al entrar en la sala detrás de mí.

4



Roland despachó al lacayo con toda prisa para que encontrara a su ayuda de cámara personal, luego volvió su atención al hombre muerto. Había visto muchas formas de muerte durante los años de guerra, pero eso no significaba que estuviera en lo más mínimo acostumbrado a ello.

Se preparó mentalmente para la tarea que le esperaba y se acercó al cuerpo tendido. El uniforme rojo brillante del guardia destacaba vívidamente sobre el suelo de madera, resplandeciente con sus botones de latón relucientes y sus galones blancos. Los faldones largos del uniforme estaban ligeramente arrugados bajo su cuerpo caído. Por las charreteras plateadas del hombre, juzgó que se trataba de un teniente. No un novato, entonces. Y sin embargo, había caído sin mucha resistencia.

A juzgar por el rostro del guardia, marcado por el dolor y el miedo incluso en la muerte, y la sangre que manaba de las comisuras de su boca, su muerte no había sido rápida. Sin embargo, probablemente había sido silenciosa. Por la ubicación del mango, el golpe mortal había sido deliberadamente bajo, a través del pulmón en lugar del corazón. Mientras el pulmón se desinflaba y el pecho se llenaba de sangre, el hombre no habría podido gritar. Incapaz de tomar aliento para dar la alarma. Había pasado sus últimos largos momentos ahogándose en su propia sangre, sin poder hacer otra cosa que contemplar la naturaleza de su fin.

Ya había visto morir a hombres de esta manera. Era una forma terrible de partir.

El sonido de pasos entrando en la habitación atrajo la atención de Roland lejos del cuerpo, y levantó la vista para ver a Thorne avanzar rápidamente hacia él. Más de diez años atrás, Thorne había dejado Northumberland con Roland para servir como su asistente, y por lo tanto también tenía la experiencia del campo de batalla para guiarlo. Roland lo había convertido en su ayuda de cámara después de ser llamado de vuelta por el duque, contento con la presencia continua del hombre a su lado.

Thorne echó una mirada minuciosa a la escena y se enderezó, esperando que proporcionara una explicación.

—Parece que alguien estuvo dispuesto a matar al guardia para robar la daga de rubíes expuesta aquí —le dijo Roland—. La Reina está, por supuesto, furiosa, y me ha encomendado esta tarea.

—Ya veo —dijo Thorne, agachándose para estudiar mejor la escena.

—Todo el mundo estaba aquí antes de la cena, y Grace y yo estuvimos aquí poco después de su conclusión —añadió Roland, bajando la voz para que no resonara en la vasta habitación.

Thorne le lanzó una mirada de reojo al nombre de Grace, pero él lo ignoró.

—Así que el asesinato ocurrió durante ese lapso de tiempo.

Quitándose los guantes, Thorne extendió suavemente la mano para tocar el lado de la cara del guardia.

—Todavía está bastante caliente, así que parece coincidir.

Roland asintió, principalmente para sí mismo. Aunque no era ni médico ni cirujano, la mayoría de los militares con cierta experiencia tenían al menos un conocimiento rudimentario de los mecanismos de la muerte. Una vez que el espíritu de una persona había huido, lo que alimentaba los fuegos internos se apagaba, y el cuerpo perdía progresivamente su calor. La cena se había extendido por casi cuatro horas, y si la piel no se había enfriado notablemente, también se deducía que el asesino muy probablemente no se había tomado la libertad de cometer este crimen justo al principio de la comida.

—Si me han enviado hacia usted, y a través de puertas cerradas, supongo que la Reina no desea dejar que la noticia se propague —dedujo Thorne—. Pero usted y yo tampoco somos investigadores. ¿Cómo puedo ayudarle?

Roland se frotó la mandíbula, reflexionando.

—Debido al abanico de sospechosos implicados, la Reina me ha encargado verificar a los miembros de la alta sociedad que fueron invitados esta noche. Necesito que actúes como intermediario y recojas cierta información de los sirvientes de la Reina.

—¿Quién estaba presente? —adivinó Thorne, sus ojos azules volviéndose especulativos—. ¿Y quién abandonó la mesa?

—Sí. El maestro de ceremonias probablemente tendría la primera información. Para la segunda... quizás tengas que preguntar a algunos de los sirvientes que están en la habitación. Esperemos que la Reina haya tenido una palabra discreta con el mayordomo para que te den toda la cooperación necesaria.

Thorne asintió y se levantó, alisando su pantalón.

—Entonces comenzaré inmediatamente.

Después de la partida de Thorne, Roland examinó más detenidamente el cuerpo, luego miró alrededor de la habitación. Recordó que el guardia había sido apostado fuera de las puertas de la sala del trono. En la muerte, yacía aproximadamente a tres pasos dentro. Puesto que la muerte del pobre hombre no había sido rápida, tenía sentido pensar que podría haber tenido un período de lucidez durante el cual habría buscado instintivamente ayuda. Sin embargo, el lugar más cercano para buscar ayuda estaba fuera de la habitación.

Tal vez había intentado seguir a su asesino dentro de la habitación. Para detenerlo. Podía creer eso de un guardia de carrera de esa edad... excepto que.

La forma en que yacía, con las extremidades mayormente rectas, no correspondía a la postura de un hombre que se ahogaba en su sangre o que intentaba un último acto heroico. Mirando más de cerca la disposición del uniforme del hombre, Roland apostaría a que había sido arrastrado fuera de la vista al menos parte de la distancia. Tal vez el hombre nunca había abandonado su puesto en absoluto. Al menos, no en vida. Pero si ese era el caso... si el hombre había sido apuñalado en el pasillo y traído adentro, el peso muerto del guardia probablemente habría sido demasiado considerable para una dama.

Grace estaría descontenta al descubrir que había más pruebas refutando la implicación de Lady Fitzroy, pero los hechos eran los hechos.

El sonido de la puerta abriéndose hizo que Roland se enderezara de nuevo, preguntándose quién interrumpía ahora. ¿Ya Thorne de nuevo? Pero no, el hombre que cruzó el umbral llevaba el uniforme azul formal del ejército, e inmediatamente todos los pensamientos de investigación

del asesinato volaron de su mente.

El hombre era mayor de lo que Roland recordaba, alcanzando ahora los cincuenta años. Su cabello castaño se había desarrollado en brillantes mechones plateados en las sienes, pero Roland aún lo habría reconocido en cualquier lugar solo por su postura.

—¿Coronel Green? —exclamó Roland, avanzando para saludarlo—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Evidentemente —respondió el hombre, con sus ojos azul claro brillando de buen humor y sin reproche—. Me hago llamar Sir David desde hace algún tiempo, Roland. ¿O debería llamarle conde Percy ahora?

Sin poder evitarlo, la sonrisa de Roland se ensanchó hasta partirle la cara.

—Por favor, señor, Roland estará bien. ¿Cómo está usted? ¿Cómo se encuentra? Le vi antes durante la presentación, pero estábamos demasiado lejos. Iba a buscarle en la recepción.

—Desafortunadamente retirado ahora, pero siempre ocupado. Parece que usted también lo está. Pero déjeme verle —dijo Sir David, agarrando los hombros de Roland y examinándolo—. Se ha convertido en un hombre robusto. Mucho mejor que aquel joven potro que recuerdo, que se unió a mi regimiento hace diez años. ¿Se quedó en la caballería? ¿Ha pasado realmente tanto tiempo?

—El tiempo ha volado —asintió Roland—. Sí, me quedé en la caballería hasta que fui llamado tras la muerte de mi padre.

Sir David lo soltó, asintiendo con sabiduría, sin expresar sus condolencias por la muerte de Thaddius. David sabía exactamente lo que Roland sentía por su padre.

—Por lo que vale, muchacho, el servicio parece haberle sentado bien. Espero que le echen de menos.

Roland descartó eso con un gesto de la mano. Dudaba que la caballería le echara de menos tanto como a Sir David, pues el hombre había sido una fuerza formidable y un buen comandante. Pocos oficiales jóvenes podían experimentar uno mejor.

—Es posible que me vuelvan a reclutar en uno o dos años, una vez que haya asegurado el linaje con un heredero. Así que si me echan de menos, no deberían sufrir mucho tiempo.

—Sí. He oído que ha causado todo un revuelo con su futura esposa —sonrió Sir David—. Lady Charity es una hermosa muchacha. Podría no querer volver.

El pecho de Roland se tensó incómodamente ante la idea de estar casado y quedarse en Londres, tener algunos herederos y luego asistir a bailes y eventos hasta morir de viejo, o quizás de aburrimiento. De manera poco comprometida, se encogió de hombros.

—Ya veremos. Pero dejando eso a un lado —cambió hábilmente de tema—. ¿Por qué está usted aquí?

—Ah. Bueno, eso se explica fácilmente. Serví durante dos años como comandante en jefe durante el período de la... lamentable situación del Príncipe Frederick.

Las cejas de Sir David se fruncieron.

—A pesar de la brevedad, me dio una experiencia útil en la supervisión de la guardia del palacio y el personal. La Reina se acercó a mí cuando regresó a la recepción. Voy a dirigir la búsqueda e interrogatorio de los sirvientes, pero la Reina también me pidió que le ayudara en lo que pudiera. Estoy a su servicio.

—Vaya, los papeles realmente se han invertido.

Roland sonrió.

—Entonces podría cruzarse con Thorne, ya que lo envié a reunir una lista de los que se levantaron de la mesa. Él podría necesitar más su ayuda que yo.

Sir David se rió y dio una palmada en el hombro de Roland.

—¡Su ordenanza! Recuerdo al joven Thorne. Un buen muchacho, también. Siempre educado e inteligente, ese. ¿Así que sigue a su servicio? Bien, bien. Estoy deseando renovar nuestro conocimiento. Manténgalo cerca; un sirviente de tan excelente carácter vale su peso en oro.

—Siempre, Sir David —asintió Roland sinceramente—. No sé qué haría sin él. Estoy seguro de que él también le recordará tan afectuosamente como yo.

—No se preocupe. Me aseguraré de que los sirvientes cooperen con él si también le está ayudando en este... desastroso lío.

Sir David bajó la mirada hacia el cuerpo, haciendo una mueca de disgusto.

—Y por cierto, si ya lo ha examinado lo suficiente, también enviaré a alguien para limpiar... todo esto.

Roland miró el cuerpo. Solo había dado al cuchillo de caza un examen de lo más superficial.

—No pude encontrar ninguna marca de identificación en el cuchillo de caza, pero no me atrevo a quitar la hoja, especialmente si tengo que volver a la recepción —admitió.

—Por supuesto, muchacho. Debe volver a la recepción antes de que la gente sospeche que algo anda mal o es sospechoso. Deje el trabajo sucio a alguien más —dijo Sir David, inclinando la cabeza hacia el cadáver—. Podría haber una marca de fabricante en el mango bajo el cuero enrollado, o tal vez grabada en el plano de la hoja o el ricasso. Es fácil de hacer. Buscaré una marca cuando lo retiremos.

—Gracias. No puedo empezar a imaginar cómo volver a la fiesta manchado de sangre podría dañar mi reputación. O la de Lady Charity —dijo Roland con amargura—. Ella quizás tenga más que perder por mis acciones que yo.

Sir David asintió con comprensión, pero le guiñó un ojo a Roland.

—No subestime su propio valor en este asunto, *Lord Percy*. Es el heredero de un ducado y hay una joven debutante sonrojada esperando ser su esposa. Vuelva con ella. Levante una copa, disfrute de la compañía de los más grandes lores y damas, y báñese en el favor de la Reina. Estas cosas son demasiado importantes para ser tratadas con ligereza.

La virtud de Lady Charity debía ser protegida, pero aún no quería imitar los modales de un caballero de la corte para la crema de la alta sociedad. Pero Sir David tenía razón; algunas cosas no debían ser tratadas con ligereza... como sus planes para la boda y la luna de miel, como Thorne había sugerido solo unos días antes. Bruscamente, Roland se sintió irritado. Por muy molesto que fuera ir a bailes y eventos, prefería estar irritado por esa inconveniencia que enfrentarse a la idea del matrimonio y todo lo que conllevaba.

Sin embargo, era necesario. Hizo una ligera reverencia a Sir David y se dirigió hacia la recepción. Pero primero, pasó por las salas de refresco para asegurarse de que su apariencia seguía siendo aceptable.

5



Tal como se esperaba, todas las miradas se volvieron para observar a la Reina entrar en el comedor. Grace permaneció atrás en el umbral de la puerta, dejando que la amplia falda y el elaborado peinado de la Reina la ocultaran. Grace la vio avanzar con la cabeza en alto, como si no tuviera la menor preocupación en el mundo. Su actuación era tan convincente que Grace se preguntó si no habría imaginado el cuerpo sin vida en la sala del trono.

La Reina Charlotte hizo un gesto con la cabeza al maestro de ceremonias. Éste dio dos palmadas para llamar la atención de todos.

—Damas y caballeros, tengo el insigne honor de invitarlos a dirigirse a la sala de Cornualles, donde disfrutaremos de las más exquisitas bebidas, acompañadas de una deliciosa selección de quesos y frutas de temporada. Les ruego que se dejen guiar por la luz de la camaradería y la anticipación de una conversación de lo más agradable.

En un solo movimiento, los invitados se levantaron de la mesa y se pusieron en fila, siguiendo a la Reina que encabezaba el camino hacia la siguiente sala. Grace esperó a que pasaran los invitados de más alto rango antes de deslizarse en el comedor. Si pensaba pasar desapercibida, se equivocaba.

Su madre la agarró del brazo y la atrajo hacia sí.

—¿Dónde estabas? —susurró—. Y más importante aún, ¿has ofendido a nuestra Reina?

—No, mamá —la tranquilizó Grace—. No hay nada de qué preocuparse. Te lo explicaré más tarde.

Lady Tilbury lanzó una mirada de soslayo a su hija menor y escrutó su rostro en busca del menor signo de mentira. La sonrisa de Grace permaneció firmemente en su lugar. Grace dejó que su madre la guiara hacia la puerta de la sala de Cornualles. Se tensó cuando la Reina se volvió en su dirección.

La Reina Charlotte arqueó una ceja hacia Grace, ordenándole silenciosamente que dejara de hablar con su madre y se pusiera a trabajar para encontrar el regalo diplomático desaparecido.

Grace se liberó del abrazo de su madre, explicando que quería saludar a Charity. Lady Tilbury asintió con la cabeza, pero le dio una última advertencia.

—El favor de nuestra Reina cambia más rápido que el viento. Procura mantenerte al abrigo de su lado gélido.

Después de servirse una copa de licor de cereza de un camarero que pasaba, Grace deambuló por la sala. Los miembros más mayores y más ebrios de la alta sociedad se relajaban en sofás tapizados de seda y terciopelo. Bandejas de todo tipo de quesos, frutas confitadas y bayas de verano maduras estaban dispuestas sobre las mesas. Las fresas de un rojo intenso revolvieron el

estómago de Grace, recordándole tanto la daga de rubí desaparecida como la chaqueta roja del guardia asesinado. Apretó el pie de su copa y recordó la razón de su presencia.

Charity estaba al otro lado de la sala, de cara a Grace pero sin mirarla. Tenía su atención fija en los hombres que estaban frente a ella. Grace no prestó demasiada atención a los hombres. Siempre hacían cola para hablar con Charity, pero ahora que estaba comprometida, las conversaciones solían ser breves. Grace sospechaba que los hombres sólo se detenían el tiempo suficiente para poner a prueba el compromiso de su amiga con su próximo matrimonio. En cuanto comprendían que efectivamente ya no estaba disponible, seguían su camino.

Grace tenía la intención de esperar a que terminara la conversación, pero Charity se dio cuenta de que se acercaba y le hizo señas para que se uniera a ellos. Se movió para dejar que Grace se pusiera a su lado.

—Caballeros, ¿puedo presentarles a mi más querida amiga, Lady Grace Tilbury? Lady Grace, nuestro Regente no necesita presentación, pero quizás aún no haya conocido a su invitado de honor, el barón Gustaf Albin Lindberg.

Grace pasó su copa de vino a la mano izquierda e hizo una reverencia apropiada para saludar al Príncipe Regente. Mantuvo la pose el tiempo suficiente para marcar su respeto, y luego se enderezó para dirigirse a los hombres.

—Es un honor conversar con usted, Su Alteza, y conocerle, barón Lindberg.

Grace esperaba que el Príncipe asintiera en señal de reconocimiento y luego se apresurara a presentar al embajador visitante a invitados más importantes. Para su consternación, se quedó en su sitio. Debía de haber oído hablar de sus esfuerzos por encontrar a Charity cuando la secuestraron. Era la única explicación que Grace podía encontrar al interés que mostraba en ella.

Mientras que su madre probablemente estaba a punto de desmayarse de alegría al ver a su hija conversar con los hombres más importantes de la sala, Grace se sentía profundamente incómoda. La Reina esperaba que estuviera al acecho de signos de comportamientos inusuales, y ciertamente no contaba a su hijo o al embajador entre los posibles sospechosos. Que Dios ayudara a Grace si la Reina echaba un vistazo en su dirección e interpretaba mal la situación. Si pensaba que Grace era susceptible de mencionar algo sobre el asesinato y el robo, reclamaría su cabeza de inmediato.

Sin embargo, difícilmente podía huir. Grace incluso pensó que estaba bastante bien situada para detectar cualquier mirada de soslayo dirigida a Prinny o al embajador. Prinny tomó un trozo de queso de una bandeja cercana y se lo llevó a la boca. Era, con mucho, la mayor proximidad que Grace había tenido jamás con este hombre, y no pudo evitar estudiarlo.

El Príncipe Regente presentaba una silueta imponente, su rostro marcado por una vida de indulgencia y opulencia. Sus rasgos llevaban el peso de sus años y sus responsabilidades, su cabello, aunque escaso, cuidadosamente arreglado y empolvado, un guiño a una moda antigua que parecía reacio a abandonar. Su atuendo era del mejor corte. A pesar de la corpulencia que los relatos de sus banquetes la habían llevado a anticipar, su porte era digno, su presencia dominando la sala con un aire de autoridad y carisma innegables. Las insignias reales y las joyas opulentas que lucía hablaban mucho de su amor por el lujo y la pompa. Sin embargo, eran sus ojos, vivos y observadores, los que sugerían una mente tan finamente vestida como su persona.

—Encantado de conocerla, Lady Grace. ¿Qué le parece esta velada? —preguntó Prinny.

—Más allá de mis sueños más locos, Su Alteza —respondió Grace honestamente—. Nunca había imaginado asistir a un evento así.

—¿Es usted una de las hijas de Lord Tilbury?

No esperó respuesta antes de volverse hacia el embajador.

—Lindberg, debe prolongar su estancia lo suficiente para aventurarse en nuestra campiña. Estoy seguro de que Marlborough estaría encantado de recibirle en Blenheim para que pueda admirar las colinas de los Cotswolds que la familia de Lady Grace llama su hogar. ¿No son encantadoras, Lady Grace?

—Lo son, en efecto, sobre todo ahora que la colza está en plena floración. Desde nuestra residencia, los campos de un verde brillante están salpicados de tales tonos de amarillo que parecen gotas de puro sol sobre una colcha verde —asintió ella.

Charity lanzó una mirada penetrante a Grace, sorprendida por su respuesta poética. Grace sonrió inocentemente, sin dejar entrever que había leído esa descripción en un libro años atrás.

—Aunque sería un placer visitar el campo, no puedo prolongar mi estancia. Me esperan para un regreso rápido, pues mis desplazamientos están a merced de nuestro monarca. Tal es la vida de un embajador.

—¿Y si *yo* os ordenara quedaros un tiempo? —preguntó Prinny, con la mirada agudizándose —. Estáis aquí tanto para mi placer como para el de Carl Johan.

El embajador sonrió levemente, esquivando la pregunta.

—Es un honor que la compañía de alguien como yo sea tan solicitada. Pero habría que preguntarse, ¿persistiría vuestro interés si mi lealtad pudiera ser tan fácilmente desviada de mi propio reino? Debo servir a las demandas de mi monarca lo mejor que pueda, tal como usted esperaría de mí si fuera su embajador, Alteza. Es con pesar que debo despedirme antes de lo que ambos desearíamos.

Las cejas de Prinny se fruncieron, pero no pudo encontrar falta alguna en la respuesta del embajador. Sin embargo, no estaba dispuesto a retraer sus garras. Dio una palmada en el hombro del hombre.

—Venid, Lindberg, y permitidme tentaros con otros encantos de Inglaterra. Divertíos, señoras —añadió a modo de conclusión dirigiéndose a Grace y Charity antes de llevarse al embajador.

Las piernas de Grace temblaban, y se aferró a Charity con su mano libre por miedo a tropezar. Siempre la amiga devota, Charity le dio unas palmaditas en el brazo.

—Vamos, Grace, lo has hecho bien. No hay razón para sufrir un ataque de vapores simplemente porque has intercambiado unas palabras con nuestro futuro soberano.

—Cómo me gustaría que eso fuera todo lo que me preocupa —murmuró Grace en voz baja —. Ven, tenemos que hablar.

Grace arrastró a Charity hacia un pequeño nicho que había notado cerca de la ventana. En sus esfuerzos por evitar avergonzarse en la pista de baile durante los bailes, aprovechaba con suficiente frecuencia tales lugares como para tener ojo para detectarlos. Afortunadamente, aunque una arpista rasgueaba una suave melodía para entretener a los invitados, no había riesgo de ser invitada a bailar. Grace necesitaba privacidad por una razón más importante.

Charity se dejó guiar por Grace, prestando poca atención a su destino. Escrutaba la sala en busca de su prometido.

—Grace, ¿has visto a Lord Percy mientras estabas fuera del comedor?

Grace esperó a estar fuera del alcance del oído de la mayoría de los invitados para responder.

—Sí, pero... Ha habido un asesinato —susurró.

Charity se puso mortalmente pálida. Finalmente, jadeó:

—¿Lord Percy?

—No, él está bien —dijo rápidamente Grace, dándose cuenta de que su falta de tacto había hecho que Charity lo entendiera mal—. Se quedó para vigilar el cuerpo.

La expresión asustada de Charity se relajó, pero ahora parecía confundida.

—¿En lugar de volver a la recepción? ¿Por qué? ¿Estás segura de que está bien?

—Te prometo que está bien, Charity. Hizo llamar a la Reina, y ella nos encargó investigar el asunto.

—¿Nos?

Las cejas de Charity estaban prácticamente en su cabello.

—¿Estabas con Lord Percy y la Reina? ¿Con un cadáver? Grace, ¿qué demonios está pasando?

Las preguntas de Charity se atropellaban más rápido de lo que Grace podía responder. La situación se agravaba por la incapacidad de Grace para dar respuestas inmediatas, ya que no había pensado en cómo Charity podría percibir la situación. En otras circunstancias, la opinión de Charity habría sido de la mayor importancia. Grace había estado tan absorta en el descubrimiento del hombre muerto, la convicción de la Reina de dejarla investigar, y luego la distracción con el Príncipe heredero, que todo lo demás se había borrado de su mente.

—Creo que será mejor que empiece por el principio —admitió Grace, y la expresión de Charity mostraba claramente que estaba de acuerdo.

No había otra opción que continuar con la media mentira que Roland había contado a la Reina. Explicó por qué se había levantado de la mesa y había salido a dar un paseo.

—Lord Percy me encontró por casualidad y me estaba llevando de vuelta para sentarme. Fue entonces cuando tropezamos con el cuerpo.

Grace hizo un gesto con la mano como diciendo "esa es toda la historia".

—A partir de ahí, otras prioridades tomaron el control. En cualquier caso, eso no era lo más importante que tenía que decirte. ¡No creerás a quién más vi vagando por los pasillos!

Charity parpadeó ante este torrente de información, zarandeada como un marinero en cubierta durante una tormenta.

—Lady Fitzroy —dijo Grace, sin querer esperar a que Charity se pusiera al día.

Movió las cejas para enfatizar su punto.

Desafortunadamente, Charity no estaba preocupada por esta noticia por la misma razón.

—¿Te vio? ¿Con Lord Percy?

—¿Qué? —soltó Grace de nuevo—. No, me crucé con ella unos minutos antes. Pero ¿ves? Estaba sola en el momento en que un guardia fue asesinado.

—¿Crees que vio algo?

Las cejas de Charity se fruncieron.

—Ten mucho cuidado, Grace.

—Sospecho más que eso. Está implicada en la puñalada del guardia. Lo sé.

Un escalofrío sacudió los hombros de Charity.

—Pensar y tener una prueba irrefutable son dos cosas muy diferentes. Dado que tú y la Reina estáis aquí, pretendiendo que todo va bien, supongo que no tenéis ningún testigo que pueda poner el arma en su mano. Ni siquiera puedo empezar a imaginar por qué crees que ella haría tal cosa. Déjalo estar, Grace.

Con estas palabras, Grace comprendió que Charity debía saberlo todo, sobre el regalo desaparecido del embajador. Hasta que lo supiera, por supuesto, no entendería por qué Grace sospechaba de Lady Fitzroy. A pesar de las preocupaciones de la Reina, Charity sería la discreción personificada y se podía confiar en ella para ponerla al tanto. Pero no era ni el momento ni el lugar para discutirlo. No aquí, donde las paredes podían tener oídos.

Grace extendió la mano y tomó las de Charity.

—Hay más, mucho más, pero no puedo hablar de ello aquí. Te buscaré mañana. ¿Estarás en casa?

—Sí, esperamos visitas. Ven temprano, para que podamos encontrar un momento de intimidad. Pero Grace —añadió Charity—, cuando dices que la Reina te ha encargado investigar el asunto, te refieres a lo de esta noche, ¿verdad?

Grace sintió una oleada de orgullo ante la pregunta de su amiga, pues por primera vez era capaz de compartir sus propias noticias.

—Mucho mejor que eso. La impresioné con mi dedicada búsqueda después de tu secuestro, y ha dado su aprobación para que lideremos este asunto de lo más delicado. Difícilmente se puede confiar una muerte en el palacio a los agentes de policía.

Charity se mordió el labio y apartó la mirada.

—No, supongo que no. Pero ¿tú sola?

—No, con Lord Percy —se apresuró a añadir Grace—. Trabajaremos en tándem, como lo hemos hecho antes. Ya verás, porque te lo explicaré todo. Pero no aquí y no ahora. ¡Mañana!

Grace apretó las manos de Charity antes de soltarlas. Tenía una tarea que cumplir, y tenía la intención de estudiar el comportamiento de todos hasta el momento de la partida. Así, dio la espalda a su amiga y se alejó con paso decidido sin mirar atrás.

6

El chirrido de la puerta al abrirse sacó a Roland de su sueño. Giró bruscamente la cabeza para ver quién lo molestaba a esa hora indebida y lo lamentó de inmediato. Solo era Thorne, pero Roland consideró brevemente lanzarle igualmente una de las almohadas de lino rellenas de plumas.

Al regresar a la recepción, se había unido a algunos caballeros para beber licores más fuertes de lo habitual. No solo le había dado la oportunidad de mezclarse con los hombres, manteniendo el oído atento para detectar a un culpable, sino que el alcohol también había ayudado a calmar sus nervios alterados. Un asesinato y un robo en el palacio durante un evento tan fastuoso eran sin precedentes. No era de extrañar que la Reina estuviera tan motivada para evitar que se difundiera.

Roland podía contar con los dedos de una mano las veces que se había embriagado en su vida, siendo la primera noche de su regreso a Londres la última ocasión. No apreciaba mucho las consecuencias del consumo excesivo. Aunque no había bebido más que unos pocos vasos, el whisky que rara vez tomaba había decidido mezclarse mal con la rica cena.

O quizás había otras cosas la noche anterior que lo habían indispuesto.

—Demasiado temprano. Vete —ordenó a Thorne después de que su estómago hubiera cesado sus intentos de evacuación.

—¿Qué? ¿Y desperdiciar el excelente desayuno de la señora Archer? —lo provocó Thorne.

Roland emitió un gruñido y se cubrió la cabeza con la almohada en su lugar.

—No comerán hasta que nosotros lo hagamos —le recordó Thorne, y eso fue lo que finalmente lo obligó a incorporarse.

A raíz de su compromiso con Lady Charity, Thorne le había informado sin rodeos que era hora de contratar personal. Había dejado el asunto en manos de Thorne, y después de solo unos días, Thorne había encontrado a la pareja perfecta.

Albert Archer era un antiguo veterano de la revolución americana y él mismo un ex ordenanza. Había servido fielmente a su anterior amo, Sir Harold Grimsby, hasta la muerte de este. El hijo idiota de Sir Harold, habiendo accedido al título, se avergonzaba de mantener a un mayordomo que caminaba con una leve cojera como recuerdo de sus años de servicio. El nuevo Lord Grimsby estaba más que encantado de dejarlo ir. Su pérdida.

Eleanor, la esposa de Albert, había venido con él y rápidamente se había hecho cargo de supervisar prácticamente todas las tareas domésticas normalmente realizadas por las doncellas y el ama de llaves. Era fácil manejar toda la ropa, la costura y la cocina cuando solo había cuatro adultos y los niños, había comentado.

Eleanor Archer había hecho maravillas con los dos huérfanos que habían encontrado escondidos en la casa de la ciudad de Fitzroy, y solo por eso, Roland estaba satisfecho con su presencia. Willa —la joven que se había escondido en los establos bajo el disfraz de «Will»— se había sentido lo suficientemente segura como para abandonar su disfraz. Incluso había aceptado pasar tiempo en el interior, ayudando a limpiar la casa de arriba abajo apenas dos días después de la llegada de la señora Archer.

Dado el pequeño tamaño del personal de la casa, Roland y Thorne habían hecho lo que podían para ayudar. De hecho, le habían informado que habían limpiado la casa a su llegada. Pero ella había revisado las chimeneas, insistido en que un *hombre* no podía limpiar nada de todos modos, y los había echado.

Quizás sus estándares no eran tan altos como los de la señora Archer, Roland estuvo de acuerdo, pero esperaba que en algún momento pudiera llevarlos a estar... más cómodos a su servicio. Le incomodaba pensar en cuánto control tenía sobre la comodidad y el bienestar de estas personas confiadas a su cuidado, y no podía soportar la idea de abusar de ellos, incluso por algo tan pequeño como hacerlos esperar para comer hasta que decidiera levantarse.

Thorne, por supuesto, sabía exactamente cómo funcionaban los pensamientos de Roland al respecto. Mientras Roland se ponía unos simples pantalones y una camisa, Thorne lo ayudó a ponerse la amplia bata que flotaba por encima.

—También tengo algunas informaciones sobre anoche —añadió como motivación adicional para bajar—. Podremos discutirlo durante el desayuno.

Los dos hombres bajaron las escaleras hasta la mesa de comedor formal. Había sido una de las primeras señales para Roland de cómo el matrimonio iba a cambiar completamente su vida. Durante toda su estancia en Londres, Roland había evitado usar el comedor de su padre. Cuando solo eran ellos dos en la casa, habían compartido algunas comidas en la cocina.

Pero con la señora Archer como cocinera, tenía menos razones para comer fuera, y Albert y su esposa no se sentirían cómodos si tomara sus comidas en la cocina, al menos no todavía. Había necesitado algunas discusiones, pero Roland había encontrado un compromiso, aunque seguía siendo muy poco convencional. Consentiría en comer en el comedor solo si Thorne comía con él.

Si tenían pensamientos sobre las excentricidades de su nuevo amo, el mayordomo y su esposa se los guardaban para sí mismos. Probablemente, suponían que no había razón para preocuparse por este arreglo temporal, ya que cuando Lady Charity se uniera a su casa, Thorne ya no necesitaría hacerle compañía en la mesa.

El estómago de Roland se revolvió de nuevo, y se sentó en la silla con menos gracia de lo habitual.

Albert trajo inmediatamente una jarra de cerveza de mesa, y Thorne le sirvió una generosa cantidad.

—Un pelo del perro que te mordió.

—Gracias —dijo a Thorne, y Thorne le apretó brevemente el brazo en respuesta.

Los dos hombres no dijeron nada más hasta que Albert regresó, llevando esta vez platos de tostadas ligeramente untadas con mantequilla y tazas que contenían huevos pasados por agua.

El cabello de Albert era de un blanco puro a pesar de que solo tenía cincuenta y tantos años, pero el hombre parecía estable, impecable y sereno. Roland lo estudió discretamente mientras depositaba su comida.

—Gracias, Albert —dijo cortésmente cuando el hombre hubo terminado.

Albert hizo un pequeño gesto con la cabeza y se marchó, dejándolos con su comida.

Examinando su plato, Roland suspiró brevemente.

—¿Toda la casa ya sabía que estaba indispuesto? —preguntó a Thorne.

—Era una deducción bastante fácil de hacer cuando casi se enfermó en las escaleras anoche.

La sonrisa de Thorne era lo suficientemente amplia como para mostrar la mayoría de sus dientes.

Roland hizo una mueca.

—No bebí tanto. Pero el whisky y yo no parecemos llevarnos bien.

—Le creo. No se preocupe. También tenía otras razones para tener el estómago revuelto.

Tomó otra inspiración mientras rompía su huevo y fijó la mirada en la yema.

—Sí.

Apartando el huevo hacia un lado, Roland se sirvió en cambio un trozo de tostada.

Thorne fue al grano.

—Los sirvientes de Saint James han sido todos exculpados gracias a un registro minucioso, un interrogatorio y por su presencia continua. Se podría suponer que un culpable se apresuraría a marcharse antes de ser descubierto y enviado a la horca. Tengo entendido que el interrogatorio no fue particularmente suave.

Roland asintió para acusar recibo de esta información.

—Como usted sospechaba, pocos invitados anoche estaban dispuestos a arriesgarse a un incidente abandonando la mesa temprano. Así que la lista de invitados que los sirvientes notaron salir de la sala antes del inicio de la recepción era bastante corta. La mayoría de los invitados esperaron el descanso para usar los lavabos.

—¿Quién está en la lista? —preguntó, aunque ya podía nombrar a algunos.

—Usted y Lady Grace, por supuesto, fueron los primeros mencionados.

Los labios de Roland se tensaron.

—Los otros en esa lista eran Sir David Green, la viuda Lady Fitzroy, Lord Sebastian Vaughan y Sir Julian Montgomery.

—¿Y supongo que esta lista no está en ningún orden particular? —preguntó Roland.

—Hubo algunos desacuerdos sobre el orden de las salidas —asintió Thorne—. Todos coinciden en que Vaughan se fue primero; Sir Julian, Sir David y Lady Fitzroy se fueron más o menos al mismo tiempo.

—Supongo que sus movimientos fuera del comedor no fueron muy seguidos —preguntó Roland.

—Ah —dijo Thorne—. Bueno, solo hasta cierto punto. Todos fueron vistos entrando en los lavabos en algún momento durante la cena, excepto usted. Lady Grace, Lady Fitzroy y Sir Julian también fueron vistos por lacayos dando cortos paseos por otros pasillos.

Roland recordó cómo había reaccionado Grace al descubrir el cuerpo. La sensación de su cuerpo presionado contra su pecho cuando la hizo girar, y el temblor de su cuerpo bajo sus manos.

—Creo que podemos deducir con seguridad que Grace no era la asesina. Y a pesar de que despreciamos a esa dama, me cuesta imaginar que fuera Lady Fitzroy.

—Esa mujer estaba dispuesta a envenenar a Lady Charity —dijo Thorne encogiéndose de hombros y levantando las cejas—. Admito que el veneno es un arma mejor para una mujer, pero no habría podido convencer al guardia de comer o beber algo.

Roland se frotó la mejilla en desacuerdo.

—Habla usted como Lady Grace. Incluso si Lady Fitzroy estuviera dispuesta a ensuciarse las manos de esa manera, me cuesta creer que tuviera la fuerza para dominar a un guardia

experimentado y clavar el puñal. Estaba hundido hasta la empuñadura, y limpiamente además.

—La astucia puede compensar la falta de fuerza —dijo el hombre de ojos azules encogiéndose de hombros.

Roland concedió el punto a regañadientes.

—Supongo. La fuerza bruta no sería la única forma de mover al guardia del pasillo al interior de la habitación. Tal vez fue convencido de moverse, o estaba investigando algo. Pero entonces no hemos reducido en absoluto el número de sospechosos.

—Quizás examinar los motivos haga resaltar mejor a un sospechoso. ¿Qué razón tendría alguien para robar un objeto tan identificable? No sería el dinero, seguramente, ya que intentar revender tales bienes los desenmascaría inmediatamente.

—Se podrían arrancar las piedras preciosas del puñal y venderlas por separado —dijo Roland rozando con el dedo el borde de su plato, pensativo—. Pero estoy de acuerdo, la necesidad de dinero parece ser un motivo poco probable para robar este objeto en particular.

Thorne prácticamente había devorado su desayuno mientras Roland picoteaba el suyo. Divertido, Roland empujó el huevo enfriándose hacia él, y Thorne comenzó a comerlo también. Al menos, Madame Archer no tendría que preocuparse.

—Un regalo político tiene implicaciones políticas —continuó Roland, reflexionando en voz alta—. ¿Podría ser que alguien quisiera sembrar discordia con Suecia?

—Si es así, no sé quién tendría tal odio hacia los suecos —respondió Thorne rascándose la parte posterior de la cabeza, pensativo—. Deberíamos aprender más. Tal vez se trate menos de eso y más de un interés en avergonzar a la corona.

—En ese caso, Lady Fitzroy ciertamente sería sospechosa. Pero de nuevo, parece dudoso que hiciera algo que apuntara tan manifiestamente en su dirección. ¿Los demás? No conozco sus sentimientos hacia la corona.

—Verificaré con algunos joyeros solo para asegurarme de que no han recibido rubíes para revender. En cualquier caso —añadió Thorne—, usted tiene otras cosas que hacer hoy, y debe vestirse si desea visitar a Lady Charity a tiempo.

—Es cierto. Casi lo había olvidado.

Roland suspiró de nuevo, la tostada pesando mucho en su estómago. Debía continuar cortejando a su futura esposa, y estos asuntos debían avanzar rápidamente.

7



Grace cambiaba nerviosamente el peso de un pie a otro, con una sonrisa inquieta flotando en su rostro mientras aguzaba el oído para captar cualquier sonido proveniente del interior. Sus manos jugueteaban con los bordes de su falda, delatando su ansiedad. Su madre había planeado un día entero de visitas y solo había accedido a esta parada en casa de Charity después de las súplicas insistentes de Grace.

El mayordomo de los Cresswell abrió la puerta. Su expresión severa se suavizó al ver a Grace.

—Buenos días, Lady Grace. Qué placer volver a honrarnos con su presencia. Permítame tomar su estola y conducirla al jardín, donde Lady Charity la espera. ¿Espero que su trayecto hasta aquí haya sido tan agradable como radiante es este día?

—La distancia no es tan grande, como bien sabe, Bennett, pero aprecio igualmente sus sentimientos.

La sonrisa nerviosa de Grace se transformó en una cálida mientras entregaba su estola al mayordomo antes de seguirlo a través de la casa. No necesitaba sus indicaciones, dado su anterior estadía. Ahora que ya no era una invitada residente, habría sido impropio que deambulara sola por los pasillos.

No prestó atención a los retratos y cuadros enmarcados que adornaban las paredes, habiéndolos estudiado ya detenidamente. Correspondían perfectamente a lo que se podía esperar, generaciones de condes y damas Cresswell, sus rostros austeros inmortalizados para la eternidad. Los paisajes entre dos retratos destacaban los puntos fuertes de la finca Cresswell en Surrey. Grace se moría de ganas de deslizar subrepticiamente una pintura renacentista de querubines visitando a una mujer de formas generosas, para ver cuánto tiempo tardaría alguien en notarlo. Sin embargo, tales ideas tendrían que esperar hasta que Grace tuviera su propia casa para decorar a su antojo.

Esta perspectiva parecía aún lejana, dado su actual estatus de debutante soltera sin pretendientes. Para Charity, en cambio, si todo iba según lo planeado, estaría viviendo en la residencia de Northumberland antes de que terminara el año.

Este pensamiento ensombreció el ánimo de Grace. Lo apartó antes de que pudiera causar más daño. Había temas más importantes que tratar que la razón por la que la idea del próximo matrimonio de Charity le oprimía la garganta.

Charity estaba sentada bajo el cenador de su jardín, rodeada de rosas en plena floración. Las flores amarillas y rosadas resaltaban los mechones dorados de su cabello y su piel cremosa de rosa inglesa. Levantó la vista del libro que estaba leyendo y sonrió al ver a Grace siguiendo al

mayordomo.

—Lady Grace para usted, señorita. ¿Debo pedir a un lacayo que traiga refrescos? —preguntó antes de retirarse.

—Un poco de limonada sería agradable —respondió Charity—. Nos quedaremos aquí para disfrutar del calor y el aire fresco.

Luego se dirigió a Grace.

—Ven a sentarte a mi lado. Apenas he podido pegar ojo en toda la noche debido a todas las preguntas que daban vueltas en mi mente. Me dejaste con el indicio más tentador antes de partir precipitadamente.

—No me atrevía a hablar francamente en el palacio —replicó Grace en tono jovial.

Se acomodó en el banco de hierro forjado e inclinó la cabeza hacia atrás para dejar que el sol acariciara su rostro.

Charity la empujó con el codo.

—Vas a tener más pecas si no tienes cuidado.

—Lo sé. Es exactamente lo que estoy intentando hacer. Tal vez con suficientes pecas, los pretendientes dirigirán su atención a otra parte y no tendré que bailar durante el resto de la temporada.

Pero Grace hizo lo que Charity le pedía. Se inclinó para echar un vistazo al libro de Charity y vio que se trataba de una de las novelas de amor que su amiga apreciaba. No hizo una mueca, pero por poco.

—Ahora, ¿por dónde empezar? Debo ser concisa ya que me temo que solo tengo poco tiempo para pasar aquí. También debo encontrar una manera de hacer llegar un mensaje a Lord Percy para que podamos ponernos de acuerdo sobre los primeros pasos de nuestra investigación.

—No tienes más que quedarte aquí para hablar con el hombre en persona. Debe venir en una hora para una breve visita. Estaría encantada de ser la anfitriona de vuestra conversación, si te parece bien —añadió Charity.

No se dio cuenta del destello de dolor que cruzó el rostro de Grace.

—A decir verdad, me gustaría que se quedara más tiempo. Debemos casarnos, pero lo conozco tan poco. Quizás sea simplemente un hombre de pocas palabras. Sin embargo, si he de ser su esposa, seguramente debe encontrar una manera de mantener una conversación.

Grace nunca había pensado que Roland fuera reacio a discutir sobre nada, así que no sabía cómo responder a la queja de Charity. Al contrario, le sorprendía. Roland tenía opiniones en abundancia, como ella había visto la noche que vino a cenar a su casa, y en sus interacciones con la Reina. Pero... Él *sí* tenía ciertas opiniones sobre la alta sociedad que seguramente entrarían en conflicto con el punto de vista de Charity. Tal vez ahí residía parte del problema después de todo: que tenía miedo de contrariar a Charity, o simplemente que no sabía qué más decir.

Dejó los comentarios de Charity sin respuesta.

El lacayo llegó entonces, portando la bandeja de refrescos. La depositó en una pequeña mesa con superficie de cristal y se marchó tan silenciosamente como había llegado. Grace se puso de pie de un salto y sirvió un vaso para cada una, necesitando una salida para su energía acrecentada. Le tendió un vaso a Charity y aferró el suyo mientras recorría la longitud del cenador.

—Lo que no podía mencionar anoche es que el regalo del embajador fue robado directamente de la sala del trono. Todavía me cuesta creer que haya sucedido, Charity. El guardia... lo encontramos desplomado a un lado, con un cuchillo de caza aún clavado en el pecho.

—¡Detente ahí, por favor! Tendré pesadillas si entras en más detalles.

Grace arqueó una ceja ante este comentario, ya que Charity no tenía una constitución delicada y no era propensa a los vapores ante la menor alusión a problemas.

—¿Cómo dieron exactamente con esta escena? —preguntó Charity—. Tú y Lord Percy.

No había nada que ganar explicando que habían entrado en la sala del trono simplemente porque Grace temía ser vista con él.

—Ya te lo dije, salí a tomar aire y me encontré con Lady Fitzroy al regresar. Ella... esa víbora me reprendió, para provocarme. A las dos, en realidad, para ser honesta —dijo Grace, temiendo mirar a Charity.

Charity, sin embargo, no parecía alterada, y mucho menos sorprendida.

—Estabas molesta.

Grace asintió.

—Me quedé en el pasillo para recuperar la compostura. Lord Percy se me unió poco después. No estábamos lejos de la sala del trono, así que...

Se interrumpió para evitar mentirle directamente.

—Apenas habíamos entrado cuando vimos al guardia... tendido allí. Confieso que me afectó, pero me repuse rápidamente. El resto, ya lo sabes en su mayoría. Lord Percy mandó llamar a la Reina y, después de algunas discusiones, aceptó que nos ocupáramos del asunto. Está muy decidida a ver la daga devuelta sin que el embajador se entere de su desaparición.

—Sí, existe el riesgo de que se sienta ofendido si llegara a descubrirlo —asintió Charity.

El eco de pasos las interrumpió en ese momento. Bennett emergió de un pasaje en el seto, seguido de cerca por Roland. ¿Era imaginación de Grace, o había tropezado al verla? Si era así, ¿qué significaba eso?

Para cuando Bennett terminó sus anuncios y se marchó, Roland había recuperado su impasibilidad, mostrando una expresión agradable, aunque vacía. Se inclinó primero ante Charity, luego ante Grace.

—Buenos días, señoras. Espero no interrumpir su visita.

—En absoluto. Lo estábamos esperando —respondió Charity.

Se movió ligeramente, señalando el espacio a su lado en el banco. Roland se balanceó incómodamente de un pie a otro, su mirada pasando de Grace a Charity.

Sin embargo, no era una elección difícil. El hombre estaba comprometido con Charity y debería haberse apresurado a tomar asiento a su lado. De hecho, dado el poco tiempo que tenían lejos de las miradas indiscretas de la buena sociedad, debería haberle tomado la mano y mirarla a los ojos.

La frente de Charity se arrugó mientras su postura incómoda persistía más de lo que debería. Grace no soportaba ver a su amiga infeliz, así que tomó la iniciativa de orientar a Roland en la dirección correcta.

—Por favor, tome asiento, Lord Percy. Yo pienso mejor de pie, pero no es necesario que usted permanezca en guardia.

Roland pareció haber sido pillado en falta y se apresuró a sentarse en el banco. Pero Grace notó que tuvo mucho cuidado de dejar un espacio bien visible entre él y su futura esposa.

~

Sentado con las dos mujeres, Roland agarró su pierna para evitar la tentación de pasarse nerviosamente la mano por el pelo, tratando de encontrar cómo hacer la situación menos incómoda.

—Sus, eh, jardines aquí son encantadores, Lady Charity. ¿Hace usted misma mucha jardinería?

—No hago jardinería, Lord Percy. Todos los elogios deben dirigirse a nuestro jardinero —respondió ella con una pequeña sonrisa que no llegaba a sus ojos.

Cuando el silencio entre ellos se alargó, se aventuró:

—¿Tiene usted jardines en su propiedad?

—No... no realmente —admitió él.

Como muchas casas de la ciudad en Londres, la suya tenía un pequeño espacio privado en la parte trasera, pero evidentemente había sufrido años de negligencia y la señora Archer no tenía tiempo para ocuparse de él. No quería confesarle las deficiencias de su casa, pero por otro lado, incluso "Sir Bárbaro" sabía que una respuesta tan breve era descortés. Intentó una breve broma.

—La casa pertenecía a mi padre antes de ser mía. Parece que él tampoco era un gran jardinero.

—Entonces quizás podamos pedir prestado al señor Thompson después de nuestra boda —dijo ella, su sonrisa calentándose un poco—. Una pequeña casa de ciudad no debería suponerle un problema, además de servir a mis padres.

—Yo...

La mirada de Roland se cruzó con la de Grace, que le lanzaba una mirada de incredulidad. Entonces cerró los ojos. Tenía que hacerlo mejor.

—Sí, Lady Charity, sería una idea maravillosa. He tardado en encontrar más personal para mi casa. Han pasado tantas cosas que no he tenido tiempo de ocuparme de ello.

Lady Charity era demasiado perspicaz para no notar la mirada que su amiga había lanzado a Roland ante su conversación vacilante, y bruscamente, abordó el tema de frente.

—Vaya, es incómodo verlos a los dos bailar alrededor de lo que ha pasado. Lord Percy, sé que la Reina les ha encargado a ambos investigar la posibilidad de que alguien de la buena sociedad sea responsable del robo y el asesinato. Entiendo que probablemente necesiten compartir información entre ustedes.

Grace pareció ligeramente en conflicto.

—Pero Charity, se supone que ustedes están cortejándose...

—Por favor. Prefiero ayudarles. Si todo lo que puedo hacer para ayudarles es ofrecerles un lugar seguro para hablar y mantener el decoro, entonces ayudaré como pueda.

Roland se relajó, aliviado de que nadie tuviera que seguir hablando de jardines, bodas o costura.

—Lady Grace, los sirvientes y los demás guardias han sido exculpados, dejando solo la lista de personas que abandonaron la cena. Es corta. Sir Julian Montgomery, Sir David Green, Lord Sebastian Vaughan y Lady Fitzroy.

Ante estas palabras, Grace perdió su expresión reticente.

—Ya sabemos que *ella* se fue. La vi en el pasillo. Sigo pensando que tiene algo que ver con esto.

—No lo creo, Lady Grace. Thorne dice que un lacayo cerca de las salas de refresco testificó que ella había sido bastante rápida en su ausencia. Fue memorable; aparentemente, se le cayó el abanico y le pidió que lo recogiera por ella.

—Pero podría haber mentido por ella —argumentó Grace—. En ese caso, habría tenido tiempo de atacar al guardia.

Roland se removió, consciente de que hablar de cadáveres era ciertamente impropio para las damas y seguramente le valdría un sermón de Thorne. Quizás de Albert también. Sospechaba

que esos dos se entendían bien para preocuparse por sus modales como si fueran niñeras.

—A riesgo de parecer poco galante... la manera en que murió el guardia... Gr... Lady Grace, no creo que sea posible. No solo requeriría probablemente una fuerza que una mujer no posee, sino que la duquesa viuda es demasiado inteligente para hacer algo tan torpe.

Los ojos de Grace se encendieron, pero Charity, que parecía pensativa, contuvo su réplica con un gesto.

—Estoy de acuerdo con Lord Percy, Grace. No parece haber una ventaja clara para ella en cometer un asesinato para robar el regalo del embajador.

—A menos que quisiera enviar un mensaje.

Suspirando, Grace se calmó.

—Está bien, entiendo su argumento. No deberíamos descartar a los otros sospechosos. Pero no conozco a ninguno de esos hombres, excepto de nombre. ¿Y ustedes?

—Conozco a Sir David Green desde hace años —murmuró Roland—. Fue mi primer oficial superior, pero también se retiró recientemente del puesto de comandante en jefe. La Reina lo envió para asistirme después de su partida.

—Eso tiene sentido —asintió Lady Charity, pero al ver la confusión de Grace, elaboró—: si tenía experiencia sirviendo en el palacio, conocería bien sus defensas y sus guardias.

—Y se podría contar con su discreción —añadió Roland.

—¿Qué ha averiguado? —le preguntó Grace.

—Fue él quien llevó a cabo los interrogatorios del personal y quien contactó al médico forense. Debía verificar si el cuchillo de caza llevaba una marca de fabricante una vez que el médico forense lo hubiera retirado del cuerpo, pero no he oído nada al respecto.

Al notar el rostro pálido de Charity, hábilmente volvió a la lista de caballeros.

—Tampoco conozco a Sir Julian Montgomery —confesó Roland—. Ni a Lord Sebastian Vaughan, de hecho. Thorne está recopilando más información para mí esta tarde.

—Lord Vaughan es uno de los miembros más destacados de la Sociedad de Anticuarios —dijo Lady Charity, formándose un delicado ceño entre sus ojos—. Mi padre ha hecho negocios con él. Es un coleccionista de joyas e insignias antiguas. Sir Julian Montgomery...

Negó con la cabeza.

—Su reputación es la de un hombre muy estirado. Esperemos que su Thorne pueda decirnos más sobre él.

—El regalo de un rey podría interesar a Lord Vaughan, si tiene una colección privada —dijo Grace a regañadientes—. Tal vez veamos a estos hombres en próximos eventos, y podríamos interrogarlos discretamente.

—Tal vez ustedes puedan —dijo Lady Charity con ironía—. Mis invitaciones estas dos últimas semanas han sido bastante limitadas.

—¿A pesar de las declaraciones de la Reina sobre tu virtud? —dijo Grace, consternada.

Roland también frunció el ceño. Había notado algunas miradas de reojo durante la cena, pero no se había dado cuenta de que la reputación de Lady Charity aún era tan frágil.

—Basta. Los dos —dijo Lady Charity, desplazando su mirada entre ellos—. Esto pasará con el tiempo. El cortejo de Lord Percy ya ha sido inmensamente útil para acallar las lenguas viperinas. El tiempo y el matrimonio silenciarán el resto, siempre que no provoquemos más problemas.

Intercambió una mirada elocuente con su amiga.

—El riesgo de mi desgracia significa que tal vez no pueda ayudarles.

—No necesitas...

Sonrió plenamente a Grace, sabiendo cuánto iban a doler sus próximas palabras a su amiga.

—Tú debes pasar al primer plano, Grace. Les corresponde a ustedes navegar las aguas sociales con encanto y aplomo en mi lugar para desentrañar este misterio.

Y levantando una ceja hacia su torpe pretendiente, añadió:

—A los dos.

8



Fue con cierto alivio que Roland regresó a casa a lomos de Arion. Una agradable brisa había disipado parte de la omnipresente niebla de Londres y el calor se elevaba de los adoquines. Se tomó un momento para disfrutar del sol y de la relativa libertad que le proporcionaba el resonante trote de Arion.

Wes lo recibió y tomó las riendas a su regreso. Acostumbrarse a las nuevas caras en la casa había sido un extraño ajuste, pero si debía admitirlo, empezaba a gustarle. Como la urdimbre y la trama de un telar, su casa iba tomando forma según un patrón ordenado. Poco a poco comenzaba a parecerse a un hogar, una sensación que no recordaba haber experimentado desde hacía mucho, mucho tiempo.

Le dio unas palmaditas en la cabeza al muchacho, notando que, en efecto, parecía mucho más limpio ahora, bajo la supervisión de la esposa de Albert. Quizás la señora Archer tenía razón en sus afirmaciones después de todo, que los hombres —y los niños también— eran incapaces de limpiar nada.

Claramente estaba haciendo progresos. Pero el chico aún tenía un poco de suciedad detrás de las orejas.

Albert lo recibió en la puerta y tomó su abrigo.

—Thorne lo espera en el despacho —le dijo a Roland—. ¿Debo traerle té?

Roland dudó.

—Gracias, Albert. Por ahora, no hay té. Quizás pase por la cocina más tarde.

Las espesas y pobladas cejas de Albert se elevaron en su frente.

—Señor...

—Lo sé. Soy un hombre poco civilizado y sencillo que ha hecho mucho por sí mismo y que aún no está acostumbrado a ser servido. Sea paciente conmigo, Albert. Su servicio no tiene ninguna falta.

La indignación herida de su mayordomo se desinfló visiblemente un poco.

—Sir Harold era muy parecido a usted en algunos aspectos. Al principio. Insisto en que llame si cambia de opinión.

—Ciertamente —le aseguró al hombre mayor, antes de dirigirse al interior.

Esperando que Thorne hubiera encontrado información útil, se apresuró a reunirse con él. Thorne estaba sentado en el escritorio de Roland, redactando un mensaje.

—Thorne —exhaló Roland—. ¿Alguna novedad?

Levantándose apresuradamente, Thorne frunció el ceño.

—Lo siento. No debería haberme tomado la libertad de usar su escritorio, pero los otros

despachos no tienen suministros y aún no he comprado los míos.

Roland parpadeó, desconcertado. ¿Por qué los miembros de su casa se estaban volviendo tan quisquillosos con las convenciones últimamente?

—No necesita permiso explícito para usar el mío. Seguramente sabe que no me ofendería si usara mi escritorio para escribir su correspondencia.

—No... Pero debería. Pronto se casará, y debería tener cuidado de no ser demasiado familiar. A Lady Charity no le gustaría.

La idea de que Lady Charity pudiera permitirse reprender a Thorne por cualquier razón lo heló. Tendría que asegurarse de que ella supiera que Thorne gozaba de toda libertad inusual con la plena aprobación de Roland. De buena gana, extendería algunos de estos privilegios a los demás también. Hasta ahora, habían rechazado privilegios adicionales más allá de la compra de alguna ropa, pero no habían pasado diez años trabajando estrechamente con Roland como lo había hecho Thorne.

—Deje esas tonterías —lo reprendió Roland—. Me cuesta creer que ella pueda ser tan dura. Me aseguraré de que entienda que puede usar mi escritorio para escribir a su madre cuando quiera.

—O podríamos comprar más tinteros y plumas —bromeó Thorne, pero la broma cayó en saco roto.

Roland frunció el ceño hacia Thorne, notando que estaba inusualmente tenso.

—¿Está todo bien en su casa?

El hombre bajó la mirada al suelo, reflexionando, luego encontró la mirada de Roland y se encogió de hombros.

—Tan bien como es posible. Una tos persistente, pero está mejorando a medida que avanza el verano. Pero no importa. He investigado sobre su lista de hombres.

A regañadientes, dejó caer el tema. Su abuelo había cesado todas las amenazas de penalizaciones financieras desde que se habían publicado las amonestaciones. Era la única razón por la que se sentía cómodo contratando a un mayordomo y una ama de llaves. Sin embargo, las preocupaciones financieras le eran familiares. Desde hacía tiempo sospechaba que Thorne enviaba su salario a otra parte.

—Hablé con Lady Charity sobre la lista también. Dijo que Sebastian Vaughan era una especie de coleccionista. ¿De joyas y otras cosas?

—Sí, y bastante notorio, además.

Ante la mirada sorprendida de Roland, Thorne recuperó un poco de su humor habitual.

—Aunque, a decir verdad, el hombre no colecciona solo joyas. Posee varias colecciones de diversos artefactos, oscuros, inestimables y únicos. Cuanto más difíciles son de obtener, más valiosos los considera.

—Ya veo —dijo Roland—. ¿Entonces se podría argumentar que tendría la motivación para adquirir una daga ceremonial, incluso llegando a tales extremos?

—La apuesta sería alta para él, pero sí. Uno de sus artefactos más preciados es una diadema que perteneció a una emperatriz bizantina del siglo X. Al menos, eso es lo que afirma.

Reflexionando sobre esto, Roland tamborileó con los dedos en el marco de la puerta.

—A la mayoría de los hombres les gusta exhibir su riqueza. ¿Se ha visto gran parte de su colección?

—Por lo que entiendo, ese es uno de los puntos de discordia en su entorno. Lord Vaughan es como muchos caballeros, propenso a exhibir su riqueza cuando se trata de financiar sus expediciones. Pero en cuanto a su colección, se rumorea que es más como un dragón sentado

sobre sus tesoros. Ha habido disputas entre él y algunos miembros de la sociedad sobre los resultados de algunas de sus empresas compartidas. Dudo que Lady Charity haya oído hablar de esta parte.

—Hmm —dijo Roland—. Aunque Lady Charity haya oído hablar de él. Debe mostrar una apariencia de generosidad si las mujeres de la sociedad lo conocen.

—Sí. Por lo que sé, es popular entre las damas involucradas en la filantropía. A menudo está dispuesto a donar un antiguo artefacto que ya no le gusta cuando ha encontrado un nuevo objeto precioso para admirar. De hecho, se dice que donará uno de ellos a un bazar mañana.

—¿Y Sir David Green? ¿Qué hacía? Tal vez vio algo que pueda ayudarnos.

Thorne se rascó la ceja.

—A diferencia de los demás, Sir David fue llamado lejos de la mesa. Y no una, sino dos veces. Una vez por un lacayo desde el pasillo, y la otra por la Reina.

Roland se preguntó qué podría haber querido un lacayo del hombre.

—Supongo que la petición de la Reina llegó cuando lo envió a reunirse conmigo.

—Eso creo, ya que fue poco antes de que se invitara a la gente a dirigirse a la recepción.

—Supongo que no sabes nada de la primera, ¿verdad? ¿Por qué habría venido un lacayo a buscarlo?

Thorne hizo una mueca.

—Lo ignoro, pero es muy posible que se tratara de un asunto oficial. Habló con el personal de seguridad varias veces esa noche.

—Estoy de acuerdo —dijo Roland, apoyándose contra el marco de la puerta—. ¿Has podido averiguar algo más sobre Lady Fitzroy? ¿O sobre Sir Julian Montgomery?

—Nada más sobre Lady Fitzroy que lo que ya sabía. En cuanto a Sir Julian Montgomery... bueno.

Thorne parecía inseguro.

—También fue al salón de refrescos, pero a diferencia de los demás que fueron allí, se hizo notar por su prolongada ausencia. También le pidió al sirviente apostado en el interior que lo dejara tranquilo durante un tiempo.

Era curioso, pero no inusual desear un poco de privacidad.

—¿Cuánto tiempo estuvo ausente de la mesa?

—Por lo que he podido determinar, alrededor de media hora. Y Roland... la habitación que eligió tenía otra salida.

Roland reflexionó un momento sobre esta información. Sir Julian Montgomery habría sido visto si hubiera salido por la vía habitual... pero el palacio de St. James estaba lleno de pasillos y escaleras secretas. No era improbable que un ladrón con un objetivo específico pudiera hacer uso de ellos. No era una prueba concreta en absoluto, pero era una posibilidad a tener en cuenta. Más aún cuando su tiempo de ausencia habría ofrecido a alguien la mayor ventaja para cometer un asesinato y apoderarse de la daga.

—¿Eso es todo? —preguntó finalmente a Thorne—. Deja de moverte y habla si tienes algo más que decir sobre él.

Thorne dejó de balancearse de un pie a otro.

—Solo un rumor. No sé hasta qué punto es creíble. Por cierto, los sirvientes cotillean y especulan mucho sobre la identidad del asesino. Favorecen a Sir Julian Montgomery como culpable.

—¿Por el tiempo que pasó en el salón?

Roland arqueó una ceja. Seguramente debía haber más que eso.

—Eso, y también se dice que hay mala sangre entre Sir Julian Montgomery y el embajador. Parece que se les ha visto intercambiar palabras en más de una ocasión.

Roland no estaba seguro de los vínculos que podían existir entre el barón sueco Gustaf Albin Lindberg y un noble inglés titulado. No eran lo suficientemente cercanos en edad como para haber asistido a la misma universidad, y el barón era conocido por haber sido diplomático toda su vida, mientras que Montgomery, por lo que Roland sabía, también había hecho carrera en el ejército.

—¿Una mala relación lo suficientemente grave como para constituir un motivo de robo?

Thorne se encogió de hombros en señal de incertidumbre.

—Así que —suspiró Roland, sentándose por fin en el sofá—, un vago surtido de posibles motivaciones, algunas apenas más que oportunidades. Nada que nos permita descartar a ninguno de ellos con certeza.

—Al menos el número de sospechosos está algo limitado —señaló Thorne—. Los sirvientes han sido exculpados. Podría haber sido mucho peor.

Los esfuerzos que Roland y Grace habían desplegado para Lady Charity se habían parecido más a la búsqueda de una aguja en un pajar, y Roland no tenía ningún deseo de repetir esa experiencia.

—Espero entonces que el verdadero culpable esté atrapado en esta red.

—Sí —asintió Thorne con un tono tan sincero que el ánimo de Roland mejoró un poco.

Los pensamientos de Thorne parecían ir exactamente en la misma dirección.

Volviendo su atención al caso en cuestión, Roland se preguntó qué hacer a continuación.

—Ahora se trata de interrogarlos discretamente, si es posible sin ofenderlos demasiado. ¿Dijiste que Vaughan asistirá a una especie de bazar benéfico mañana, no es así?

Su hombre se iluminó.

—Sí. Estaba previsto que coincidiera con un desfile militar mañana en la Horse Guards Parade. Una demostración del poder del imperio británico para impresionar al barón, creo. Esperaba que quisiera ir.

Un buen desfile militar sería sin duda una forma más agradable de pasar el tiempo en Londres que un baile.

—¿Echas de menos el servicio tanto como yo? —le provocó Roland.

—Ciertamente era una vida más sencilla —admitió Thorne—. Aunque debo admitir que las camas aquí son mejores.

Sonriendo, Roland asintió.

—Creo que deberíamos asistir a ese desfile. Pero ¿qué hay de Lord Vaughan? Es nuestro mejor sospechoso.

—Podría escribir con antelación y dejárselo a Lady Grace —sugirió Thorne—. No querrá ir realmente a un bazar de damas, ¿verdad? Además, el embajador estará presente como invitado de honor. Podría ser una buena oportunidad para investigar la causa de las plumas erizadas de Montgomery.

—Es un buen punto. Y con suerte, tal vez alguno de los otros esté disponible para una investigación discreta.

9



Al día siguiente, Grace comprobó por última vez su peinado en el espejo de su tocador. Elsie estaba detrás de ella, sosteniendo un espejo de mano para que Grace pudiera ver las trenzas que había entrelazado en su cabello. El estilo era más elaborado de lo que Grace solía preferir, pero no se quejó. Elsie estaba decidida a demostrar su valía como una verdadera doncella y había estado practicando peinados bajo la tutela de la doncella jefe.

—¿Le parece bien, señorita? —preguntó Elsie cuando su paciencia se agotó—. Estará fuera la mayor parte del día, moviéndose durante el evento. No quería arriesgarme a que su cabello se deshiciera en un momento inoportuno.

—Si cree que mi cabello es más obediente que el resto de mi persona, necesita pasar menos tiempo con las tenacillas y más tiempo a mi lado. Pero aparte de eso, sí, es encantador.

Grace resistió el impulso de tocarse el cabello. Levantó la mirada hasta encontrarse con los ojos de Elsie en el espejo.

—Mientras esté fuera durante el día, ¿aceptaría hacer un recado por mí?

—Por supuesto, señora. ¿Necesita algo de la modista? ¿O más papel y tinta?

—Tengo otra cosa en mente —dijo Grace.

Retrocedió en su taburete y se giró para enfrentar a Elsie. Le indicó la silla cercana y esperó a que la doncella se sentara.

—Entre la noche tardía en el palacio y el día ajetreado, no he tenido tiempo de contarle lo que sucedió.

Los ojos de Elsie se abrieron de par en par, y perdió momentáneamente la compostura, aferrándose al asiento de su silla de madera mientras Grace le relataba el asesinato y su posterior ascenso al papel de investigadora.

—¿Otra vez, señorita? ¿Y Lord Percy estaba allí con usted?

—Se cruzó conmigo por casualidad —corrigió Grace—. Ahora, debemos trabajar juntos de nuevo. Si puede ausentarse, por favor, vaya a visitar a Thorne para que pueda organizar una forma de intercambiar mensajes regularmente.

El rostro de Elsie se iluminó.

—No me importaría comprobar cómo están los niños, los Brotes, como los llama Thorne. Estoy segura de que los cuida bien, pero me sentiré mejor al comprobarlo con mis propios ojos.

—Gracias. Tuve la suerte de encontrarme con Roland ayer en casa de Charity, pero no puedo contar con los caprichos de la fortuna en el futuro.

Elsie se mordió el labio y jugueteó con el borde de su delantal. Grace le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—¿Qué piensa Lady Charity de que usted pase tiempo con el señor?

—Apenas nos reunimos por placer, Elsie. Él y yo estamos comprometidos en la búsqueda de la verdad, aunque por nuestras propias razones. No hay sentimientos involucrados.

—Entonces, ¿por qué hace esto, señorita? Difícilmente es apropiado que una debutante se involucre en tales asuntos.

—Y yo estoy lejos de ser la imagen de la debutante promedio. Necesito más en mi vida. Roland lo entiende, al igual que la Reina. Es por eso que me permite participar en este asunto.

—Si quiere mi opinión, es extraño que el señor esté tan dispuesto a alentarla... y que a Lady Charity no le moleste que hable tan a menudo con su prometido. Sus modales parecen tan extraños en momentos como este.

Grace no se ofendió por las palabras de su doncella. A veces, la brecha entre sus condiciones se ensanchaba más allá del punto de comprensión. Eso era todo lo que estaba sucediendo ahora. Ella y Roland tenían clara su posición el uno hacia el otro. Él debía casarse con Charity. Nada más importaba.

Elsie se levantó y se apresuró a reunir el chal, los guantes y el sombrero de Grace. Poco después, Grace subió al carruaje familiar para sentarse frente a su madre. Su cochero, Grantham, agitó las riendas para animar a los caballos a partir a un ritmo constante. Las ruedas del carruaje traqueteaban sobre los adoquines irregulares, pero las mujeres apenas sentían molestias gracias a los asientos acolchados en el interior.

—Tenemos suerte de que Lady Melbourne haya aceptado recibir en Melbourne House hoy, porque me temo que el tiempo no aguantará mucho más allá de la tarde. Pensar que la señora Dixon sugirió que instaláramos puestos a lo largo de St. James's Park.

Lady Tilbury resopló con desaprobación.

—Puede que tenga dinero, pero carece del refinamiento necesario para comprender las exigencias del beau monde.

Grace se volvió hacia la ventana para que su madre no la viera poner los ojos en blanco. El nacimiento no era garantía de buenas elecciones. Lady Fitzroy tenía un linaje impecable, pero eso no le había impedido secuestrar a Charity. Y tal vez ahora hacer algo peor. Aunque eso aún estaba por probarse.

Grantham se unió a la fila de carruajes que esperaban para descargar a sus pasajeros cerca de Whitehall. Entre el desfile de la guardia montada y el bazar benéfico, la ancha calle bullía de carruajes y faetones. Incluso los hombres solitarios a caballo se esforzaban por pasar. Grace arrugó la nariz cuando el aire pesado del verano trajo el hedor del Támesis y el olor terroso del estiércol.

Su madre sacó un pañuelo perfumado de su puño y se lo tendió a Grace.

—Debes hablar con Elsie. Debería haberte proporcionado un tejido perfumado para estos momentos. Ha progresado mucho, pero aún hay margen de mejora.

En ese punto, Grace estaba de acuerdo. El olor penetrante de la lavanda le aclaró la mente. No lo devolvió hasta que fue su turno de bajar. El mayordomo recibió a las mujeres en Melbourne House y, después de tomar sus chales, las condujo a la parte trasera de la mansión donde se celebraría el evento.

Para un evento diseñado para recaudar fondos para las viudas de militares y sus hijos, se había gastado una suma considerable en crear un marco suntuoso apropiado para los participantes de la alta sociedad. Cajas forradas de seda estaban colocadas sobre pedestales de madera a cada lado de las entradas, esperando recoger las donaciones de entrada. Después de que Lady Tilbury depositara la cantidad esperada en la más cercana, las mujeres entraron en el

bullicio.

Las damas de la sociedad, ataviadas con vestidos de día de muselina y elegantes spencers, se mezclaban en pequeños grupos por todo el espacio. Mesas bordeaban las paredes y atravesaban el centro de la sala, exhibiendo diversos artículos para comprar o subastar. Una presentaba platos de cerámica pintados a mano de Italia, otra encaje hecho a mano. Un cuarteto de cuerdas tocaba en la sala contigua, ofreciendo un ambiente relajante para cubrir el relincho de los caballos en el exterior.

Grace dejó que su madre tomara la delantera hasta que hubieron presentado sus respetos a su anfitriona y a las dirigentes de la sociedad benéfica. Cumplida esta tarea, Lady Tilbury permitió a Grace pasear sola, con la condición de que observara todas las normas de la sociedad.

—Me esforzaré por no dejarme atrapar en los brazos de un libertino, mamá, por muy atractivo que sea —prometió Grace batiendo las pestañas.

Su madre contuvo una réplica mordaz y se contentó con una mirada severa para expresar su descontento ante la insolencia de Grace.

Grace adoptó un aire angelical y se alejó antes de que su madre pudiera retirar su permiso. La primera mesa que llamó su atención fue la que portaba diminutos frascos de perfume de cristal. Grace se dirigió hacia allí con aire despreocupado, sin prestar atención a quién más se encontraba cerca. Fue así como se encontró en estrecha compañía de Lark Fitzroy.

—Buenos días, Lady Grace. No he tenido la oportunidad de hablar con usted desde que tan amablemente nos visitó después de nuestro baile.

Grace se tensó ante las palabras de la joven. Había realizado aquella visita a la familia Fitzroy con la esperanza de averiguar más sobre la desaparición de Charity. En aquel momento, no tenía idea de lo cerca que estaba de la verdad. Incluso ahora, no sabía si Lark era cómplice del secuestro o completamente ignorante. Así, dudó demasiado tiempo antes de ofrecer una respuesta, y Lady Lark continuó.

—Por supuesto, ha estado muy ocupada durante un tiempo, ¿no es así? Lord Percy acaparó gran parte de su atención durante la ausencia de Lady Charity. Hasta tal punto que uno se preguntaba si no habría dirigido su mirada en una nueva dirección.

Inclinó la cabeza con gracia y miró a través de sus pestañas.

—Sin embargo, aquí está usted sola.

—En efecto —dijo Grace, sorprendida ella misma por su tono perfectamente agradable—. Lord Percy ha sido bueno conmigo durante mi hora de necesidad, y ambos nos consideramos afortunados de que Lady Charity estuviera sana y salva durante su ausencia.

Lark arrugó la nariz pero guardó silencio. Grace casi deseaba haber dicho más, pues aún no sabía nada sobre la implicación de Lark. ¿Había tenido conocimiento del complot contra Charity? ¿O simplemente seguía los consejos de su madre para arrojar dudas sobre el regreso de Charity? Solo había una manera de averiguarlo.

Con este objetivo en mente, tomó el brazo de Lark y la guio más adentro de la sala.

—Venga, Lady Lark, no hablemos de esos momentos difíciles. Estamos aquí, con tantos objetos expuestos para nuestra consideración. Demos una vuelta y conversemos sobre nuestras últimas actividades mientras los examinamos.

Bajo techos pintados con alegorías de las virtudes, Grace buscaba el menor indicio de vicio y malicia. Interrogó a Lark sobre sus recientes compromisos, sus opiniones sobre varios pretendientes y sus invitaciones a los próximos bailes. Muy lentamente, orientó la conversación hacia su tema de interés principal.

—Dígame, Lady Lark, ¿usted y su familia disfrutaron de la cena en palacio esta semana?

Lark resopló.

—El plato de carne llegó frío.

—¿De veras? El mío estaba ardiendo. Quizás fuera porque usted estaba sentada lejos de mí en la mesa —respondió Grace, lanzando una pulla sutil sobre la caída en desgracia de los Fitzroy en la corte—. ¿Y la daga ceremonial? ¿La vio de cerca?

—Solo de pasada. Mi madre tiene muchos rubíes en su colección de joyas, y no tengo ningún interés en las armas.

Grace apretó los dientes ante las breves observaciones de Lark. Miró a su alrededor en busca de inspiración, viendo solo las mesas de refrigerios cargadas de profiteroles y mini sándwiches. Amplió su campo de visión hasta que divisó a Lady Fitzroy en conversación con dos hombres que no reconocía.

Uno de los hombres estaba de pie detrás de una mesa decorada con antigüedades, platería y pequeños cuadros. Su traje sobrio sugería que era un comerciante local más que un invitado. Lady Fitzroy y el otro hombre tenían los ojos fijos en un medallón de oro expuesto sobre un cojín de terciopelo negro.

—Veo que su madre está allí, pero no reconozco al hombre a su lado. ¿Es un amigo de su familia?

Lark negó con la cabeza.

—Ni siquiera mi hermano se molestaría con un dandi tan conocido como Lord Sebastian Vaughan. El interés de ese hombre solo se extiende a los objetos que puede comprar o ganar. Su colección de curiosidades no tiene rival. Ni siquiera la corona —añadió.

Grace no podía creer su suerte, pues era exactamente el hombre que Roland le había sugerido que conociera. El hecho de que estuviera con Lady Fitzroy lo hacía aún más interesante como potencial sospechoso en el asunto. Pero antes de que pudiera sugerir a Lark que se acercaran, Lady Fitzroy levantó las manos y se alejó de la mesa, dejando el medallón a Lord Vaughan.

—Debería ir a ver a mamá —dijo Lark, soltándose—. Odia tanto perder las cosas una vez que se ha encariñado con ellas, y parece que la han superado en la puja por el medallón. Tendré que distraerla con otra cosa.

Lark se alejó apresuradamente, dejando a Grace sola. La gente se movía a su alrededor, pero nadie se detenía a hablar, tan absortos estaban en la contemplación de los objetos en venta. Así, Grace permaneció donde estaba, al otro lado de la habitación respecto a Lord Vaughan, con una línea de visión despejada. Observó cómo el comerciante sacaba una pequeña caja de debajo de la mesa y envolvía el medallón en un paño.

Lord Vaughan metió la mano en el bolsillo de su abrigo, probablemente para sacar su cartera. Pero en su lugar, extrajo un paquete envuelto. Miró a izquierda y derecha, y luego se lo entregó al comerciante. Sin decir palabra, el hombre deslizó el paquete bajo la mesa y continuó con la venta del medallón.

¿De qué se trataba? La desesperación por ver debajo de la mesa le oprimía la garganta, pero no encontraba forma de hacerlo. El mantel blanco caía hasta el suelo, ocultando todo lo que había detrás y debajo de la mesa. Consideró brevemente fingir una caída y tirar del mantel al levantarse, pero descartó rápidamente la idea. Como represalia por avergonzar a la familia, su madre podría confinarla en casa, o peor aún, casarla con el primer hombre que pasara.

Lord Vaughan se alejó en dirección opuesta y salió a los jardines. Grace aceleró el paso y se apresuró a alcanzarlo. Llegó a tiempo para verlo salir del patio por el otro lado, dirigiéndose hacia el desfile de la guardia montada que se llevaba a cabo en el exterior.

A pesar de todo, el día no había sido una pérdida total. Le informaría a Roland sobre lo que

había visto. Tal vez Thorne podría visitar al comerciante y obtener la información de otra manera.

10



—Deje de toquetear su cuello, Sir Bárbaro —gruñó Thorne a Roland en voz baja para que la multitud no lo oyera—. Va a arrugar su corbata. ¿Y qué pensarían todos estos lores y damas de semejante indignidad?

Roland bajó las manos, reprimiendo el deseo de fruncir el ceño.

—Me está medio estrangulando, *Mamá*.

Pero dejó la corbata en paz y ocupó sus manos ajustando su levita azul oscuro. Era muy elegante, confeccionada en una lana ligera, con sutiles galones plateados a lo largo de los puños y los bordes en homenaje a su servicio.

Quizás de manera inusual para Londres, el tiempo seguía siendo agradable e incluso un poco cálido. La grava de la explanada y la piedra blanca de los edificios vecinos de la avenida reflejaban el sol y el calor sobre la multitud que esperaba. Donde se encontraban, los dos hombres estaban demasiado lejos para disfrutar del verdor y la relativa frescura de Saint James's Park. Una ligera película de sudor perlaba la frente de muchos caballeros alrededor, pero eso no menguaba su anticipación.

La familia real y algunos invitados selectos, incluido el embajador, habían sido invitados a mezclarse cerca de Whitehall. Roland se había encontrado en posesión de una invitación, y planeaba dirigirse allí después. Por ahora, no deseaba ser nada más que un simple hombre recordando su servicio, disfrutando del desfile y de la compañía del hombre a quien había confiado la guardia de su retaguardia durante más de diez años.

Ese era su plan, al menos. Mientras esperaban, sus pensamientos divagaron. Él y Thorne habían pasado frente a la casa donde las mujeres instalaban el bazar más temprano. Grace aún no estaba allí, y se preguntaba si tendría suerte captando fragmentos de chismes entre las damas, o si lograría conversar de alguna manera con Sebastian Vaughan.

Pero el repiqueteo rítmico de los cascos desvió sus pensamientos cuando las filas de jinetes hicieron su entrada. Todas las cabezas alrededor se giraron para admirar los caballos, impecablemente acicalados, sus pelajes relucientes, mientras trotaban en filas bien ordenadas.

¡Ah, cómo echaba de menos aquello! La gloria, y el sentido del deber que la acompañaba. Thorne, también, parecía observar con un toque de nostalgia. ¿Era envidia lo que sentía al mirar a los jinetes sentados erguidos en sus sillas, sus sables de plata y sus colores de regimiento resplandecientes? Ya parecía casi otra vida, y su pecho se hundió mientras se preguntaba si podría volver. Algún día.

La multitud se despejó mientras la gente se dispersaba para tener una mejor vista de las maniobras. Thorne lo sacó de sus pensamientos melancólicos y señaló algo con la barbilla. Por

encima de las cabezas de la gente, podía ver a la familia real en un estrado elevado. Entrecerrando los ojos, distinguía a la Reina y lo que debían ser las siluetas del Príncipe Regente y del embajador. Junto al estrado se encontraba sin duda el Príncipe Federico, duque de York, a juzgar por el bicornio emplumado. Estaba sentado en su propio semental negro azabache masivo que había sido tan bien cepillado que casi brillaba al sol. La poderosa bestia debía medir al menos dieciséis palmos y estaba visiblemente descontenta por no unirse a sus congéneres, a juzgar por sus impacientes piafes mientras observaban las demostraciones tácticas.

Asintiendo a Thorne, comenzó a abrirse paso cuidadosamente entre la multitud en esa dirección, más cerca de Whitehall. Los guardias apostados allí notaron su aproximación, y una vez que verificaron su invitación, lo hicieron escoltar para unirse al resto de la nobleza que se encontraba allí.

—Roland —lo saludó una voz, y se giró para encontrar un rostro muy familiar, también vestido con su uniforme completo.

—Sir David —respondió Roland inclinándose ante su comandante—. Es bueno verlo de nuevo. ¿Está aquí como invitado de la Reina?

—Del Príncipe Regente, de hecho —asintió Sir David Green con una sonrisa irónica—. Como fui de tanta ayuda la otra noche, se me ha confiado la augusta tarea de actuar como consejero para ciertas... funciones diplomáticas. Creo que era la manera de Su Alteza Real el Príncipe Regente de asegurarse de que estuviera a mano, en caso de que ocurrieran otros eventos desafortunados, o si miembros de la pequeña nobleza decidieran comportarse de manera inapropiada.

Roland no pudo evitar sonreír en respuesta ante el tono del hombre.

—Un trabajo bien hecho tiene sus propias recompensas.

—Nunca se ha dicho una frase más cierta. ¿Está disfrutando del desfile?

—Sí, y creo que Thorne también. Lo dejé en los bordes de la explanada —dijo Roland—. Lo recuerda a usted con afecto.

—Lo sé —dijo Green con una sonrisa—. Hablé brevemente con él esa noche, cuando discutíamos sobre los sirvientes. Se ha vuelto tan robusto como usted, incluso más. Es una lástima, ese asunto...

Interrumpiéndose en esa línea de pensamiento ante la repentina tensión de Roland, el hombre cambió de tema, haciendo una mueca de disgusto.

—Bueno, supongo que el pasado es el pasado, y que deberíamos preocuparnos más por los asuntos del presente, como respetar el protocolo y mantener nuestras buenas gracias ante la familia real.

Roland se preguntó qué había estado a punto de decir Sir David Green.

—Parece que se arrepiente de haber vuelto a poner un pie en Londres.

—Es quedarse corto —respondió Green secamente—. ¡Pensar que originalmente había venido para tratar con mi notario y ocuparme de algunos intereses financieros! Ah, bueno. El retiro era algo aburrido, lo admito. Así que quizás esto debería ser más una advertencia: tenga cuidado con lo que desea cuando anhela más emoción en su vida. Supongo que usted también está siguiendo su propia línea de investigación, ¿no? La pista de los sirvientes está fría; todos los que se fueron estaban ocupados sirviendo vino toda la noche en la mesa de honor o regresaron directamente a sus puestos. Y el arma tampoco dio ningún resultado. Supongo que si el asesino hubiera dejado una pista que condujera directamente a él, habría hecho las cosas demasiado fáciles.

—Esperaba poder hablar con algunos de los otros miembros ausentes de la cena, si

estuvieran aquí.

Green asintió en señal de comprensión.

—Quizás también podría encontrar un momento para hablar con el embajador y examinar sus pensamientos sobre el asunto.

Green levantó la mano en señal de negación.

—No puede. Al menos, no todavía. El Príncipe Regente aún no se lo ha dicho.

—¿Todavía no se lo ha dicho? Pero ¿por qué? —preguntó Roland.

Incómodo, Green echó un vistazo a su alrededor, asegurándose sin duda de que tuvieran suficiente privacidad para no ser escuchados.

—Sabe que la Reina y el Príncipe Regente esperaban que pudiéramos recuperar el objeto robado lo suficientemente rápido como para que nunca se mencionara. Espere un poco más. Este período de gracia debería expirar pronto, y se verán obligados a informar al embajador, pero lo harán a su debido tiempo.

Entendía que la familia real probablemente preferiría actuar como si nada hubiera pasado. Sin embargo, esto obstaculizaría su capacidad para seguir ciertas pistas de investigación.

—Muy bien —accedió con más gracia de la que sentía—. Si me encuentro en conversación con el embajador, evitaré mencionarlo. Quizás debería hablar con el Príncipe Regente, si tengo la oportunidad.

Sir David divisó al Príncipe Regente al otro lado del grupo e inclinó la cabeza en esa dirección. Bajando la voz, dijo:

—Allí. Veo a Prinny en compañía de algunos de sus amigos libertinos. Buena suerte, mi joven amigo —añadió Sir David—. Debo hablar con algunas otras personas, así que debo seguir mi camino. Sin embargo, si puedo serle útil, solo tiene que pedirlo.

—Gracias, Sir David —dijo Roland, despidiéndose de su antiguo coronel.

Al mirar de nuevo en dirección a Prinny, Roland no podía discernir con quién estaba el Príncipe Regente, pero quizás podría acercarse para tener una mejor vista. Mientras rodeaba pequeños grupos de diversos dignatarios y militares que no conocía, su camino lo llevó inesperadamente hacia el embajador y otro hombre que estaba cerca.

Roland solo había tenido un breve encuentro con el embajador y barón Gustaf Albin Lindberg la noche de la presentación, pero el hombre era tan imponente como lo recordaba. Quizás era en parte debido a su forma de hablar: su inglés era meticuloso pero tan frío y preciso como una hoja, y parecía que el hombre que estaba allí era el objetivo.

—...se atreve a imponerme su presencia.

—¿Cómo podría no hacerlo, Lindberg? Este es mi hogar. Mi país. No necesito esconderme.

Los dos hombres irradiaban tanta hostilidad tensa que Roland se detuvo, observándolos por el rabillo del ojo con el pretexto de estudiar los caballos. Ambos hombres estaban de pie despreocupadamente, mirando también el desfile. Pero ante las palabras del hombre, Lindberg se volvió más completamente hacia él.

—Quizás debería, Montgomery. Si yo fuera responsable de lo que usted ha hecho, ciertamente dudaría en dar a mis patrones la oportunidad de revelar mi naturaleza. Con permiso.

Lindberg estaba tan agitado que casi choca con Roland en su prisa por irse, y Roland se apartó cortésmente para evitar la colisión. El otro hombre, se dio cuenta, viéndolo bajo una nueva luz, debía ser Sir Julian Montgomery. Roland recordaba haberlo visto en la cena, pero no había hablado con él. Y estaba claro que los dos hombres se conocían bastante bien. Lindberg evidentemente no sentía ninguna necesidad de dirigirse a él con el honor que el título debería haber merecido.

De hecho, Sir Julian había mostrado un nivel similar de falta de respeto, bastante inesperado para un caballero. Thorne había dicho que los dos habían intercambiado palabras más de una vez; esto parecía ser un eufemismo para describir su animosidad.

Roland evaluó al hombre. Sir Julian tenía bien entrados los cincuenta, su cabello bastante gris por la edad. Quizás en algún momento podría haber estado en forma, pero si ese era el caso, se había ablandado bastante con la edad y el estilo de vida de un noble.

—Debo admitir, conde Percy, que es una experiencia bastante nueva recibir tal bienvenida a mi llegada.

Estas palabras sarcásticas fueron pronunciadas por una voz masculina. Sorprendido, Roland miró directamente a la cara del Príncipe de Gales.

—Perdóneme, Alteza. Estaba pensando en un extraño encuentro con el embajador y no lo oí acercarse.

El Príncipe Regente se irguió un poco.

—¿Extraño cómo? ¿Ha tenido éxito en su investigación?

—A decir verdad, aún no, señor. Solo noté que el embajador parecía molesto por la presencia de Sir Julian Montgomery, y intercambiaron palabras bastante duras. ¿Sabe usted por qué están en desacuerdo el uno con el otro?

Prinny agitó la mano, sin el menor interés.

—Hay una vieja disputa de larga data entre ellos por algo que sucedió hace años. No sé qué; no es importante.

Vacilante, Roland sopesó cuidadosamente sus palabras.

—¿Cree usted que eso no tiene importancia en cuanto a sus motivaciones para abandonar la mesa esa noche en la cena?

Los ojos de Prinny se encendieron brevemente ante el cuestionamiento de Roland, pero lo consideró seriamente.

—Puede explicar cierta falta de cortesía esa noche —admitió—. Sin embargo, si busca razones para el estado de ánimo actual del embajador, hay otra razón por la que podría estar molesto.

—¿De verdad? ¿Ha sucedido algo antes, señor? —preguntó Roland al Príncipe Regente.

—Ahora está al tanto de que su regalo diplomático ha... desaparecido.

Roland tomó una bocanada de aire sorprendido.

—Sir David Green me aconsejó no interrogar al embajador antes. Dijo que el embajador aún no estaba al tanto del robo.

Prinny inclinó ligeramente la cabeza.

—En su defensa, Sir David seguramente no lo engañó a usted deliberadamente. El embajador acaba de ser informado... y desafortunadamente, esto ocurrió debido a un desafortunado desliz de otra persona.

—Ya veo —murmuró Roland—. No es de extrañar que el embajador esté enojado.

Prinny escrutó a Roland con la mirada, luego continuó.

—Le hemos informado que estamos haciendo todo lo posible para que sea restituido. ¿Está usted haciendo su parte para garantizar mis palabras, Lord Percy?

—Avanza lentamente porque las discusiones deben ser delicadas, Su Alteza, pero sí, estoy haciendo progresos constantes...

Las palabras de Roland se desvanecieron mientras sus ojos buscaban la posición de Sir Julian, y notó que el hombre había desaparecido. Interiormente, maldijo.

—Estoy progresando en el interrogatorio de los invitados ausentes, señor.

—Continúe, entonces —dijo Prinny, divertido.

Claramente, era hora de despedirse.

Roland se alejó cautelosamente del Príncipe Regente, echando discretamente un vistazo alrededor de la multitud de invitados selectos. Pero Sir Julian, al parecer, se había ido. El día pasó sin más aclaraciones.

11



A la mañana siguiente, Grace se despertó mucho más temprano de lo habitual, con la mente demasiado ocupada reflexionando sobre sospechosos y motivos como para permitirle descansar. El más tenue resplandor del amanecer se filtraba alrededor de las cortinas de terciopelo. En una hora, la luz del sol afirmaría su presencia y haría imposible cualquier esperanza de descanso adicional. No es que importara.

La chimenea estaba vacía; el día prometía ser demasiado caluroso para necesitar un fuego. Grace agarró su bata de dormir colocada a los pies de su cama y se la puso. Se dirigió hacia su escritorio, con la intención de redactar una nota que Elsie pudiera llevar en su nombre. Roland debía ser informado del curioso comportamiento de Lord Vaughan en el bazar. ¿Qué le había entregado al anticuario? El paquete parecía demasiado pequeño para contener la daga faltante. Pero, ¿y si ya había quitado las piedras preciosas? Solo ellas ocuparían poco espacio.

No llegó más allá de extender la mano hacia su pluma de cisne favorita antes de detenerse en seco.

No quería enviar a Elsie en su lugar. Quería ir en persona, para discutir cada posibilidad y lo que deberían hacer a continuación. La imagen de ambos sentados en el despacho de Roland se impuso y se negó a desaparecer.

Echó otro vistazo al reloj e hizo sus cálculos. Su madre nunca se levantaba antes de las diez, considerando que todo lo que ocurría más temprano no era digno de una dama. Era por esta razón que Grace tenía la costumbre de permanecer en su habitación hasta más tarde en la mañana. Si se escabullía ahora, nadie lo notaría. Tendría que ser bastante rápida, dos horas y no más. Pero era factible. Si se daba prisa... y tenía un poco de ayuda.

Llamó a Elsie. Su doncella llegó muy rápidamente, llevando una bandeja cargada con chocolate caliente y una pila de tostadas con mantequilla. Grace la invitó a sentarse y le explicó su plan.

—Vamos a intercambiar nuestros lugares. Vestida con tu uniforme y tu cofia, voy a salir rápidamente para un breve recado. En mi ausencia, necesito que te quedes aquí.

Elsie sacudió furiosamente la cabeza.

—¿Y si alguien me encuentra? Me despedirán, sin esperanza de recomendación.

—Nadie te encontrará —la tranquilizó Grace.

Sin embargo, Elsie seguía poco convencida. Grace hizo la oferta más tentadora.

—Podrás beber mi chocolate y comer las tostadas. ¿No te gustaría tener la oportunidad de descansar una hora o dos?

La mirada de Elsie se desvió hacia la bandeja.

—¿Adónde irá?

—A visitar a Rol... Lord Percy —respondió Grace, corrigiéndose antes de pronunciar su nombre sin su título.

Se estaba convirtiendo rápidamente en un hábito, uno que podría meterla en problemas si lo decía delante de alguien más.

Por supuesto, Elsie notó el error. La expresión obstinada de su rostro se suavizó, y una sonrisa estiró sus labios.

—¿Quiere visitar al señor? ¿Sola?

—Su ayuda de cámara Thorne estará allí, estoy segura.

Grace puso sus manos en las caderas.

—Vi algo inusual ayer en el bazar benéfico. Roland debe ser informado, y podría necesitar mi ayuda en este asunto. Es mejor que vaya y me explique yo misma.

Elsie miró nuevamente la bandeja.

—Lo haré, pero no le daré mi ropa. Espere aquí un momento, e iré a buscarle un conjunto abajo.

Elsie regresó más rápido de lo que Grace esperaba. Ayudó a Grace a ponerse el tosco vestido negro por la cabeza y a atar el delantal blanco. Una simple cofia blanca cubría bastante bien el cabello de Grace. Con la adición de un chal blanco, Grace estaba segura de poder ocultar su rostro lo suficiente para evitar que alguien la reconociera.

Era definitivamente extraño usar la escalera de servicio, pero Grace difícilmente podía pasearse por la casa vestida como una sirvienta. Al pie de la escalera, Grace escuchó las voces parlanchinas y los cacharros entrechocándose haciendo eco desde la cocina. Giró en la dirección opuesta, apresurándose a pasar frente a las puertas cerradas de la lavandería y los armarios de almacenamiento. En cualquier otro momento del día, habría corrido un mayor riesgo de ser descubierta al salir. Pero a esta hora temprana, el personal estaba ocupado preparando la casa para el día. Las cortinas debían ser descorridas, las habitaciones ventiladas, y las mesas preparadas antes de que el señor y la señora de la casa hicieran su aparición.

Ninguno de los mozos de cuadra prestó la menor atención a Grace cuando pasó junto a ellos, con la mirada firmemente fija en el suelo. Más allá del muro de piedra que rodeaba su propiedad, el Londres de la mañana temprana se desplegaba en un tapiz como nunca antes había visto. Lo primero que notó fue el aire fresco que llevaba el ligero aroma del pan recién salido del horno. El rocío brillaba sobre la hierba y las hojas. Un carro pasó traqueteando, sus botellas de leche entrechocándose en una melodía irregular.

Sirvientes y trabajadores se apresuraban ocupados en sus quehaceres. Grace se divirtió adivinando adónde se dirigían. Decidió que uno era un comerciante, el otro una lavandera. Un hombre de la alta sociedad aún borracho, con su corbata colgando flojamente alrededor de su cuello y su cabello desordenado, la hizo reír. Había poco riesgo de que la reconociera, dado su andar vacilante y su mirada turbia.

La distancia entre su casa y la de Roland no era grande. Le tomó diez minutos de caminata a paso rápido encontrar su dirección. ¿Cómo reaccionaría al encontrarla en el umbral de su puerta? Su interés en hablar con ella había sido bastante claro la noche del evento real. Seguramente daría la bienvenida a su presencia ahora, especialmente dadas las circunstancias. Grace reprimió una punzada de preocupación hasta que desapareció de su mente.

Vislumbró los escalones de la entrada y casi se dirigió hacia allí antes de recordar cómo estaba vestida. Los sirvientes entraban por la parte trasera de la casa. Se mordió el labio y reflexionó sobre cómo manejar la situación antes de recordar la presencia de los niños. Los

Retoños, como Elsie los había llamado.

Dio la vuelta y se acercó a la casa por detrás. Cuando llegó a los establos, echó un vistazo adentro y lanzó un discreto «¡eh!». Un crujido confirmó que alguien estaba allí, pero nadie respondió. Lo intentó de nuevo.

—¿Retoños? ¿Niños?

Una cabeza despeinada asomó desde el interior del box vacío más cercano.

—¡Caramba! ¡Wes, es la señora!

Más allá, otra cabeza apareció junto al único caballo en el establo. El niño se frotó los ojos como si ella fuera un espejismo y no una persona viva.

—¿Cómo sabe que soy una dama? —preguntó ella, genuinamente curiosa.

Hizo señas a los niños para que salieran de sus escondites.

—Ustedes, los aristócratas, no pueden ocultar su acento más de lo que nosotros podemos ocultar el nuestro —respondió el niño llamado Wes—. Además, su doncella conoce nuestro apodo.

Grace concedió el punto con un elegante asentimiento de cabeza.

—Bien jugado. Si fueran tan amables de presentarse, tal vez tendría una mejor forma de llamarlos que como algo que crece en el huerto.

—Soy Wes —respondió el chico.

Señaló a su hermano.

—Este es Will... eh, Willa.

Willa se apartó del establo, permitiendo que Grace tuviera una mejor vista. Casi se atraganta al notar que el niño llevaba un vestido y no pantalones. Sin embargo, disimuló su sorpresa con una tos educada en su mano.

—Es un placer conocerlos a ambos. Pueden llamarme Lady Grace. Ahora que nos hemos presentado correctamente, debo pedirles un favor. ¿Podría alguno de ustedes informar a Lord Percy que estoy aquí?

Wes hizo una mueca.

—Lord Percy no está, señora. Salió a dar un paseo con Arion.

Grace se quedó inmóvil. Este no era un resultado que hubiera previsto en sus planes. ¿Debería preguntar cuándo se suponía que regresaría? ¿Tendrían los niños una respuesta? Incluso si la tuvieran, no podía permitirse esperar. Tarde o temprano, alguien notaría su ausencia de la casa. Se balanceaba de un pie a otro, dividida entre quedarse o irse.

—¿Quiere que vayamos a buscar al señor Thorne? —propuso la niña—. Tal vez él pueda ayudarla. O podría ir a buscar al Lord si lo necesita de inmediato.

Grace aprovechó la oferta.

—Sí, por favor, por supuesto —balbuceó—. Thorne sabrá...

La niña salió corriendo sin mirar atrás, con los brazos agitándose mientras cruzaba el patio hacia la puerta de la cocina. Grace entrelazó sus dedos y adoptó la postura segura en la que confiaba durante los bailes nocturnos. Era una posición que podía mantener durante horas, pareciendo perfectamente contenta y sin necesidad de intervención, o de una temida invitación a bailar. Al otro lado del establo, el niño la observó y luego movió sus propios miembros delgados tratando de copiar su pose. Si no fuera por la expresión determinada en su rostro, Grace se habría reído.

Así fue como Thorne la encontró: con los labios apretados para evitar que se escapara una risita. Compartiendo una mirada entre ella y Wes, sus propios labios se curvaron, pero hizo una profunda reverencia.

—Señora, ¿cómo puedo serle útil? Me disculpo por la ausencia de Lord Percy, pero... no creo que la estuviéramos esperando.

—Fue una decisión de último momento venir —explicó Grace.

Thorne recibió esta noticia sin siquiera levantar una ceja, actuando como si las debutantes vestidas de doncellas vinieran regularmente de visita. Sin embargo, Grace se sintió obligada a decir más.

—Tenía noticias para Lord Percy sobre Lord Vaughan.

—Se fue hace poco y no espero que regrese antes de al menos una hora, quizás más. Estaré encantado de tomar el mensaje para él... ¿o hay algo más que necesite agregar? Debe ser así, dado que está aquí en persona en lugar de enviar una nota escrita.

Thorne miró hacia la casa, considerando su próxima acción.

—¿Ha desayunado, señora? La señora Archer siempre prepara más de lo que podemos terminar. Si no le importa compartir la mesa conmigo, por supuesto. Lord Percy a menudo me hace sentar con él, pero usted no está de ninguna manera obligada a hacer lo mismo.

Grace se desconcertó ligeramente, enteramente por la idea de un hombre que algún día sería duque sentándose con su sirviente, pero la idea de que Roland lo hiciera no la sorprendió en absoluto. De ninguna manera podía imaginarlo sentado solo en una mesa de desayuno, con solo su té y su periódico, y ahogó una risa ante la idea.

Pero sus ojos debieron brillar, y a Thorne no se le escapaba nada. Levantó una ceja hacia ella, e impulsivamente, ella elaboró, aunque se sonrojó ante la idea de criticarlo frente a su ayuda de cámara.

—Estaba tratando de imaginar a Lord Percy disfrutando de un desayuno grandioso y el periódico todo solo.

—Entonces entiende bien a Sir Bárbaro —dijo Thorne, sus dientes apareciendo en el más mínimo rastro de humor inesperado.

Pero se aclaró la garganta rápidamente y retomó su pose correctamente educada, preocupado de haber ido demasiado lejos.

—No es nada; sé lo cercanos que son ustedes dos. No me opondría en absoluto a su compañía. Es una oferta amable, y muy apreciada, señor Thorne.

Grace comenzó a caminar a su lado y lo siguió dentro de la casa. No tomó los escalones de piedra que conducían a la cocina en el sótano, sino que la dirigió hacia una puerta que daba a la terraza. La puerta se abría al comedor.

Grace era impotente ante su curiosidad. Sus pasos se ralentizaron mientras su mirada recorría la habitación, tomando nota del suelo de travertino, la mesa y las sillas elaboradamente talladas, y las pocas obras de arte expuestas. Asimismo, notó la ausencia de una alfombra bajo la mesa, un cuadro para llenar el espacio descolorido en la pared, y un par de pedestales de mármol vacíos. ¿Acaso Roland carecía de fondos y había tenido que vender objetos familiares? No tenía sentido, sin embargo, su mente saltó a esa conclusión.

Thorne notó la dirección de su mirada.

—Estamos en medio de un cambio de decoración, señora. Los gustos de Lord Percy son... algo diferentes a los de su padre.

Su mueca llenaba ampliamente los vacíos de sus palabras. Cualesquiera que fueran las preferencias estilísticas del anterior conde Percy, evidentemente no coincidían con los gustos más austeros de Roland, especialmente si estaba dispuesto a prescindir por completo de la decoración antes que vivir con las elecciones de la generación anterior.

Platos de comida estaban alineados en el centro de la mesa, mostrando huevos, jamón,

tostadas e incluso arenques ahumados. Grace miró a su alrededor nuevamente, preguntándose dónde podrían estar los sirvientes.

—Nuestro personal aún es muy pequeño. El ama de llaves y el mayordomo están en el mercado. Le prometo que no hay nadie más aquí para reconocerla, ni para hablar de su visita.

Retiró una silla para ella, asumiendo el papel de lacayo, luego rodeó la mesa para sentarse frente a ella.

—Lord Percy prefiere un estilo de comida más informal. Sírvase lo que desee.

Grace levantó la cuchara del plato de huevos, notando el peso de la plata y el escudo de armas de la familia grabado en el mango. A pesar de la disposición relajada, cada objeto había sido pulido hasta brillar. Grace llenó su plato con sus platillos favoritos mientras Thorne hacía lo mismo. Él le sirvió una taza de té y comenzaron a comer.

Debería haber sido extraño, ya que era tan inusual que una dama compartiera la mesa con un mayordomo como lo era para el conde hacerlo. Peor aún, lo estaba haciendo con un mayordomo que no era de su casa. De alguna manera, no era extraño, simplemente porque Grace y Thorne elegían no reconocerlo como tal.

—¿Han tenido usted y Lord Percy mucha suerte por su lado? —le preguntó ella al hombre—. Roland mencionó que alguien estaba investigando al personal y al propietario del cuchillo de caza... el antiguo comandante en jefe, dijo, creo.

—Ese sería Sir David Green —le dijo Thorne—. Un hombre digno de respeto y un comandante capaz.

Pero negó con la cabeza en cuanto a otras noticias en ese frente. Todo lo que tenía para compartir era la amenaza de Prinny y las noticias sobre la disputa entre Sir Julian Montgomery y el embajador.

Después de unos bocados, Thorne le preguntó a Grace qué había venido a decirles. Grace le contó que había visto a Lord Vaughan en el bazar, y lo había sorprendido entregando un paquete envuelto después de asegurarse de que nadie estuviera mirando.

—¿Cree que podrían ser las piedras preciosas del puñal del embajador? Era demasiado pequeño para ser el arma en sí.

—Se nos había informado que iba a donar un objeto, pero estoy de acuerdo con usted, su comportamiento es cuanto menos extraño. No habría razón para recurrir al subterfugio. Sin embargo, debemos tener cuidado de no ver sombras detrás de cada puerta. Lord Vaughan es conocido como un coleccionista de rarezas, no como un ladrón o un receptor. Si fuera responsable del robo, dudo que fuera tan imprudente como para entregar las piedras en un evento público.

—Sin embargo, usted admite que sus acciones no fueron las de un hombre completamente inocente —replicó Grace—. La única forma de determinar si hay una sombra es abrir la puerta, como usted dice. ¿Usted y Lord Percy investigarán este asunto?

Thorne prometió que lo harían. El silencio volvió a caer sobre la mesa.

Grace levantó su taza de té, pero bebió lentamente. Estudió al hombre frente a ella. Su cabello negro y su porte le recordaban a Roland, pero quizás eso era de esperar después de una década de estrecha colaboración y el hecho de que estuviera sentado a la mesa, cenando como un lord. Lo había visto asumir tantos roles. Cochero, espía, luchador, y ahora caballero. Roland había explicado que Thorne había servido como su ordenanza, pero Grace estaba segura de que su vínculo iba más allá de eso. Estos hombres eran amigos, amigos cercanos. Confiaban el uno en el otro como iguales, no como un sirviente y su amo.

La mente de Grace divagó y su mirada se suavizó mientras reflexionaba sobre lo que la

amistad de Roland con Thorne revelaba de él. Ciertamente, su hermano Felix nunca cenaría con su ayuda de cámara. Por supuesto, Felix tampoco se había parado nunca en un campo de batalla con su ayuda de cámara montando guardia. Parpadeó para aclarar su visión y encontró la mirada azul de Thorne fija en ella.

Grace dejó su taza de té con un tintineo y luego se aclaró la garganta.

—Gracias por su hospitalidad, señor Thorne. Debería regresar. Mi familia pronto se despertará. No quiero que Elsie se meta en problemas por cubrirme.

Thorne se limpió la cara con su servilleta y apartó su silla.

—Los Pousses y yo la acompañaremos de vuelta. A Lord Percy no le gustaría la idea de que regresara sola.

12



Más de un día completo después de los desconcertantes encuentros en el campo de desfile, Roland aún no se sentía más cerca de eliminar a un sospechoso de la lista. Muy al contrario, de hecho.

La frustración lo empujó a salir de nuevo de su casa a lomos de Arion poco después del mediodía. Se suponía que debía visitar a Lady Charity hoy, pero la idea de pasar siquiera media hora enclaustrado en un salón formal, buscando palabras floridas que decir, lo hacía sentir como un tejón atrapado. Así que envió a Wes para transmitir sus disculpas y prometió visitarla al día siguiente en su lugar.

Necesitaba moverse. Necesitaba reflexionar sobre todo esto, y siempre sentía que sus pensamientos fluían más fácilmente desde el lomo de su caballo. Dejó a Arion libre de sus movimientos y permitió que el caballo fuera donde quisiera.

La noticia de que se había perdido una visita inesperada de Lady Grace le había dejado un sabor amargo. Casi sentía celos de que Thorne hubiera tenido la oportunidad de pasar un agradable momento almorzando con ella mientras él estaba fuera, ofreciendo a Arion un galope muy necesario. Este sentimiento pasó rápidamente cuando se dio cuenta de la importancia de sus noticias.

Lord Vaughan estaba bastante abajo en su lista de sospechosos, especialmente a la luz de la animosidad entre Sir Julian y el embajador. Incluso Thorne admitía que alguien con sus medios podría muy bien deshacerse de las joyas de la daga robada, y sin la misma sospecha que se le otorgaría a un sirviente. Si no era responsable del asesinato —y eso seguía pareciendo improbable, ya que Lord Vaughan era un hombre bastante dandy— no estaba fuera de discusión que ayudara en la venta.

Todo este asunto le estaba dando un tremendo dolor de cabeza, y decidió abruptamente que la comida debería ser la siguiente prioridad, ya que se acercaba la hora de la cena y ni siquiera había tomado su propio desayuno.

Al levantar la vista, se dio cuenta de que Arion lo había llevado bastante cerca de Saint James's Street. La gran estructura georgiana de su club, el White's, estaba justo delante. No había comido mucho fuera desde que Madame Archer se había hecho cargo de las tareas culinarias de la casa de la ciudad, pero esperaba que ella le perdonara por esta vez. Decidido, desmontó y fue conducido a través de la pesada puerta de madera por el portero.

Era un poco tarde para el almuerzo y temprano para la cena, así que la asistencia al club aún era escasa, pero Roland se encontró sentado con ostras y una jarra de cerámica de cerveza oscura Porter en un abrir y cerrar de ojos. La cerveza malteada, le dijeron, sería el acompañamiento

perfecto para el lado salado. Un pollo asado seguiría.

La comida era todo lo que se había prometido, y Roland comió con buen apetito. No fue hasta que terminó su Porter que levantó la vista de su vaso y descubrió un perfil que no esperaba en la sala.

—¿Es ese el embajador barón Gustaf Albin Lindberg allí? —preguntó al discreto camarero, que acababa de aparecer para recoger su plato.

El camarero ni siquiera miró para confirmar.

—Sí, es el barón Lindberg. Lleva a cabo algunos de sus negocios aquí.

Sin duda, el embajador se alojaba en la casa de Mayfair que servía de embajada, pero eso no significaba que fuera un lugar conveniente para reunirse con miembros de la alta sociedad. Tal vez la dirección tomada por Arion había sido fortuita después de todo.

—Gracias —dijo Roland al camarero—. Creo que iré a presentarle mis respetos.

Dejando su mesa, Roland se ajustó la chaqueta y se dirigió hacia el asiento del embajador.

—¿Puedo ofrecerle una copa, Su Excelencia?

El embajador levantó la vista, medio molesto, pero cuando el reconocimiento cruzó su rostro, esto se transformó en una vaga diversión.

—No diré que no a otra copa si usted se une a mí y se relaja. Me enfrento a suficiente rigidez inglesa para llenar mis noches. Usted... es el conde Percy, ¿no es así? Lo recuerdo de la cena de presentación.

—Sí. Estaré encantado de unirme a usted para una copa, entonces, barón Lindberg, si no es una imposición.

—Por supuesto. No hay imposición —dijo Lindberg con precisión, haciendo un gesto al camarero mientras Roland se sentaba—. Dos Svensk Punsch más, por favor.

Cuando el camarero se fue, el rostro del embajador se volvió pensativo.

—Usted se levantó durante la comida. En ese momento no le presté atención, pero ahora sospecho que se había ido a manejar ese desagradable asunto. El Príncipe Regente ha sido de lo más expresivo con respecto a sus... talentos de investigación.

Roland no estaba seguro de cómo responder a esta sorprendente noticia de que Prinny había hablado de él al embajador, así que la ignoró por el momento.

—Así fue. Espero que por lo demás su visita esté yendo bien.

El embajador le lanzó una mirada irónica y luego verificó que las mesas vecinas estuvieran vacías.

—Si olvidamos que el regalo de Su Alteza Real el Príncipe Carl Johan de Suecia al Príncipe Regente ha desaparecido. Veinticuatro años en la diplomacia, y ahora... catástrofe. Le ruego me perdone, pero apenas tengo ánimo para hablar del tiempo o de los lugares turísticos.

—¿Entonces cree que usted sufrirá por el robo? —preguntó Roland en voz baja.

—Sí. Ciertamente seré examinado, tal vez incluso más. Al menos, deben investigar y estar convencidos de que yo no fui responsable de su pérdida.

—Haré lo que pueda para ayudarle y encontrar al ladrón —prometió Roland—. Supongo que no tiene sospechas sobre quién podría tener motivos para robarlo, ¿verdad?

—¿Quién puede decirlo, Lord Percy? Se me ha asegurado que no se trata de un simple sirviente. ¿Alguien que desea avergonzar a su corona? ¿O tal vez quieren avergonzar a la mía?

—¿Alguien, quizás, que tenga una vendetta personal contra usted? —se aventuró Roland, preguntándose si Lindberg podría tal vez comentar sobre las curiosas disputas observadas entre él y Sir Julian.

El rostro de Lindberg se tensó, pero tomó aire y asintió.

—Tal vez. No lo sé. Sus esfuerzos, Lord Percy, son apreciados.

Antes de que pudiera decir más, el camarero regresó con sus bebidas, y Roland decidió dejar caer el tema por el momento.

—No creo haber tenido la oportunidad de probar esto antes —dijo Roland, llevando el vaso de ámbar cuidadosamente servido a su nariz para comprobar el bouquet.

La bebida tenía un aroma oscuro, dulce y terroso.

—Es probable que no tenga otra oportunidad una vez que me haya ido. Traje conmigo arrack, que es el licor que está oliendo. Luego tuve que instruir al personal sobre cómo prepararlo. Me han dado a entender que el arrack no es común en Inglaterra. Sus compatriotas tienden a preferir el ron y el brandy para sus bebidas dulces, así que no soy muy optimista sobre su popularidad como artículo comercial.

Roland probó el líquido y descubrió que era tan dulce como su aroma.

—Tiene un sabor de lo más intrigante.

Esto pareció complacer al hombre mientras Roland tomaba otro sorbo, más largo.

—Entonces usted tiene mejor gusto y una mente más abierta que muchos de sus colegas aquí entre la nobleza. Quizás debería ser diplomático.

—Hasta hace poco, estaba luchando contra Napoleón. Una mente abierta es algo útil de tener —dijo Roland, haciendo girar ligeramente su vaso.

—Ah —dijo el embajador.

Algo en su tono llamó la atención de Roland, quien miró a Lindberg. El hombre parecía haberse endurecido un poco. Enfriado.

—¿Marina? ¿Alto mando?

Frunciendo el ceño, Roland dejó su vaso.

—No, caballería. En la península ibérica, muy recientemente. Lo siento, barón Lindberg. ¿He dicho algo que le haya ofendido?

Lindberg se relajó un poco.

—Esté tranquilo. No ha hecho nada, Lord Percy.

Hubo un pequeño silencio mientras el barón reflexionaba sobre qué decir a continuación.

—Simplemente no me siento del todo cómodo con aquellos que tienen una mentalidad militar.

Roland le dio vueltas a esa frase en su cabeza, viendo una oportunidad.

—Supongo que no debería preguntarle si disfrutó del desfile de ayer, entonces.

Riendo, Lindberg bebió el resto de su vaso.

—No, ayer fue bastante desagradable, por muchas razones.

Una de ellas siendo sin duda su descubrimiento del robo.

—¿Usted también estuvo allí, Percy?

—Estuve —admitió Roland, y decidió arriesgarse—. Lo vi allí, pero solo de lejos. Creo que estaba conversando con Sir Julian Montgomery.

Los dedos de Lindberg se crisparon sobre el vaso, pero controló su expresión.

—Sí, él y yo somos... familiares el uno con el otro. Hicimos negocios hace cinco años.

Roland no podía imaginar cómo se habían conocido los dos hombres, ya que sabía que Sir Julian era un militar de carrera, pero principalmente en suelo británico, hasta donde él sabía. Intentó mantener un tono inocentemente curioso.

—¿De verdad? No sabía que Sir Julian hubiera estado alguna vez en el continente.

Asintiendo, Lindberg acarició el borde de su vaso vacío.

—Oh, sí. Antes de la guerra.

El continente no había estado exactamente tranquilo en las últimas décadas, pero Roland solo podía pensar en unas pocas guerras donde Sir Julian podría haberse cruzado con Lindberg. En 1807, Gran Bretaña había bombardeado Copenhague para evitar que Napoleón se apoderara de la flota danesa. En 1808, había comenzado la Guerra de la Península, y Roland y Thorne se habían encontrado desplegados en España. Pero ese año también había estallado la guerra entre Suecia y el imperio ruso. Estaba un poco vago sobre los detalles de ese evento, más allá del hecho de que Suecia había desafiado el sistema continental de Napoleón. Se arriesgó con otra suposición.

—¿La Guerra de Finlandia?

El rostro del barón Lindberg permaneció neutral, pero había algo tan inerte en sus ojos como un cadáver.

—Discúlpeme, Lord Percy. Me encuentro incapaz de tener una conversación sobre tal tema en buena compañía. Pero diré esto, ya que usted es un hombre joven y más familiarizado con el poder de la espada. Sepa que la diplomacia puede ser tan mortal como la guerra.

Claramente, este era un tema sensible, y Roland se detuvo inmediatamente, disculpándose. El barón Lindberg murmuró una educada negación de ofensa, pero sacó su reloj de bolsillo para comprobar la hora.

—He disfrutado de nuestra copa. Encuentre la daga de rubí, Lord Percy, y no se prestará atención al resto.

—Por supuesto, barón Lindberg. Espero que tenga un día más agradable.

El barón asintió, y ambos se pusieron de pie. El barón salió de la sala de comedor del primer piso con paso decidido, y Roland esperó un segundo antes de seguirlo. Mientras se dirigían por separado hacia la escalera principal, Roland esperaba que bajara y se ocupara de sus asuntos fuera del White's... pero en lugar de eso, se alejó de la escalera, en dirección a la sala de juegos.

En sí mismo, esto no era motivo de sorpresa o consternación. Lo que sí era preocupante, sin embargo, era que Lord Peregrine Fitzroy parecía estar esperando la llegada del embajador.

Qué extraño era que el embajador conociera a alguien que probablemente aún estaba en Eton la última vez que Lindberg había puesto un pie en suelo británico, más aún cuando Fitzroy no había asistido a la cena real.

13

Grace no se atrevió a escaparse de casa dos días seguidos. Después de que Elsie la ayudara a vestirse para el día, declinó la oferta de una bandeja de desayuno a favor de unirse a su padre en el salón de la mañana.

Lord Tilbury era un hombre de costumbres. Se levantaba a la misma hora cada día, comía la misma comida para el desayuno y leía el mismo periódico londinense mientras terminaba su segunda taza de café. Esa mañana, aún saboreaba sus huevos fritos y tostadas con mantequilla. Apenas mostró sorpresa cuando su hija entró en la habitación, interrumpiéndose solo para desearle buenos días.

—¿Tienes planes para hoy? —preguntó entre bocados.

—Seguramente los tenga, pero Madre aún no se ha dignado a comunicármelos —respondió Grace.

El lacayo colocó un plato cubierto frente a ella y retiró la tapa de plata para revelar un pastel espolvoreado con azúcar junto a una porción de huevos revueltos. Se alejó para recoger el plato ahora vacío de Lord Tilbury. Apenas había salido de la habitación por una puerta lateral cuando llegó el mayordomo de la familia, llevando un periódico perfectamente planchado en una bandeja de plata.

—Las noticias del día, señor.

Algo en el tono del mayordomo llamó la atención de Grace. Dejó su tenedor en el plato y miró a su padre. Él tomó el periódico y lo desdobló para examinar los titulares de la primera página.

—¡Por Dios! —exclamó Lord Tilbury.

Sus dedos se crisparon en el borde del periódico y sus manos hicieron temblar las páginas.

—¿Es posible? ¡De todos los riesgos espantosos!

Grace echó un vistazo al mayordomo, de nuevo de pie a un lado, pero sus rasgos impasibles no le dieron ninguna pista sobre la causa de las exclamaciones de su padre.

—Regente o no, su comportamiento sobrepasa los límites...

Lord Tilbury empezó a murmurar entre dientes mientras leía las noticias.

Grace no se atrevió ni a levantar su tenedor, ni a llevar su taza a los labios para un sorbo de chocolate. Evidentemente, algo grave había ocurrido durante la noche. Si preguntaba directamente, o se levantaba de su silla, su padre doblaría el periódico y se retiraría, murmurando que estas cosas no eran apropiadas para una joven. Sin embargo, si permanecía inmóvil y él olvidaba su presencia, solo tenía que esperar a que abriera el periódico para leer la primera página.

Su padre releyó el artículo en cuestión, prolongando la espera hasta que Grace abandonó toda discreción y se precipitó a su lado. Las grandes letras negras parecían casi saltar de la página.

"¡Un infierno de juego se convierte en un brasero: miembros de la familia real huyen para salvar sus vidas!"

Grace se inclinó sobre el hombro de su padre para leer los caracteres más pequeños. Su movimiento atrajo su mirada, y dobló el periódico para impedir que viera más de esas terribles noticias.

—Oye, Grace, ¿no deberías estar sentada? ¿Qué diría tu madre si entrara?

Grace se mantuvo firme.

—Madre aún está en la cama, como bien sabes. Vamos, Papá, ¿qué dice el artículo? ¿Qué ha hecho Prinny esta vez?

Su padre tosió y le hizo un gesto para que volviera a su sitio. Pero, una vez que ella mostró el decoro apropiado, cedió lo suficiente para anunciarle la noticia.

—El Príncipe Regente y su hermano estaban de juerga y casi los matan.

No fue más allá. Un lacayo entró en la habitación y trajo un mensaje a Lord Tilbury. Esperó mientras su señor leía la nota. Lord Tilbury frunció el ceño al examinar el sello. Levantó su cuchillo de pan y abrió el sobre. Sus ojos recorrieron la página, y miró a Grace.

—Estás invitada al palacio.

—¿Para un evento?

—Convocada, debería haber dicho. Sin demora.

Deslizó el papel en el sobre.

—¿Por qué, mi querida hija, exige nuestra amada Reina tu presencia a esta hora?

Grace sopesó las posibles respuestas antes de decidirse por una versión de la verdad.

—La estoy asistiendo en un pequeño asunto. Trivial, realmente. ¿Quiénes somos nosotros para cuestionar los deseos de la Reina?

Empujó su silla hacia atrás y se levantó.

—Debería ir a buscar mi chaqueta y mis guantes. Estoy segura de que usted está ocupado con asuntos más importantes, y Madre detesta tanto apresurarse. Elsie puede acompañarme en el trayecto.

Grace hizo crujir sus faldas y salió apresuradamente de la habitación, sin dar tiempo a su padre para detenerla. Era una táctica que había aprendido de su madre. Aunque Lord Tilbury fuera el nombrado jefe de la casa, Lady Tilbury había perfeccionado formas de asegurarse de obtener los resultados que deseaba.

Elsie aún estaba en la habitación de Grace, ordenando. Saltó ante la oportunidad de acompañar a Grace al palacio de St. James. En poco tiempo, las dos jóvenes estaban sentadas en el carruaje familiar que traqueteaba por las calles adoquinadas de Mayfair. Un guardia les hizo pasar las verjas del palacio. Otro ayudó a Grace a bajar del carruaje. Se volvió para decirle a Elsie que esperara allí cuando oyó a alguien pronunciar su nombre.

—Lady Grace —llamó Roland.

Tiró de las riendas para detener su caballo, luego desmontó. Pasó las riendas a un mozo de cuadra que esperaba y se dirigió hacia donde Grace aguardaba.

—Veo que la Reina también os ha hecho venir. ¿Habéis oído las noticias?

—¿Sobre el Príncipe Regente? En efecto. Será mejor que no la hagamos esperar.

Roland ofreció su brazo a Grace. Juntos, cruzaron la puerta abierta para entrar en el palacio propiamente dicho. Un lacayo los precedía, guiándolos a través de los pasillos por el mismo camino que habían tomado la noche del evento real. Con su mano reposando sobre el brazo de

Roland, Grace casi podía imaginar que estaban allí para otro evento especial, quizás un baile o una ceremonia. ¿Cómo sería entrar a tal evento con Roland a su lado?

Grace se atrevió a echar un vistazo en su dirección. Sus ojos siguieron las líneas familiares de su perfil. Sintiendo su mirada en su rostro, él giró la cabeza, sus ojos oscuros encontrándose con los avellana de Grace. Puso su mano libre sobre la de Grace y la apretó, mostrando su apoyo. Si era en preparación para la conversación con la Reina, o porque había percibido hacia dónde se había desviado su mente, Grace lo ignoraba.

El lacayo los condujo a la sala del trono. No había rastro del crimen cometido cinco días antes, aunque la Reina mantenía la misma expresión severa. Esta vez, era ella quien estaba sentada en el trono, mientras que Prinny daba vueltas frente a ella. El Príncipe Regente les echó un vistazo cuando Grace y Roland entraron en la sala.

El hombre era muy diferente de lo que había sido la noche de la cena. Oscuras ojeras marcaban su rostro. Aunque su ropa estaba limpia y fresca, todavía con los pliegues cuidadosamente planchados, su cabello estaba completamente desordenado. Cuando se detuvo en seco y giró para enfrentarlos, pasando sus dedos por su pelo, Grace entendió por qué estaba así de alborotado.

—Es culpa vuestra —gruñó Prinny en dirección a la pareja—. Vuestro fracaso en atrapar al ladrón ahora ha puesto mi vida en peligro.

Roland se detuvo bruscamente y plantó sus pies en una postura amplia.

—Disculpe, Alteza, pero no estoy seguro de entender a qué se refiere. ¿Se ha robado algo más?

El titular del periódico surgió en la mente de Grace, pero al igual que Roland, no podía establecer la conexión entre este y el incidente del palacio.

Prinny apretó el puño y lo agitó hacia Roland.

—¿Estáis ciego y sordo, querido? Todos los periódicos y pregoneros de Londres difunden la noticia de mi roce con la muerte.

Roland hizo una pausa, sus ojos parpadeando bajo sus párpados, mientras intentaba nuevamente comprender lo que podría haber sucedido.

—No quiero minimizar el incidente, que debe haber sido grave, pero tales cosas ocurren en los barrios pobres, Alteza —dijo en un tono cuidadosamente medido—. Lo que no entiendo es cómo cree que esto está relacionado con los eventos de la cena de Estado.

—¿Tales cosas ocurren?

Prinny retrocedió un paso, atónito por la respuesta de Roland. Se volvió hacia su madre.

—¿Es a *él* a quien habéis confiado para recuperar la daga robada?

Aunque Prinny gobernaba el país, la Reina Charlotte seguía siendo su madre. Lanzó una mirada feroz al rostro enojado de su hijo.

—Lord Percy tiene razón, querido hijo, como ya os he dicho muchas veces. Podría establecer mejor la conexión entre estos incidentes si le informarais de lo que los sabuesos han averiguado.

Prinny cedió ante la reprimenda de su madre, aunque a regañadientes. Dejó de pavonearse y se aventuró a sentarse junto a la Reina en la silla de madera elegantemente tallada generalmente reservada para el cónyuge del soberano. Se desplomó en el asiento y luego se inclinó hacia adelante para apoyar la cabeza entre sus manos.

Roland y Grace tomaron esto como una invitación para acercarse. Cruzaron la sala del trono y tomaron posición al pie de la tarima elevada donde se encontraba el trono. Roland soltó el brazo de Grace, y ella se inclinó en una profunda reverencia, levantándose solo cuando la Reina les dio permiso.

Grace mantuvo su mirada fija en el espacio entre la Reina y Prinny, principalmente porque no sabía cuál de los dos era más importante en ese momento. Cuando Prinny levantó la cabeza, ella dirigió su mirada hacia él.

—Fuimos al Scarlet Jack anoche, Federico y yo. Era una ocurrencia bastante común, y apenas digna de mención. La velada transcurrió como de costumbre. Cartas, dados y, eh, otras actividades.

Prinny tragó saliva.

—Estaba en las mesas cuando el olor a humo llamó mi atención. Hice una señal a un guardia para que verificara qué andaba mal. Abrió la puerta trasera de la casa y el humo se coló en la sala de juegos. Entonces se desató el infierno. El guardia se abalanzó a mi lado y me puso de pie. Ni siquiera me dejó tiempo para recuperar mis ganancias. Otro hizo lo mismo con Federico. Estábamos medio borrachos y nos dejamos llevar. Para ser honesto, no me di cuenta de la naturaleza del incendio hasta que estuvimos afuera. El techo estaba rojo por las llamas tan calientes que brillaba bajo las volutas de humo. Los guardias nos empujaron más lejos, apresurándose hacia nuestro carruaje. No aflojaron su agarre hasta que los caballos se lanzaron para ponernos a salvo.

—Gracias a Dios —murmuró sombríamente la Reina—. Tiemblo al pensar que estuve a punto de perderos a vos y a vuestro hermano. Habladles del culpable.

—¿Han atrapado al hombre? —preguntó Roland—. ¿Tan rápido?

Prinny asintió.

—El bellaco era un imbécil. Derramó queroseno sobre sus pantalones que se incendiaron. El guardia lo vio tirado en el suelo cerca de la parte trasera del edificio y corrió en su ayuda, dándose cuenta de que el hombre era el incendiario solo al acercarse. Aunque el guardia intentó valientemente salvarlo, el hombre estaba demasiado gravemente herido. Solo logró pronunciar una frase.

—¿Cuál? —preguntó Grace, incapaz de contener la palabra que se escapaba de sus labios.

La expresión de Prinny se ensombreció.

—Dijo que le habían ordenado iniciar el fuego esa noche.

Prinny volvió a caer en el silencio, aparentemente sin palabras. O tal vez la gravedad de la amenaza finalmente lo había alcanzado. La Reina Charlotte se ablandó lo suficiente como para extender la mano y darle unas palmaditas en el brazo, como si necesitara asegurarse de que estaba allí, sano y salvo.

Roland esperó a que la atención de la Reina volviera a ellos.

—¿Se ha informado a la guardia real?

—En efecto, se ha hecho. Tomaremos precauciones, pero no podemos desaparecer completamente de la sociedad, Lord Percy.

La mirada de la Reina pasó de Roland a Grace y volvió.

—Vuestro progreso en este asunto es demasiado lento. ¿Dónde está la daga? ¿Quién está detrás de todo esto?

—Tenemos una lista corta de sospechosos, Alteza. Con vuestro permiso, podemos comparar los nombres con aquellos que podrían haber conocido vuestros planes de visitar el Scarlet Jack anoche.

—Haré que se envíe una lista de nombres más tarde hoy, después de hablar con Federico —prometió Prinny—. Espero actualizaciones regulares, Lord Percy.

—Y de vos también, Lady Grace —añadió la Reina, fijando su mirada en Grace—. Hay mucho más en juego que la reputación de la corona. Espero que entendáis las implicaciones de

un fracaso.

Con eso, los soberanos despidieron a Grace y Roland. La pareja salió de la habitación con cautela, teniendo cuidado de no faltar el respeto a la corona dándole la espalda. No respiraron libremente hasta que estuvieron de vuelta en el pasillo.

El pasillo estaba tan vacío como la noche en que Roland había encontrado a Grace contemplando la estatua. En aquel entonces, ella había estado aterrorizada ante la idea de que alguien los sorprendiera juntos. Ahora, estaba agradecida de tener un momento a solas. Incluso el lacayo que los había introducido se había esfumado.

Grace se volvió para enfrentar a Roland.

—Debemos reflexionar y discutir todo lo que sabemos. Envíeme una nota en cuanto tenga la lista del Príncipe Regente. Encontraré la manera de ir a verlo.

Las cejas de Roland se fruncieron.

—No debe correr semejante riesgo.

Grace se burló.

—No es ningún riesgo en absoluto. Logré escapar sin que nadie se diera cuenta ayer, y eso fue a plena luz del día. Puedo hacerlo fácilmente de nuevo.

—Grace, no —dijo Roland, interrumpiéndola.

Cuando ella abrió la boca para hablar de nuevo, él rodeó su brazo con su mano, obligándola a prestar atención a sus advertencias.

—Alguien está dispuesto a amenazar a la corona y Prinny ya le ha dicho a otros que yo estaba investigando este asunto. Si el ladrón decide que soy una amenaza, existe el riesgo de que usted caiga en su punto de mira.

Eso puso fin a sus protestas. Él tenía razón, y había más riesgos de los que había mencionado. Incluso ser sorprendida por sus padres escapándose tendría consecuencias. Pero lo que le revolvió el estómago fue la idea de que alguien pudiera intentar silenciarlo por hacer demasiadas preguntas. ¿Podría ser realmente tan peligroso?

—¿Debo permanecer inactiva mientras usted corre todos los riesgos? ¿Mientras se va solo? —le preguntó.

La comisura de sus labios se elevó ligeramente, pero su voz bajó de tono cuando murmuró:

—Thorne y yo podemos hacer frente a una amenaza contra nuestra casa. Usted no puede. Me sentiría terriblemente mal si algo le sucediera por mi culpa.

Se había acercado, apenas media pulgada, y el aliento de Grace se quedó atrapado en su pecho. ¿Había allí más sentimientos que el simple deber hacia la seguridad de una joven? Grace hundió su mirada en sus ojos, tratando de leer los pensamientos que se ocultaban en ellos. Eran tan oscuros y enigmáticos como un estanque del bosque bajo un cielo sin luna. Inclinó la cabeza y lo estudió a través de sus pestañas.

El golpe de una puerta al cerrarse resonó como un cañonazo. Pasos pesados retumbaron a lo largo del pasillo. Roland se sobresaltó como si le hubieran pinchado y se volvió para ver quién llegaba. El alto sombrero y el abrigo rojo proclamaban que el recién llegado era un miembro de la guardia.

—Vuelva a casa, Grace. Terminaré aquí y luego debo apresurarme para encontrarme con Lady Charity.

Roland se alejó a paso rápido, levantando la mano para saludar al guardia que se acercaba. Lo siguió y se marchó, desapareciendo en la esquina del pasillo.

Grace parpadeó para aclarar su visión. Era una tonta que había leído demasiadas historias románticas. Por supuesto, Roland se preocupaba más por su seguridad que por la de cualquier

otra chica. Se habían hecho amigos —de alguna manera— esta temporada.

Pero no había nada más. No importaba cuán fantasiosos se volvieran sus pensamientos, no podía haber nada entre ellos. Él sabía dónde estaba su deber, y sería mejor que ella también lo recordara.

14

Roland prefería con creces la relativa intimidad de una visita a casa de Lady Charity o un encuentro en Hyde Park. Sin embargo, la joven era astuta y reconocía la importancia de ser vistos juntos en público. Por lo tanto, no protestó cuando ella sugirió Gunter's para su próxima salida. Le debía al menos hacer buena cara por su compromiso, en interés de la reputación de ella, y como estos detalles le importaban poco, generalmente la dejaba decidir.

Los dulces eran un lujo que Roland no se había permitido. A decir verdad, no parecía ser un gasto sensato de sus extremadamente limitados fondos hasta que las amonestaciones hubieran informado a su abuelo del progreso realizado para cumplir con su decreto de casarse y engendrar al próximo heredero Percy. Una vez hecho esto, su abuelo había aumentado adecuadamente su asignación para permitir el cortejo y la gestión de asuntos importantes. Fue, por tanto, con cierta curiosidad que entró en Gunter's y se dejó asaltar por el inesperado ramillete de flores, cítricos y especias.

—¿Nunca ha estado aquí? —le preguntó Lady Charity con una encantadora sonrisa.

—No, en efecto —admitió, e intentó devolverle la sonrisa, pero sintió que esta no se ajustaba correctamente a su rostro.

La dejó desaparecer después de un breve instante. Era una joven tan encantadora. Amable. Distinguida. Sería la duquesa perfecta.

¿Por qué no era feliz?

Cuando había decidido casarse con un diamante de primera clase a principios de la temporada, Lady Charity parecía ser todo lo que deseaba en una esposa. Roland no podía entender qué había cambiado entre ellos. ¿Por qué no se pavoneaba como los otros caballeros comprometidos, orgulloso de haber conquistado a la dama de su elección?

Tenía la firme convicción de que no le guardaría rencor a Lady Fitzroy por sus acciones. Seguramente no era tan cruel. Seguramente. Debía esforzarse más por ser un caballero digno de ella. Así que se concentró en sus modales y su cortejo, acomodándola en una mesa cerca de la ventana y pidiendo para ella un helado de limón. Como no sabía qué probar para sí mismo, dejó que el propietario le sugiriera el de bergamota.

Tomaron sus primeros bocados, y Roland dejó que el helado se derritiera en su lengua, explorando la curiosidad de la experiencia.

—Es... interesante.

—¿No le gusta? —preguntó ella, y Roland reflexionó sobre cómo formular su respuesta educadamente.

—De hecho, es bastante refrescante, pero no estoy seguro de la bergamota. Quizás la

próxima vez pruebe un sabor diferente.

—Es comprensible —concedió ella graciosamente—. No me gustan los helados de flores; el limón es mi favorito entre todos los que he probado.

Lo importante era el espectáculo. Tanto Thorne como Lady Charity se lo habían explicado. Debían ser vistos. Era más que su reputación, le había dicho Thorne. Todos los miembros de la alta sociedad hacían tales demostraciones para que los demás pudieran verlos exhibir su riqueza y estatus. Roland no podía entender por qué alguien se preocuparía por ostentar su estatus de esta manera, pero parecía estar en la minoría.

—Lord Percy, quería preguntarle sobre la lista de invitados —comenzó Lady Charity sin preámbulos—. ¿A cuántas personas desea invitar a nuestra boda? Eso le daría una idea a mi madre y a mí para la planificación.

Su estómago se retorció. Tal vez fuera por el dulce.

—Confieso que no tengo muchas personas a quienes invitar. Mi abuelo, el duque, debe venir, por supuesto.

No necesitaba explicar por qué sus padres no estarían presentes. Lady Charity sabía casi tanto como cualquiera sobre cada miembro de la alta sociedad.

—No tengo a nadie más.

—Seguramente hay amigos de la familia en Londres a quienes le gustaría invitar —lo animó ella.

Si pudiera invitar a un rostro amigable, sería Thorne. Pero incluso él sabía que no sería apropiado. Bajó la mirada hacia su helado, dibujando pequeños patrones con la punta de su cuchara.

—Conocidos, en su mayoría. La persona más cercana a un amigo que tenía entre la crema y nata de la alta sociedad era Lord Fitzroy, y no sería tan grosero con usted.

Un ligero rubor coloreó sus mejillas, pero ella mantuvo un rostro tan compuesto que no pudo determinar el sentimiento que lo provocaba. Ella también desvió la mirada, sus ojos volviéndose distantes, sumida en sus pensamientos.

—Entonces creo que deberíamos tener una boda simple y privada en la iglesia, pero podremos organizar una celebración más grandiosa después.

—Si eso es lo que desea —murmuró Roland.

Lady Charity rozó brevemente su mano, obligándolo a encontrarse con su mirada azul y firme. Le lanzó una mirada llena de compasión.

—Quizás lo más importante, sin embargo, sería fijar una fecha. ¿Cuándo sería apropiado?

Su pregunta perfectamente razonable hizo girar su entorno, y Roland se mantuvo perfectamente quieto mientras pasaba el mareo, buscando una respuesta.

—No estoy seguro —respondió finalmente.

Demasiado breve. Buscó algo más que decir.

—Lo siento, Lady Charity, no soy muy bueno en este tipo de cosas. No sé cuáles son los meses adecuados del año para organizar tales eventos, ni quién debería ser invitado más allá de mi abuelo. Tal vez sería mejor que usted eligiera lo que la haga feliz o lo que sea más conveniente. Confío implícitamente en que usted conoce los usos de la alta sociedad.

—También es su boda, Lord Percy. Quiero que usted tenga voz en lo que lo haga feliz también.

No podía cruzar su mirada, pero sabía que ella era sincera.

—Usted es tan generosa como amable, Lady Charity. Lo que la haga feliz me satisfará.

—¿Supongo que no desea expresar una preferencia por colores o flores? —preguntó ella con

esperanza.

Se le trabó la lengua. Ni siquiera podía recordar más de dos nombres de flores.

—...Las rosas son bonitas —se aventuró finalmente—. No importa el color.

Lady Charity guardó silencio por un momento, y él sintió, más que vio, que ella giraba la cabeza para mirar pensativamente por la ventana, dejando que la mitad restante de su helado se derritiera en la copa, intacto.

—¿Todavía está preocupado por la cena de Estado, entonces? —preguntó ella suavemente, no queriendo ser escuchada.

Roland asintió brevemente con la cabeza.

—Hasta ahora, no va bien. No hemos podido reducir el número de sospechosos.

—¿Cree que el ataque mencionado en los periódicos tiene algo que ver con esto?

Finalmente, Roland levantó la vista de su taza para mirarla de nuevo, sin ver decepción ni frustración hacia él, solo una honesta interrogación.

—Así es —admitió en voz baja, ya que tales detalles no se habían incluido en el periódico—. La Reina y Prinny nos lo confirmaron esta mañana, así que el asunto es aún más peligroso y desesperado ahora.

Lady Charity se mordió el borde del labio, formándose un pequeño pliegue entre sus cejas.

—¿Hay algún peligro para usted y Grace en esta investigación?

Qué rápido había captado el mismo punto de preocupación que él. Brevemente, se pasó la mano por el pelo.

—Temo esa posibilidad. No es que me preocupe tanto por mí mismo como por Lady Grace. Ella es particularmente vulnerable si alguien decidiera emprender acciones hostiles contra ella.

Ella asintió.

—Entonces quizás sería mejor hablar de esto en lugar de las frivolidades de una boda —propuso, y Roland finalmente dejó que una pequeña pero sincera sonrisa se dibujara en sus labios.

—Lo siento. No es un tema muy romántico.

Ella se encogió de hombros para descartar esa consideración, su postura deliberadamente relajada.

—Al menos en este tema, somos capaces de encontrar un terreno común. ¿Qué le han dicho sobre los acontecimientos ocurridos a Prinny?

Roland relató brevemente los puntos destacados de la historia, las partes que consideraba seguras para los oídos de Charity. Terminó con la noticia de las últimas palabras del hombre moribundo.

—La mano de alguien más está obrando aquí.

Apretando los labios en reflexión, Lady Charity consideró esto.

—Si alguien hubiera enviado al hombre a la casa de juego con esa tarea, entonces se deduce que alguien sabía que encontrarían a Prinny allí. ¿Quién podría tener tal información?

Tamborileando brevemente con los dedos sobre la mesa, Roland enumeró la lamentablemente corta lista.

—Sus guardias y sirvientes más cercanos, probablemente, lo cual no ayuda mucho a señalar a un culpable.

—Si fueron sobornados para proporcionar tal información, entonces quizás no. Sin embargo, puedo pensar en una forma mucho más simple de seguir sus movimientos. Las andanzas de Prinny difícilmente son secretas, y nunca sale solo. No puedo imaginar que esta fuera la primera vez que frecuentaba ese lugar —señaló ella—. Debe ser conocido por otros habituales. ¿No

podría un cliente haber dejado escapar este hábito? Si es así, su villano solo tenía que vigilar para sorprenderlo allí.

Reflexionando sobre esto, la boca de Roland se torció en una mueca.

—Olvido cuán despiadada puede ser la alta sociedad. Al menos en el campo de batalla, uno sabe que debe cuidar su espalda. Tiene razón. Sería mucho más fácil colocar espías en la casa de juego que sobornar a un guardia. Sin embargo, las visitas de Prinny a un lugar así generalmente no son noticia. La pregunta ahora es: ¿cuáles de nuestros potenciales sospechosos comparten su inclinación por el juego en los bajos fondos?

—En ese punto, no puedo ayudarle —dijo Lady Charity con pesar—. Mis pretendientes pasados contaban muchas historias sobre sus pasatiempos, pero la visita a tales lugares no era parte de ellas.

—No, por supuesto que no.

El cuello de Roland se calentó de vergüenza. ¿En qué estaba pensando al hacerle tal pregunta a Lady Charity?

—Le ruego me disculpe, Lady Charity, por la deriva de esta conversación. Me esforzaré por limitarme a temas más apropiados la próxima vez que estemos juntos.

—Tal vez podríamos discutir nuestros planes para después de la boda. Está la cuestión de la luna de miel, y luego deberíamos decidir dónde pasar el invierno.

—¿El invierno? —repitió Roland.

Recuerdos de su infancia pasaron por su mente. Sus padres se retiraban a su casa de campo, encontrando cada uno formas de ocupar su tiempo para cruzarse lo menos posible. Estaba seguro de que Lady Charity sería más feliz sin tenerlo en sus pies. Cumpliría con su deber y luego le concedería la libertad de ir donde quisiera.

—No he ido a nuestra finca de campo en años, pero estoy seguro de que ha sido bien mantenida en mi ausencia. Puede considerarla suya y decorarla como le plazca.

—¿Y qué hay de sus preferencias, Lord Percy?

La única preferencia de Roland era evitar el destino del infeliz matrimonio de sus padres.

—Si usted es feliz, yo también lo soy.

Charity esperó un momento, tal vez esperando que dijera algo más. Como permaneció en silencio, ella se puso los guantes y miró por la ventana.

—Debo marcharme. Mi madre... está ahí fuera junto a la ventana en este momento, y entrará si no me muestro pronto. Si no me equivoco, ese de allá es Lord Fitzroy. Creo que un joven caballero de su edad, y... bueno. Incluso antes de todo lo sucedido, tenía fama de tener una mente aguda y llevar a cabo actividades cuestionables. Creo que tiene buenas posibilidades de estar familiarizado con una casa de juego... o al menos, de saber quién podría frecuentar una.

—Es una excelente sugerencia. Hasta la próxima, Lady Charity —respondió él.

Y como efectivamente podía ver a varias personas observándolos discretamente desde fuera por la ventana, tomó su mano, inclinándose para besarla.

—Adiós.

Esperó un momento, viendo a Lady Charity reunirse con su madre y comenzar a alejarse. Probando suerte, se dirigió hacia la plaza vecina donde numerosos miembros de la alta sociedad se reunían a la sombra de los árboles para protegerse del creciente calor. El cabello rubio pálido de Lord Fitzroy estaba efectivamente entre ellos, aunque el hombre se hallaba en una extraña burbuja que no era de su propia creación. Parecía que quizás Grace tenía razón; había un sutil ostracismo de la familia Fitzroy en curso.

Peregrine lo vio acercarse y arqueó una ceja en señal de jovial saludo, desafiando a Roland a

acercarse al paria. Naturalmente, a Roland le importaba un bledo lo que la alta sociedad pensara de su encuentro.

—¿Cómo estás hoy, Fitzroy? —comenzó Roland sin preámbulos.

—Ah, Lord Percy. Como puedes ver, estoy bien.

Su voz era ligera, pero algo burlona, y su gesto indicaba a la gente cercana que susurraba sobre ellos dos juntos.

—Pero tal vez no quieras ensuciar tu ropa hablando conmigo. La posición de mi madre en la mesa la semana pasada ha sido todo de lo que la mayoría de la gente puede hablar, y todos han preguntado delicadamente qué hizo para merecerla.

Juntando las manos frente a él, Roland ignoró los chismes.

—Te vi en el White's anoche. Me hubiera gustado hablarte, pero estabas ocupado con el embajador.

—Ah. Sí.

Fitzroy hizo una mueca, pero no elaboró más.

Bajando la voz, Roland se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Peregrine, no te considero responsable de las acciones de tu madre. Creo sinceramente que no sabías nada al respecto.

Fitzroy observó a Roland con franqueza y asintió una vez.

—Puede que seas el único que piense así, entre los que están al tanto. Mi querida madre se esfuerza por reparar los daños entre ella y la Reina. Quizás hayas oído hablar de sus esfuerzos filantrópicos en el bazar.

—Deduzco que no está yendo bien.

Agitando la mano en señal de negación, Fitzroy hizo una pausa, sopesando sus palabras.

—Tiene mucho trabajo por delante. Honestamente, la creo cuando dice que no tenía la intención de causar daño físico a Lady Charity. Pero... estoy considerando viajar al extranjero por un tiempo, hasta que las cosas se calmen. Podría haber oportunidades de negocios de las que podría aprovecharme como pretexto para ausentarme. Decidí sondear los pensamientos del embajador sobre Estocolmo.

Ciertamente era una excusa legítima para hablar con el hombre.

—Ya veo —dijo Roland—. Si decides partir, te deseo buena suerte en tus empresas.

—Te lo agradezco —respondió Fitzroy, inclinando ligeramente su sombrero de una manera vagamente sarcástica—. Imagino, por tu pregunta y los rumores que circulan, que estás nuevamente al final de la correa de la Reina. En verdad, mi madre no tendría nada que ver con una casa de juego. Supongo que lo sabes, ¿no es así?

—En efecto. No estoy aquí para hacer una acusación; solo busco información, Fitzroy. ¿Quién, entre la nobleza, podría ser un habitual de estos establecimientos? Nadie se ha manifestado, pero tal vez podría encontrar a alguien que hubiera visto algo sospechoso anoche.

Era una media verdad, pero aun así tenía curiosidad por ver cómo reaccionaría Fitzroy.

Fitzroy pareció pensativo, pero no desconfiado.

—No me sorprende que los miembros de la alta sociedad duden en admitir una asociación con una casa de juego. Incluso Prinny se resistiría a hablar de ello.

—¿Has ido alguna vez? —preguntó Roland, curioso.

—Una o dos veces en mis años jóvenes —¿quién no ha visitado una siendo un joven caballero?— pero nunca fui a la que se incendió.

Fitzroy se frotó la barbilla.

—Lamento no poder serte de más ayuda. Sin embargo, puedes intentar informarte con uno de

mis amigos. Ha dejado de jugar, según tengo entendido, y ya era hora si los rumores sobre sus deudas eran ciertos. Pero ahora están todas saldadas, por lo que sé. Como fue él quien me llevó a un lugar así en primer lugar, tal vez podría proporcionarte otros nombres para tu investigación.

—No hay mucho que perder al preguntar. Gracias, Fitzroy. Verificaré con él. ¿Cómo se llama?

—Matthew Green —dijo Fitzroy—. También estuvo en Eton, aunque puede que empezara a ir justo después de que te fueras. Apenas tiene veinticuatro años.

Roland hizo una pausa.

—Matthew Green. ¿Tiene algún parentesco con Sir David Green?

—Sir David es su padre —asintió Fitzroy.

—Muy bien. Me informaré con él para ver si conoce a alguien que frecuentara el Scarlet Jack.

—Adiós, Percy. Y felicidades por tu matrimonio.

15



Grace miraba fijamente su escritorio al otro lado de la habitación. Había pasado todo el día haciendo visitas con su madre, esperando aprender algo valioso, pero no tenía nada que informar a Roland.

Lord Percy, se corrigió. Debía dejar de pensar en él en términos tan familiares. Sus mejillas se sonrojaron al recordar cómo casi se avergüenza a sí misma frente a la sala del trono, soñando despierta con él como una joven enamorada. Sus palabras de despedida la habían golpeado como agua de pozo, apagando sus fantasías de sentimientos hacia él y devolviéndola a la realidad.

Ni siquiera había planeado considerar seriamente el cortejo esta temporada; presentarse solo había sido un medio para escapar de la finca rural. Sin embargo, pensaba en privado, tal vez el matrimonio no fuera una perspectiva tan terrible. Al menos, podría no serlo si pudiera encontrar a alguien más como Percy. Pero, ¿cuáles eran las probabilidades? Suspiró e imaginó nuevamente su rostro, sus ojos color chocolate tan profundos, ricos y seductores como su bebida matutina en un frío día de invierno.

—¿Señorita? —llamó Elsie desde el vestidor, poniendo un brusco fin a las ensoñaciones de Grace—. ¿Quiere que elija un vestido para hoy?

Grace se levantó de su silla y se dirigió lentamente hacia la habitación contigua. Los embriagadores aromas de lavanda y hierbas llenaban el aire, liberando su mente de todo excepto sus responsabilidades actuales. Debía acompañar a su familia a una fiesta en el jardín de los Arlington. Dejó que sus dedos rozaran las filas de vestidos de día colgados allí hasta que se detuvo en un vestido de muselina de mangas largas y escote favorecedor. Elsie recogió el abrigo de satén azul pomeranio y un sombrero a juego. Grace regresó a su habitación mientras Elsie buscaba su par favorito de botines de cabritilla y guantes azul pálido.

Elsie entró en la habitación con los artículos solicitados en la mano.

—¿Quiere que le transmita algún mensaje al señor Thorne hoy?

Grace negó con la cabeza.

—Tengo poco que agregar que no haya sido ya cubierto por la prensa. El comportamiento del Príncipe Regente no se consideró un tema de conversación apropiado para las debutantes. Tuve que recurrir al espionaje, pero incluso eso no dio resultado.

—Mantenga la barbilla en alto, señorita —dijo Elsie mientras ayudaba a Grace con sus botas —. Usted es terriblemente inteligente, al igual que Lord Percy. Estoy segura de que pronto descubrirá algo.

Grace rezaba para que Elsie tuviera razón.

Un golpe en la puerta impidió que la conversación continuara. Lady Tilbury entró con paso

decidido, una expresión determinada en su rostro. Se detuvo en seco cuando vio a Grace, vestida y lista para partir.

—¿Me engañan mis ojos, o estás lista una hora entera antes de nuestra partida?

—Así es, mamá —respondió Grace.

Como su madre no sonrió con satisfacción, Grace añadió:

—¿Hay algún problema? ¿Debería haber elegido otro vestido?

—No, tu atuendo es perfectamente aceptable. Al igual que tu actitud, y eso es lo que me preocupa. No es propio de ti abandonar tu hábito de leer el periódico para vestirte sin que tenga que regañarte. Especialmente cuando sucede dos días seguidos. Lo que plantea la pregunta que has evitado cuidadosamente responder hasta ahora. ¿Por qué te mandó llamar la Reina ayer por la mañana? Por favor, dime que no tiene nada que ver con la aventura de Prinny.

—¿Qué sabría yo de una casa de juego, mamá? —respondió Grace, evitando cuidadosamente la pregunta de su madre—. En cuanto a la Reina, me ha encomendado una nueva tarea. Otro misterio que resolver.

Las fosas nasales de Lady Tilbury se dilataron, señal segura de que estaba descontenta.

Grace levantó una mano para detenerla antes de que se enfadara.

—¿Debería haberme negado? Pensé que estarías feliz de que la Reina me tuviera en tan alta estima. ¿No nos hemos beneficiado de mis esfuerzos por encontrar a Lady Charity?

Lady Tilbury retrocedió.

—Eh, sí, supongo que sí. Es solo que esto no es lo que quería para tu primera temporada, Grace. Deberías estar entreteniendo a pretendientes y considerando tus opciones, no corriendo por toda la ciudad metiendo la nariz en asuntos que no te conciernen.

—¿No puedo hacer ambas cosas?

Grace batió sus pestañas con el aire más inocente.

—Si prometo hablar con al menos un pretendiente potencial hoy, ¿eso aliviaría sus preocupaciones, mamá? ¿Tiene alguna sugerencia sobre alguien con quien mi tiempo estaría mejor empleado?

Como era de esperar, Lady Tilbury se apoderó del tema de los posibles pretendientes y se lanzó a una lista de nobles que cumplían con sus criterios. Grace dio todas las apariencias de tomar nota, aunque su mente estaba en otra parte. Un nombre familiar trajo a Grace de vuelta al presente.

—¿Ha dicho Montgomery? —preguntó Grace a su madre.

—Sí, y sabía que ya no estabas prestando atención. ¿Por qué pedir mi ayuda si dejas que tu mente divague a otra parte? Juro que nunca te encontraremos un marido si no haces el más mínimo esfuerzo.

Grace estaba atenta ahora, aunque no por la razón que su madre deseaba.

—¿Sir Julian Montgomery? ¿No tiene esposa?

Lady Tilbury soltó un suspiro de frustración.

—Sí, Grace. Tiene una esposa y tres hijos, dos de los cuales serían excelentes partidos para ti. Se han ido de gran tour, y no estoy segura de cuándo se supone que regresarán. Podrías preguntarle al hombre, si te lo encuentras hoy. Dile que Felix los mencionó, si debes. No querríamos que te percibieran como descarada.

—Por supuesto que no —asintió Grace.

Otro golpe en la puerta tomó por sorpresa a Grace y a su madre. Lady Tilbury invitó a la persona a entrar. Ross, el nuevo lacayo, explicó que tenían una visitante.

—Lady Charity está aquí para ver a Lady Grace. ¿Debo hacerla esperar en el salón?

—Hazla subir aquí —respondió Grace antes de que su madre pudiera decir otra cosa.

Después de que el lacayo se marchara, Grace explicó:

—Charity está muy al tanto de los pretendientes de esta temporada. Prometió pasar para ofrecer sus consejos.

Charity no había prometido tal cosa. De hecho, Grace no tenía idea de por qué venía Charity, pero no iba a admitirlo ante su madre. ¿Y si Charity traía un mensaje de Roland? Grace no quería que su madre lo escuchara.

—Charity se ha desenvuelto bastante bien, a pesar de las dificultades. Vosotras dos podéis charlar hasta que sea hora de que nos vayamos.

Lady Tilbury se detuvo cuando la puerta se abrió y Charity entró.

—Buenos días, Lady Charity. Supongo que su familia asistirá a la velada de los Arlington.

Charity hizo una reverencia antes de saludar.

—Sí, Lady Tilbury. Mi madre dijo que podría ir en su carruaje, si a usted le parece bien.

—¡Tenemos espacio de sobra! Solo somos Grace y yo hoy. Le pediré a Ross que envíe una nota para confirmar.

Lady Tilbury lanzó una mirada penetrante a Grace antes de marcharse. Elsie la siguió, y las jóvenes se quedaron solas.

La expresión de Charity se desmoronó mientras se dejaba caer en el canapé cerca de la chimenea.

—Grace, necesito tu consejo.

Grace casi tropezó al escuchar estas extrañas palabras salir de la boca de Charity. Su significado era bastante claro, sin embargo, Charity nunca antes había pronunciado esa particular combinación dirigida a ella.

—¿De mí? ¿Mi consejo?

—Eres la única en quien confío —dijo Charity.

Señaló la silla a su lado y suplicó a Grace que se sentara.

—Estoy en un dilema, Grace.

Grace se acomodó en el asiento y se giró para mirar a Charity. Estudió el rostro de su amiga, buscando alguna pista sobre la causa de su angustia. Su peinado no tenía ni un solo mechón rebelde, y su vestido era del último corte. Sin embargo, Grace no podía pasar por alto las ligeras sombras azules bajo los ojos de su más querida amiga. Su mente volvió a su última conversación en el jardín, y a la mención de Charity sobre la frialdad que algunos miembros de la sociedad le mostraban.

—Si alguien te está causando problemas —murmuró Grace, su enojo creciendo—. ¿Alguien te ha dicho algo? ¿Sobre ti?

—Conoces la respuesta a eso, pero no es por eso que estoy aquí. Es Lord Percy.

Grace se enderezó bruscamente.

—¿Ro... Lord Percy? ¿Qué? ¿Por qué?

Charity se obligó a enderezarse, aunque mantuvo su mirada fija en sus manos. Sus dedos se retorcían donde descansaban sobre sus rodillas. Tomó una profunda respiración, como para fortalecerse antes de abordar un tema difícil.

Grace permaneció perfectamente inmóvil. ¿Había dicho Roland algo a Charity? ¿Había insinuado algo sobre el comportamiento de Grace?

—No creo que Lord Percy realmente desee casarse conmigo.

Grace parpadeó varias veces.

—¿Por qué dices eso? ¿Ha dicho algo en ese sentido?

Charity levantó la mirada.

—No, pero no puedo evitar tener dudas.

—Charity, ¡ese hombre te buscó cuando desapareciste!

—Buscaba el diamante —corrigió Charity—. Se comprometió a casarse con el diamante. Cuando el diamante desapareció, hizo todo lo posible por encontrarlo. Pero ahora estoy aquí, y estamos comprometidos. Y... algo no está bien. Ese hombre no hace ningún esfuerzo por conocerme mejor. Menos aún le interesa discutir sobre nuestra boda y la recepción. Hace tiempo que abandoné toda esperanza de planear lo que viene después.

El estómago de Grace se retorció de indecisión, esperanza y miedo. Hasta ese momento, no tenía idea de que tales emociones pudieran coexistir. ¿Qué decirle a Charity? No deseaba causar más dolor a su amiga. Sin embargo, discutir sobre su próxima boda no era exactamente un tema alegre para Grace, aunque no quisiera admitírselo a sí misma.

Una mirada al rostro de Charity descartó la opción de permanecer en silencio. No había otra elección que seguir un camino estrecho.

—Lord Percy está distraído por la última misión de la Reina. Estoy segura de que las cosas cambiarán una vez que hayamos descubierto la identidad del asesino y recuperado la daga robada.

Charity no estaba convencida.

—Grace, has pasado más tiempo evitando a los pretendientes que hablando con ellos, así que debes creerme cuando te digo que su comportamiento es inusual. Los otros hombres que competían por mi mano hablaban de propiedades en el campo, casas en Londres, y de ir a tomar las aguas a Bath y Brighton. Me ofrecían un vistazo de nuestro futuro juntos. Lord Percy no me ha dado la más mínima pista de lo que planea.

—¿No lo ha hecho?

Grace no sabía qué pensar.

Charity negó con la cabeza.

—Cada pregunta que hago recibe la misma respuesta: lo que la haga feliz. Lo que me gustaría es que le importara lo suficiente como para formarse una opinión. Ha estado en la guerra, ha comandado tropas. Obviamente es capaz de tomar una decisión, incluso frente a un gran desafío. Entonces, ¿por qué no lo hace ahora? Pasé la mitad de la noche con esta pregunta dando vueltas en mi cabeza. Solo puedo llegar a una conclusión.

Grace no tenía idea de cuál podría ser esa conclusión.

—Bueno, adelante, dímela.

—Yo... temo que quizás los planes de Lord Percy de cortejar a alguien más se vieron interrumpidos cuando me encontrasteis, después de todo.

Las palabras de Charity quedaron suspendidas en el aire, como la espada de Damocles sobre el cuello de Grace. Grace apenas se contuvo de frotarse el cuello.

Grace tragó saliva.

—No sigo tu lógica. ¿Quién es esa otra mujer?

Charity se encogió de hombros y luego levantó las manos al aire.

—¿Puedes decírmelo? ¿Cortejó a alguien más mientras yo estaba indispuesta? ¿Había alguna joven que intentara llamar su atención? ¿O quizás el rumor de una bailarina... o alguien en España? Ha estado en el extranjero durante muchos años. Por lo que sabemos, podría tener una esposa e hijos en otro lugar.

Grace no pudo contener el torrente de risitas que brotó de sus labios. La imagen de Roland —el leal y dedicado Roland— teniendo dos esposas y dos familias era tan imposible de imaginar.

Los ojos de Charity se abrieron de par en par al ver la hilaridad de su amiga. Frunció el ceño, lo que solo hizo que Grace riera con más fuerza. Finalmente, incluso Charity vio el humor en su declaración. Tomó varios minutos y mucho abanicarse para que las dos amigas se recompusieran.

—Oh Grace, eres tan amable por soportarme. Supongo que tienes razón. He dejado volar mi imaginación. No está ocultando una familia secreta en España.

Pero una sombra más oscura cruzó su rostro.

—Si no es otra mujer... ¿crees que la culpa podría ser mía? Ya sabes lo que dicen algunos miembros de la alta sociedad sobre mi ausencia, a pesar de la Reina.

No podía dejar de reconfortarla en este punto. Grace se sentó junto a Charity y pasó un brazo alrededor de los hombros de su amiga, sintiendo un extraño escalofrío de culpabilidad.

—En absoluto. Lord Percy es leal hasta el exceso, Charity. Tiene un fuerte sentido de la responsabilidad hacia su país, la corona y aquellos que dependen de él. No quiere decepcionar a nadie, y mucho menos a ti.

—¿De verdad no hay nadie más? ¿No me considera dañada?

—No —respondió ella honestamente.

Roland carecía de mucha de la delicadeza de sus pares, pero quizás eso no fuera algo malo. Cualquier otro caballero habría rechazado a Charity en el momento en que desapareció, y Grace no podía imaginar tal crueldad en él. Sería alguien completamente diferente.

—Si hay algo que no está bien con Lord Percy, no es tu culpa. No es muy sociable. Tal vez se relaje una vez que estén casados y lejos de Londres.

—Tal vez —murmuró Charity, pero su rostro parecía indeciso.

16

Aunque situada en Mayfair y eminentemente respetable, Mount Street no era tan prestigiosa como los alrededores de Grosvenor Square. Las casas de estilo georgiano seguían siendo elegantes y codiciadas, pero sus habitantes tendían más hacia profesionales adinerados y militares retirados que hacia la nobleza titulada. Estaba cerca de Hyde Park, y las casas del barrio eran mucho más asequibles.

Tras su salida con Lady Charity el día anterior, Roland había escrito de inmediato a Sir David Green para pedirle permiso para visitarlo. Sir David había respondido con gusto, invitándole a venir esa misma tarde.

Las casas de ladrillo a su alrededor estaban limpias y bien mantenidas, con ventanas de guillotina cuidadosamente enmarcadas por contraventanas de paneles. Parecía extraño imaginar a su antiguo comandante viviendo en un barrio tan tranquilo. El hombre había tenido una presencia tan imponente en el campo de batalla, y sin embargo aquí, nada lo distinguía de los hombres que vivían en las casas vecinas. ¿Era esto lo que le deparaba el futuro a Roland? ¿Podría encontrar satisfacción en la vida cotidiana más simple de la alta sociedad?

Roland podía imaginar fácilmente la reacción de Thorne ante tal comentario. El hombre acabaría doblado de risa ante la imagen de Roland bebiendo té y ocupándose de la casa. En muchos aspectos, era mejor que Roland no tuviera intención alguna de establecerse en una vida marital. Lady Charity sería libre de perseguir sus propios intereses mientras criaba a sus herederos. Él solo necesitaba encontrar una forma útil de ocupar su propio tiempo.

Sin embargo, no era momento para tales pensamientos. En la casa de Sir David, fue escoltado al interior por un mayordomo bastante joven para ese papel: el hombre parecía tener unos cuarenta años, y su cabello aún conservaba mucho del color de su juventud.

—Roland —lo saludó Sir David, estrechándole firmemente la mano—. Es bueno verte de nuevo. ¿Cómo va la investigación?

—Mal, para ser franco —admitió Roland—. Thorne ha buscado entre los receptadores, pero no hay rastro del regalo diplomático desaparecido, y el embajador está furioso.

Sir David hizo una mueca de simpatía.

—Entra. Cuéntamelo todo. Collins, ¿podría traernos té?

El mayordomo se retiró, y Sir David condujo a Roland a su salón, amueblado con caoba y tapizado con un papel pintado verde bosque profundo. Era pequeño, pero muy cómodo y bien dispuesto. Roland se acomodó en uno de los mullidos sillones orejeros agrupados de manera acogedora cerca de la chimenea apagada. Apenas unos minutos después, Collins regresó con su bandeja y, sin hacer ruido, el mayordomo sirvió dos tazas.

—Solo un sorbo —dijo Roland al aceptar su taza.

—No me sorprende saber que estás teniendo dificultades con tu investigación —dijo Sir David, acomodándose pesadamente en su sillón—. Tú y Thorne no sois los únicos a quienes se les ha encargado buscar la daga desaparecida, y algunos no son muy sutiles en sus indagaciones. La cantidad de preguntas a los receptadores sobre "rubíes del más fino quilate" y oro fino ha puesto en alerta a los bajos fondos de Londres.

Las noticias de Sir David hicieron que Roland apretara los dedos alrededor del asa de la taza de té, y la dejó antes de romperla accidentalmente.

—Maravilloso. Si el ladrón ha oído...

—Y probablemente lo ha oído.

—...no intentará revender la daga hasta que el asunto se olvide. O podría intentar venderla en otro lugar de una manera más difícil de rastrear.

Sir David emitió un sonido de acuerdo.

—Y luego... está la cuestión del propio Prinny.

No sorprendía a Roland que Prinny complicara las cosas.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó Roland.

—Prinny ha hecho correr el rumor de que estás llevando a cabo una investigación por su cuenta. Si yo lo he oído, otros también lo oirán. No le costaría mucho al culpable hacer la conexión. Esos chismes te han costado cualquier ventaja que pudieras haber tenido para hacer preguntas.

Con un suspiro, Roland cerró los ojos con resignación.

—Lo hecho, hecho está. Continuaré lo mejor que pueda. Pero esto puede explicar por qué algunas pistas no han sido fructíferas.

—Ánimo, muchacho. Aún no está todo perdido. Pero mis noticias no son lo que te ha impulsado a venir, ¿verdad? ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte, o has llamado por otra razón?

—Me preguntaba si tal vez su hijo estaba en residencia, señor.

—¿Matthew? —preguntó Sir David, sus cejas pobladas elevándose en su frente—. ¿Qué tiene que ver él con todo esto? No está involucrado, ¿verdad?

—No —se apresuró a decir Roland para tranquilizar a su mentor—. No lo creo. Solo busco información que él pueda tener sobre cierta casa de juego. Podría ser otro callejón sin salida.

El rostro de Sir David se tornó tormentoso.

—Cuéntamelo —ordenó, y luego se volvió hacia Collins, pidiéndole que fuera a buscar a Matthew inmediatamente.

Roland no esperó el regreso del mayordomo antes de explicar.

—Estoy seguro de que está al tanto —como todo Londres— de que hubo un incendio anoche en el Scarlet Jack y que Prinny estaba allí. Lo que no se ha hecho público es que el incendio parece haber sido provocado deliberadamente para atacar al Príncipe Regente.

—¡Para atacar a Prinny! —exclamó David—. ¿Pero por qué?

—Si tuviera la respuesta a esa pregunta, querido amigo, tal vez tendría una mejor idea de quién es el culpable.

Se oyeron pasos en la escalera de la habitación contigua, y ambos hombres cesaron su conversación cuando Matthew Green se unió a ellos en el salón. El joven era tal como Lord Fitzroy lo había descrito, al principio de los veinte y aún sin la plena corpulencia de la edad adulta. Tenía los mismos ojos azul desvaído que su padre y un tono un poco más rubio de lo que había sido el color de Sir David en su juventud.

—¿Ha pedido mi presencia, padre? —preguntó Matthew, compartiendo una mirada entre Roland y Sir David.

Ambos hombres se levantaron para incluirlo en su conversación.

—Hijo, te presento a Lord Percy, uno de mis antiguos soldados de caballería —dijo, agarrando el hombro de Roland con camaradería—. Lo entrené cuando no era más que un joven recluta en Salisbury Plain, cuando nos preparábamos para las invasiones de Napoleón.

Roland sonrió débilmente, recordando los grandes espacios abiertos donde se habían entrenado antes de ser desplegados en Sussex.

—Señor Green, es ciertamente un placer conocerlo. Su padre tiene razón. Tuvo la desgracia de conocerme cuando no era más que un novato, pero me enseñó mucho.

—Es un placer conocerlo, señor —respondió Matthew.

Su rostro, sin embargo, indicaba que era todo menos un placer.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Me han dado a entender que tenemos un amigo en común, señor Green. Lord Peregrine Fitzroy dice que sus estancias en Eton se solaparon —dijo Roland.

—Sí, es correcto —confirmó Matthew.

—También dice que en el pasado frecuentaban juntos garitos de juego.

Matthew se quedó helado entonces, su mirada cruzándose con la de su padre.

—Sí, en nuestra juventud lo hacíamos. Pero él y yo no hemos frecuentado tales lugares últimamente. Ciertamente no en absoluto esta temporada.

Roland se preguntaba por qué el hombre parecía tan incómodo.

—Lord Fitzroy no pudo ayudarme mucho con esta cuestión, pero sugirió que usted podría saber... ¿Quizás podría indicarme quién, entre la nobleza, frecuenta los establecimientos de juego?

—Oh —dijo Matthew, relajando el ceño—. Esa sería una lista bastante larga, señor. Quizás la mitad de los hombres del beau monde visitan los infiernos del juego, al menos ocasionalmente.

—Entiendo —dijo Roland juntando las manos—. Solo estoy tratando de averiguar quién va regularmente. Con suerte, podría encontrar a alguien que frecuente el Scarlet Jack.

—¿Solo ese lugar? —preguntó Matthew, tensándose de nuevo un poco.

—Espero que sea como buscar una aguja en un pajar —admitió Roland, separando las manos —. Pero cualquier nombre podría ayudarme a terminar dando con el rastro de alguien que estuviera allí anoche antes de que el Scarlet Jack se incendiara.

Antes de que Matthew pudiera responder, Sir David lo interrumpió.

—Matthew podría no ser capaz de reducir tu búsqueda, Roland. Ha abandonado las mesas de juego para mejorar. Su información podría estar terriblemente obsoleta.

—De hecho, Padre... —dijo Matthew apretando la mandíbula—. Yo mismo era uno de los que estaban en el Scarlet Jack anoche.

—¡¿Qué?! —casi gritó Sir David volviéndose hacia su hijo.

—Calma, Sir David —dijo Roland en tono apaciguador, tratando de calmarlo.

—No jugué —insistió Matthew a su padre—. No mucho. Solo dos manos de Whist compartiendo una copa con mis amigos, y lo dejé cuando no era ni más rico ni más pobre.

Se volvió hacia Roland.

—Está preguntando sobre el incendio y Prinny, ¿no es así?

—Estoy haciendo algunas investigaciones —reconoció Roland—. ¿Estaba usted allí cuando llegó Prinny?

—Sí. No sé exactamente a qué hora llegó, pero estaba jugando al Roly Poly cuando me fui —dijo Matthew rascándose la parte posterior de la cabeza—. Todo estaba bien cuando me marché.

El rostro de Sir David estaba sombrío, pero parecía más conmocionado y consternado por la noticia de que su hijo jugaba que por el hecho de que hubiera estado presente la noche anterior. Tal vez Matthew había tenido un problema con el juego en el pasado, pensó Roland, leyendo entre líneas los comentarios de Fitzroy y Sir David.

—¿A qué hora se fue? ¿Notó a alguien sospechoso?

—Poco después de las dos. ¿Quizás quince o veinte minutos después? Hice una noche corta —dijo, lanzando una mirada de reojo a su padre—. Y no... No recuerdo haber visto a nadie que pareciera lo suficientemente descontento como para provocar un incendio. ¿Cree que podría ser un mal perdedor que perdió sus ganancias? Es posible.

Los guardias habían atrapado al incendiario alrededor de las dos y cuarenta y cinco, y probablemente había iniciado el fuego solo diez o quince minutos después de que Matthew se fuera.

La partida del hijo de Sir David era oportuna, si su implicación era una coincidencia. Fue una pura bendición que no hubiera habido víctimas la noche anterior, aunque le habían dado a entender que algunas personas habían resultado quemadas. Pero Roland no creía que Matthew fuera franco si hubiera sido responsable de alguna parte del ataque.

—¿Recuerda quién se fue más o menos al mismo tiempo? —preguntó Roland a Matthew, aprovechando esta pista—. ¿Sus amigos también se fueron al mismo tiempo que usted?

Frunciendo el ceño, Matthew bajó la mirada hacia sus pies mientras recordaba la noche anterior.

—Estaba lejos de la puerta y no podía ver quién podría haberse ido poco antes que yo —dijo lentamente—. Y sí, todos nos fuimos juntos; nadie más se unió a nosotros al salir. Pero pasamos junto a la mesa de Roly Poly al irnos. Estaba cerca de la salida.

—¿Sí? —lo animó Roland—. ¿Vio a alguien que reconociera jugando con Prinny?

—Lo siento, Lord Percy. No tengo la impresión de ser de gran ayuda. No recuerdo todas las caras presentes, pero Lord Sebastian Vaughan ciertamente estaba jugando con Prinny.

Roland lanzó una mirada a Sir David, cuyos ojos se entrecerraron pensativamente al considerar el nombre que su hijo había proporcionado. Sir David sabía que Lord Vaughan era uno de los pocos nombres que habían abandonado la mesa.

—Ha sido más útil de lo que cree, ya que esto me da al menos otra línea de investigación —le aseguró Roland—. No voy a tomar más de su tiempo, pero realmente aprecio su ayuda.

De su corta lista, Lord Vaughan parecía ser el único presente en ambos incidentes. ¿Era una coincidencia? ¿O finalmente habían encontrado la pista después de todo?

17

El carruaje de los Tilbury se unió a la larga fila de calesas que esperaban frente a la residencia de los Arlington. Grace no podía evitar pensar que sería más rápido ir a pie, dada la corta distancia entre sus casas. Cuando planteó este punto a su madre, Lady Tilbury casi sufrió un ataque de apoplejía.

—Las damas bien educadas no van a pie a un evento, a menos que se celebre literalmente al lado. Toda la alta sociedad especularía sobre nuestros problemas económicos, pensando que ya no podemos permitirnos un cochero para nuestro carruaje. Si crees que tus perspectivas de matrimonio son limitadas ahora, se reducirían a la nada si la gente pensara que no podemos pagar una dote.

Grace no estaba segura de que eso fuera algo malo, dado su falta de interés en ser vendida como ganado, pero la expresión amenazante de su madre la hizo callar.

—Estoy segura de que Grace simplemente quería estirar las piernas, Lady Tilbury —intervino Charity antes de que Grace empeorara la situación—. Pasamos tantas horas en el interior, sentadas a través de interminables conversaciones. Cuando el tiempo es tan agradable como hoy, no se puede evitar querer aprovecharlo.

—Sí, bueno, supongo que tal vez tengas razón —concedió Lady Tilbury—. Pero no se te ocurra escabullirte en cuanto lleguemos. Has prometido hacer valer tus encantos hoy, y pienso recordártelo.

Grace sonrió dócilmente a su madre, sentada frente a ella en el asiento opuesto. Luego se inclinó hacia Charity y susurró:

—Escápate, Charity. No es necesario que nos quedemos las dos encadenadas a las piernas de mi madre.

Charity se abanicó para no reírse.

—Voy a circular y ver si puedo aprender algo útil.

En la entrada del jardín, la vista vibrante del verdor exuberante meticulosamente recortado en patrones geométricos recibió a las mujeres. Las rosas y las glicinias en flor añadían toques de color y fragancias delicadas que se mezclaban con el olor fresco del césped recién cortado. El suave susurro de las hojas y el sonido lejano de un cuarteto de cuerdas creaban un ambiente armonioso.

Charity vio a su madre al otro lado y se disculpó, dejando a Grace con la suya. Lady Tilbury dirigió sus pasos hacia las mesas de refrigerios, donde el suave murmullo de las conversaciones, salpicado de risas ligeras, prometía que encontrarían grupos de invitados conversando. El aroma de los refrigerios recién preparados flotaba en el aire, portando consigo la promesa de pasteles

dulces que Grace podría saborear.

Su madre, sin embargo, no tenía la menor intención de conceder a Grace ni siquiera esa pequeña libertad. Se aferró al brazo de Grace y lo sujetó firmemente por temor a que ésta tuviera la idea de liberarse. Su primera parada fue junto a Lord Dunstan.

Había mucho que decir sobre Lord Dunstan como potencial pretendiente. No era ni demasiado viejo ni demasiado joven. Había heredado su título hace unos años y había cumplido bien con las responsabilidades adicionales que acompañaban el ser el jefe de familia. Su reputación estaba intacta, ya que no tenía la costumbre de jugar, beber o perseguir mujeres en exceso.

¡Si sólo eso fuera suficiente para atraer la atención de Grace! Sin embargo, se sorprendía deseando que tuviera defectos desagradables, pues eso podría haberlo hecho interesante. Tal como era, resultaba mortalmente aburrido. Era culto y educado, pero nunca se apartaba de las discusiones más banales. Para una mujer que deseara una vida ordenada con poco riesgo de sobresaltos, Lord Dunstan sería una excelente elección. En cuanto a Grace, su anhelo de aventura se oponía diametralmente al futuro que ofrecía Lord Dunstan.

Se lo había dejado claro a su madre en varias ocasiones, pero como las madres de la alta sociedad solían hacer, Lady Tilbury desechaba las preocupaciones de Grace y seguía adelante.

—Lord Dunstan —casi ronroneó Lady Tilbury—, qué placer encontrarlo hoy.

Lord Dunstan se quitó el sombrero.

—Lady Tilbury, Lady Grace, están tan radiantes como cualquiera de las flores del jardín de los Arlington. El tiempo es magnífico, ¿no es así?

Grace no puso los ojos en blanco ante su elección de tema de conversación. El clima era un tema favorito de aquellos que tenían pocas otras opiniones que ofrecer. Sonrió beatíficamente al hombre y dejó que su madre se explayara sobre el tema. Pronto resultó ser un error.

—Es tan raro que tengamos la oportunidad de disfrutar del perfume de las flores y del césped recién cortado. Grace comentaba antes hoy lo mucho que deseaba explorar los alrededores. Tal vez estaría usted dispuesto a escoltarla, Lord Dunstan, ya que parece conocer bien este lugar.

Grace apretó los dientes, esperando plenamente que Lord Dunstan aprovechara la oportunidad. Ella tendría que aceptar, ya que difícilmente podía tratar a su madre de mentirosa.

El rostro de Lord Dunstan se sonrojó, coloreando sus mejillas de un tono rojo profundo desde la nariz hasta las patillas.

—Lo siento terriblemente, Lady Tilbury, pero ya he prometido acompañar a Lady Elizabeth a dar un paseo.

Como invocada por su nombre, Lady Elizabeth emergió de entre dos mujeres que charlaban cerca y se acercó a Lord Dunstan. Deslizó su brazo bajo el de él y batió las pestañas en dirección a Grace y su madre.

—Buenos días, señoras. ¿Han oído mi noticia?

—¿*Su* noticia? —preguntó Lady Tilbury.

Se le podía perdonar la inflexión en su pregunta, ya que Lady Elizabeth generalmente informaba noticias sobre alguien más. Lady Elizabeth, que estaba en su tercera temporada, tenía la bien merecida reputación de ser una chismosa. Siempre conocía los últimos cotilleos y estaba bastante feliz de compartirlos. Se había apresurado a susurrar al oído de Grace sobre Roland y su determinación de casarse con Lady Charity. Por esa sola razón, Grace la evitaba.

Hoy, sin embargo, estaba feliz por la interrupción. El rostro de Lady Elizabeth irradiaba felicidad, tan brillante que no podía ser fingida.

—Mi padre le ha dado a Lord Dunstan permiso para cortejarme, y hemos sido casi

inseparables desde entonces. ¿No es así, señor?

Lord Dunstan se irguió y respondió a la sonrisa de Lady Elizabeth con la suya propia.

—Aún no hemos encontrado un tema en el que no estemos de acuerdo.

—Porque somos perfectamente compatibles, ¿no es así? —añadió Lady Elizabeth, terminando ya sus frases.

Grace se arriesgó a lanzar una mirada a su madre. Lady Tilbury tenía las mejillas hundidas y las fosas nasales dilatadas en reacción a la amarga píldora de otro pretendiente desaparecido de la mesa. Y para beneficio de Lady Elizabeth, nada menos. El apellido de la joven era ahora lo único que le abría puertas. Su familia ciertamente no podía permitirse una dote de tamaño razonable. Pero para alguien como Lord Dunstan, con un apellido propio y suficiente riqueza para mantenerse, el dinero no importaba en absoluto. Todo lo que siempre había querido era una mujer que le prestara toda su atención. Después de tres temporadas, Lady Elizabeth evidentemente había optado por hacer exactamente eso.

Grace transmitió sus sinceras felicitaciones a la pareja y les dijo que si tenían futuros anuncios que hacer, definitivamente debían compartirlos con ella. Ni siquiera necesitaba mentir, ya que celebraría la noticia de que Lord Dunstan ya no le sería impuesto por su madre.

Lady Tilbury mantuvo una sonrisa forzada hasta que la pareja estuvo fuera del alcance del oído.

—Mira lo que has hecho, Grace. Esa chica no está en absoluto a tu nivel, y sin embargo ha logrado encontrar un buen partido.

—Después de tres años pavoneándose en estos eventos, eso espero —murmuró Grace.

Lady Tilbury dejó que su mirada cortante sirviera de reprimenda.

—La temporada está en pleno apogeo y los hombres más elegibles están siendo acaparados. Ven, vamos a hablar con Lady Anwen. Seguramente tendrá sugerencias sobre qué dirección tomar a continuación.

Grace siguió sin quejarse, ya que una conversación con Lady Anwen también serviría a sus intereses. La duquesa viuda de Somerset hacía que los esfuerzos de cotilleo de Lady Elizabeth parecieran un juego de niños. Era prácticamente una decana en materia de alta sociedad. Lo único que valoraba más que transmitir noticias era ser reconocida por su conocimiento de estos temas.

Como era habitual, Lady Anwen estaba sentada en el centro de un pequeño rincón de la terraza de hormigón, con dos de sus nietas a su lado. Las despidió con un gesto cuando vio acercarse a Lady Tilbury, liberando espacio para que las Tilbury pudieran unirse a ella.

Lady Tilbury hizo una reverencia ante la mujer mayor.

—Encantada de verla, Su Gracia. Me preguntaba si podría concedernos un momento de su atención.

—Estaré encantada —respondió Lady Anwen—. Mis viejos huesos protestan por tanto tiempo de pie, y a menudo me encuentro sentada sola. Me harán un favor tomando asiento.

Grace sintió la verdad en esta declaración, ya que nadie dejaba el lado de Lady Anwen sin ofrecer alguna información a cambio. Tendría que actuar con cautela para asegurarse de no salir perdiendo, especialmente en cuestiones relacionadas con la corona.

Lady Tilbury se sentó en el sillón vacío a la derecha de Lady Anwen, y Grace tomó asiento a su lado. Prefería mantener a su madre como amortiguador en caso de que la conversación se torciera. Grace notó la excelente vista que ofrecía esta posición sentada. De hecho, podía ver hasta el borde más alejado del jardín si entornaba los ojos.

La anciana se reacomodó en su sillón para evitar que el sol brillara en sus ojos. Una vez

instalada, se volvió hacia Lady Tilbury.

—Dígame, querida, ¿en qué puedo serle útil?

—Se trata de mi hija Grace, aquí presente. Como seguramente sabrá, ha puesto en suspenso su propia búsqueda de un pretendiente para buscar a Lady Charity mientras estaba, eh, ausente.

Lady Anwen se inclinó para observar mejor a Grace.

—Has demostrado ser una amiga leal. Sin embargo, encuentro bastante extraña la idea de nuestra Reina de esconder su diamante, ya que nunca ha hecho algo así antes. ¿Por qué ha elegido hacer tal cosa esta temporada?

La pregunta iba dirigida directamente a Grace, pero ella no iba a responder con la verdad. Era un secreto que tenía la intención de llevarse a la tumba.

—Lejos de mí, siendo tan joven e inexperta como soy, cuestionar las decisiones de Su Majestad.

—Harrumph.

Lady Anwen resopló, descontenta de que se le negara el más jugoso de los cotilleos.

—Como decía —continuó la madre de Grace—, Grace se ha retrasado, digamos, en la búsqueda de un pretendiente, sin que sea culpa suya, pero ya sabe cómo son estas cosas. La he animado a esperar hasta que encuentre a alguien digno de sus encantos, lo que nos ha llevado a hablar de los jóvenes que se han ido de gran tour este año y que podrían estar a punto de regresar.

Grace añadió:

—Mamá ha mencionado a los hijos de Sir Julian Montgomery, pero confieso que no conozco a la familia. ¿Qué aconseja, Su Gracia? ¿Son dignos de ser considerados?

Para su crédito, Lady Anwen no respondió de inmediato. En su lugar, levantó su monóculo hasta su ojo derecho y estudió a Grace. Nunca antes en su vida Grace se había sentido tanto como un insecto en las páginas de la Micrografía de Hooke. Resistió el impulso de ocultar sus pecas.

—El mayor de los Montgomery es una posibilidad, pero yo no iría más abajo que eso —respondió finalmente Lady Anwen, poniendo fin al suplicio de Grace—. ¿Tienes pasatiempos, jovencita? Si no es así, tendrás que encontrar algunos.

Grace no seguía la línea de pensamiento de la mujer.

—¿La familia Montgomery concede tanta importancia a los pasatiempos?

—Ojalá fuera así —se lamentó Lady Anwen—. Son gente sencilla con intereses sencillos. Probablemente por eso Sir Julian es tan apreciado por el gobierno como asesor militar y negociador. No hay nada que pueda usarse en su contra. No juega a las cartas, apenas frecuenta su club y no se desvía de sus votos. Puedo decir solo con mirarla, jovencita, que usted no será feliz viviendo días tranquilos en el campo.

Grace se estremeció ante ese pensamiento, atrayendo otra mirada severa de su madre.

—Seguramente Sir Julian debe ser más interesante que eso. He oído un rumor de que él y el embajador casi llegaron a las manos durante el desfile de la guardia montada...

Ante estas palabras, Lady Anwen volvió a cambiar de posición para inclinarse hacia adelante.

—No había oído hablar de eso, pero confieso que no me sorprende. Antes eran rivales, no en el amor sino en la guerra. Sir Julian ayudó directamente a negociar el tratado entre Suecia y Gran Bretaña en 1808. A Suecia se le había prometido ayuda para desafiar el sistema continental de Napoleón, que estaba estrangulando la economía. Él mantuvo firmemente la bolsa británica, como se le había ordenado, y lo que se dio fue insuficiente. El hijo del barón Lindburg murió en la guerra de Finlandia que siguió con Rusia. Supongo que el barón culpa a Sir Julian por su

pérdida, aunque la culpa debería recaer en otra parte. Pero el rostro de Sir Julian es el que recuerda al otro lado de la mesa. Debo decir, sin embargo, que intercambiar palabras duras en público, después de todo este tiempo, no es apropiado.

Lady Tilbury asintió con aprobación.

—Sir Julian es muy respetado por la corona, Grace, aunque gran parte de lo que ha hecho ha ocurrido en las sombras. Es lo suficientemente importante como para merecer una invitación a eventos como el del palacio la semana pasada.

—Donde el hombre come en exceso —dijo Lady Anwen en voz baja—. Me expresé mal antes. Este hombre tiene un solo vicio, aunque inofensivo para los demás. En su casa, su esposa controla cuidadosamente sus comidas. Cuando viene solo a Londres, se deja llevar más allá de todo límite. Nunca lo he visto terminar una comida sin tener que disculparse de la mesa. Si está interesada en su hijo, mantenga un ojo atento para ver si este vicio se ha transmitido en el linaje familiar.

Grace adoptó una expresión perfectamente seria y prometió hacerlo. Era un precio pequeño a pagar por saber por qué Sir Julian se había ausentado de la mesa durante tanto tiempo.

—Dígame, Su Gracia, ¿qué sabe del embajador? Debe haber vivido su parte de aventuras.

18

—Noticias de Grace —le dijo Thorne tendiéndole el papel doblado mientras estaban sentados juntos a la mesa.

El ritual matutino de desayunar con Thorne en el comedor había comenzado como una inconveniencia, pero con qué rapidez se había convertido en un momento del día que Roland esperaba con impaciencia. Sería difícil perder esto una vez que se casara con Lady Charity y ella estuviera sentada frente a él en su lugar.

Albert y su esposa ya habían discernido rápidamente algunos de sus hábitos, incluyendo su aversión por los excesos en la mesa a los que se entregaban los miembros de la alta sociedad. Por lo tanto, su comida se había convertido en un asunto suficientemente abundante, pero simple y limitado en platos. Hoy era trucha en conserva con pan y algunas frutas frescas, acompañadas de té. Con una mueca, mordió un trozo de pan crujiente, ligeramente untado con ese pescado mantecoso y sabroso. Con suerte, Lady Charity tampoco insistiría en cambiar sus comidas por algo más elaborado.

—¿Cómo está? —le preguntó a Thorne.

Thorne arqueó una ceja por encima de su taza de té.

—Bastante bien.

Roland asintió, desdobló la nota y examinó su contenido.

—Sir Julian está dispéptico y se encontraba indispuesto. Bueno, supongo que debería estar contento de que hayamos logrado tachar un nombre de la lista. Así que solo nos queda investigar a Lord Vaughan.

—Estaba en la lista que recibimos de Prinny, ¿no es así?

—Sí, en efecto —confirmó Roland—. Prinny añadió una nota junto a su nombre y mencionó que Lord Vaughan tenía un ojo para los objetos de valor inusuales, incluyendo uno que le gustaría mucho recuperar.

—¿La daga u otra cosa?

—No dio ninguna otra información, aunque si pensara con certeza que el hombre tenía la daga, dudo que anduviera con rodeos. ¿Qué ha averiguado sobre este hombre?

—No he podido descubrir mucho más sobre él —admitió Thorne—. El lord está constantemente en movimiento, y siempre en un evento u otro al que no puedo acceder. Tendrá que ser usted o ella quien lo atrape y averigüe más.

—Si me permite una sugerencia...

Ambos hombres levantaron la vista, sorprendidos, cuando Albert levantó la tetera y refrescó sus bebidas. El mayordomo nunca se había atrevido a dar su opinión en medio de sus

conversaciones antes. Como si se diera cuenta de que había cometido un paso en falso de la manera más inapropiada, el hombre se detuvo y se enderezó.

—Mis disculpas por esta interrupción —dijo humildemente.

Roland se limpió apresuradamente la boca.

—No, no es nada. Por favor, comparta sus pensamientos, Albert.

Con vacilación, Albert reanudó el servicio.

—Su residencia necesita algunas decoraciones. Sotheby's organiza una subasta esta misma tarde.

—Tiene usted toda la razón —dijo Roland, desconcertado—. Efectivamente, debo encontrar tiempo para ir de compras pero...

Se interrumpió, sin entender por qué Albert había abordado este tema.

Albert parecía ligeramente incómodo, pero Thorne le hizo un gesto de aprobación. Roland notó con cierta sorpresa que este gesto parecía tranquilizar al hombre.

—Lord Vaughan frecuenta regularmente Sotheby's y probablemente estará presente si desea encontrarse con él en un lugar neutral. Como hombre comprometido y conde amueblando su residencia, tiene una razón suficiente para acudir usted mismo a la sala de subastas.

La comprensión iluminó los ojos de Roland y Thorne.

—Albert —dijo Roland a su mayordomo—. Es una idea inspirada. Por favor, prométame que me interrumpirá cada vez que tenga una idea que compartir.

—Señor, no haré tal cosa —resopló el mayordomo, pero el anciano parecía contento de ser agradecido tan sinceramente—. Sin embargo, pensé que quizás, como solo estaban usted y el señor Thorne...

—Sí, por supuesto. Sea cual sea la forma en que crea que debe expresarse sin infringir las convenciones, hágalo, por favor —le dijo Roland—. Aprecio la confianza y la aportación de todos los miembros de mi casa.

Se levantó y sus dos sirvientes lo miraron con asombro.

—Necesito tinta y una pluma para responder a Lady Grace —explicó.

Albert frunció el ceño y le indicó que se sentara de nuevo.

—Puede terminar su desayuno, Lord Percy. Yo iré a buscarlos.



—Padre, ¿todavía tiene la intención de asistir a la subasta hoy en Sotheby's? —preguntó Grace, con el rostro lleno de inocencia.

El rostro de su padre se sonrojó.

—Sí, voy, pero solo porque ese imbécil del propietario se niega a entrar en razón. Sabe cuánto quiero ese bronce del león atacando al caballo. Le hice una oferta generosa, pero prefiere llenarse los bolsillos en lugar de asegurarse de que vaya a alguien que realmente lo aprecie. Apuesto a que poca gente presente hoy sabrá siquiera quién es Giambologna.

Lady Tilbury se echó hacia atrás para permitir que el lacayo retirara su plato.

—¿Por qué preguntas eso, Grace? Seguramente no piensas acompañar a tu padre.

—No hay posibilidad —dijo Lord Tilbury, aunque no había animosidad en sus palabras.

Era su respuesta por defecto a casi todo lo que las dos mujeres sugerían.

Grace no se desanimó. Había recibido el último mensaje de Roland y tenía la intención de no dejar que nada se interpusiera en su camino para llegar a la subasta.

—Padre, debe admitir que podría ayudarle si fuera. Unos cuantos susurros en los oídos

adecuados y muchos postores elegirán gastar sus fondos en otra parte. Solo tiene que indicarme la dirección.

—¿Eh?

Lord Tilbury se limpió las últimas migas de la barba.

—No lo había pensado de esa manera.

Lady Tilbury intervino rápidamente.

—Y no pensará en ello. Grace y yo esperamos visitas esta tarde.

—Madre, las únicas personas que han prometido venir son sus amigas, no las mías. Podrán charlar libremente sin que yo esté allí para limitar la conversación. Y está el asunto de un regalo de boda para Charity y Lord Percy. Pensé que podría dar una vuelta por la subasta por si algo me llamara la atención. Charity mencionó su deseo de modernizar el interior de la casa de los Percy en la ciudad.

El rostro de Lady Tilbury se suavizó lo suficiente como para dar esperanzas a Grace de tener éxito. Miró a su marido.

—La vigilarás. No dejes que te convenza de pujar por nada inapropiado.

—¡Como si pudiera! —replicó Lord Tilbury, ofendido por la sugerencia de debilidad de su esposa—. Y no menciones nuestros paseos por el pueblo como prueba. Hay una gran diferencia entre comprarle dulces a la niña y permitirle pujar en una subasta. Grace, querida, debemos partir a las dos y media en punto. Asegúrate de estar lista.

—Por supuesto, padre —prometió Grace.

Años de práctica le permitieron reprimir la sonrisa que quería dibujarse en su rostro.

Mantuvo la apariencia de una hija obediente durante el trayecto en carruaje, preguntando a su padre quién podría pujar contra él. Juntos, elaboraron una serie de declaraciones sutiles que su padre y Grace podrían dejar caer para hacer dudar a sus adversarios. Una cuestionaría la pátina, otra mencionaría las fluctuaciones salvajes del valor de mercado de tales piezas. Juntos, confiaban en poder eliminar al menos a aquellos con un interés meramente ocasional.

A su llegada, como acordado, Grace y su padre se separaron, Grace dirigiéndose hacia la galería de la derecha mientras su padre se alejaba para saludar a un conocido. Tan pronto como Grace estuvo fuera de la vista, se propuso encontrar a Roland.

Grace ya había acompañado a su padre a Sotheby's antes, así que tenía una idea de la disposición del espacio. Sin embargo, a diferencia de una galería de arte, en cada visita había algo nuevo expuesto. Hoy, mesas cubiertas y vitrinas bordeaban las salas, permitiendo a los postores examinar de cerca antiguos manuscritos encuadernados en cuero, joyas ornamentadas de las cortes europeas, fina porcelana de Delft y orfebrería compleja. Rápidamente localizó la estatua de bronce renacentista que su padre codiciaba, su oscura pátina testimonio de su edad e historia. Fingió estudiar el objeto antes de retroceder y sacudir la cabeza.

—Es una pieza hermosa, pero la pátina no coincide exactamente con lo que se esperaría de esa época. Podría ser una reproducción posterior, aunque aún encantadora por derecho propio.

Los hombres que estaban cerca se miraron entre sí y luego se alejaron, dirigiendo su interés a otra parte. Grace permaneció inmóvil, queriendo ver qué había fascinado tanto a su padre. La pieza era ciertamente impresionante. Cuando Lord Tilbury mencionó por primera vez el título del león y el caballo, Grace ingenuamente se había imaginado a las dos bestias de pie una al lado de la otra. Ahora reconocía cuán tonta había sido. En su lugar, el león había infligido grandes cortes en el flanco del caballo y se preparaba para usar sus colmillos para dar el golpe fatal.

—¿Somos el caballo o el león? —preguntó una voz.

Grace se giró para encontrar a Roland a su lado. Le dirigió una suave sonrisa.

—Cazamos a nuestra presa, pero un paso en falso y nuestra Reina nos saltará a la garganta.

Grace habló para ahuyentar esa horrible visión de su mente.

—Buenos días, Lord Percy. Qué sorpresa verlo aquí.

—En efecto —respondió Roland.

Tenía las manos cruzadas detrás de la espalda.

—¿Algún interés particular en esta pieza?

—Mi padre.

Grace guardó silencio cuando otra pareja se acercó. Cuando se detuvieron para admirar la pieza, Grace añadió:

—He oído que una pieza similar fue examinada hace unos años y resultó tener serios problemas de procedencia.

—Duro para el comprador —asintió Roland.

Le dirigió una sonrisa traviesa cuando la pareja se alejó.

—¿Todo eso era cierto?

—Tal vez —fue todo lo que Grace respondió con un tono travieso y una pequeña sonrisa.

Había divisado a Lord Sebastian Vaughan al otro lado de la sala. Hizo un gesto con la cabeza en su dirección.

—Nuestra presa está a la vista, señor. ¿Ve a ese caballero al otro lado de la sala, con el abrigo ajustado azul verdoso y la corbata voluminosa? Está observando la sala con su monóculo.

Roland se movió hasta que pudo ver al hombre en cuestión.

—¿Ese es Lord Vaughan, supongo? Con esa monstruosidad chillona, se parece más a un pato mandarín que a un hombre. ¿He perdido la vista, o realmente lleva un chaleco dorado?

Su sonrisa se ensanchó.

—En efecto. Si fuera tan amable de escoltarme y presentarme, estaría encantada de averiguar el nombre de su sastre para usted, por si lo quisiera para sí mismo.

—De ninguna manera —dijo Roland con horror fingido—. Aunque, pensándolo bien, tal vez debería obtener esa información, aunque solo sea para ayudarme a evitar a quien sea.

Roland ofreció su brazo a Grace y se dirigieron casualmente hacia Lord Vaughan.

El color del abrigo del dandy se volvía cada vez más chillón con cada paso que daban Grace y Roland. Su cabello estaba cuidadosamente esculpido, engrasado y pomado hasta que no se atrevía a moverse, incluso cuando sacudía la cabeza. Como no estaba examinando ninguno de los objetos expuestos, Roland se acercó directamente a él y se presentó.

—Buenos días, Lord Vaughan. Espero que no le importe mi audacia al solicitar una presentación. Prinny mencionó que usted podría estar aquí y sugirió que podría pedirle algunos consejos.

Lord Vaughan bajó su monóculo.

—Cualquier amigo de Prinny es ciertamente un amigo mío.

—Excelente. ¿Puedo presentarle a Lady Grace Tilbury? Yo soy Lord Roland Percy.

Lord Vaughan descartó a Grace como la menos importante de la pareja y concentró su atención en Roland.

—Ah, sí, Lord Percy. Me entristeció mucho saber del fallecimiento de su padre. Tenía un verdadero ojo para lo insólito.

El ojo de Roland se crispó muy ligeramente, pero lo disimuló bien con un parpadeo.

—En efecto. Nuestros gustos son algo diferentes, se podría decir. No tengo su ojo avizor.

—Por eso me tiene aquí hoy —dijo Grace—. Estoy ayudando a Lord Percy a encontrar un regalo de boda para su futura esposa, mi querida amiga Lady Charity.

El dandi se balanceó sobre sus talones y estudió nuevamente a la pareja.

—¡Oh! Perdónenme, pensé que ustedes dos estaban cortejándose. Veo ahora que me equivoqué en mi primera impresión. Un regalo de boda, qué encantador. No estoy seguro de poder ser de gran ayuda, sin embargo. Conozco poco los caprichos de las mujeres.

—Tenía en mente algo más inusual.

Roland bajó la voz.

—Su Alteza dijo que usted era el hombre a quien ver si quería algo verdaderamente extraordinario. He oído rumores de que su colección incluye muchas rarezas, incluyendo al menos una muy codiciada por la corona.

Vaughan echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada estruendosa que resonó en los suelos de mármol de la galería.

—Supongo que Prinny no le dijo de qué objeto se trataba, ¿verdad? No lo haría, por temor a avergonzarse.

Las entrañas de Grace se tensaron de anticipación. Seguramente, Lord Vaughan no se jactaría del robo de un regalo tan único e invaluable hecho al Príncipe Regente.

Vaughan se inclinó hacia adelante y bajó la voz hasta que apenas fue más que un susurro.

—Ya que Prinny los envió a mí, les revelaré el secreto. Eso le enseñará. Tal vez hayan oído hablar de la inclinación de nuestro Regente por el juego, ¿no?

Roland asintió.

—Todos los que leen los periódicos están al tanto. ¿Estaba usted con él la otra noche cuando tuvo problemas en el Scarlet Jack?

—Ah, apenas. Prinny llegó unos treinta minutos antes de que yo me fuera, antes del incidente, afortunadamente. Una vez que el humo se impregna en tu ropa, es casi imposible deshacerse de él. Llevaba mi chaleco favorito esa noche.

La impaciencia de Grace crecía.

—¿Apostó el Príncipe algo que no podía permitirse? Sin duda, la corona tiene suficiente dinero para honrar cualquier cosa que haya prometido.

Vaughan se frotó las manos enguantadas con deleite.

—No es dinero lo que deseo, joven dama, pues tengo en abundancia. Buscaba algo que el dinero no puede comprar...

Hizo una pausa, dejando que su curiosidad alcanzara su punto máximo.

—¡Un *IOU*!

Grace se tambaleó hacia un lado, golpeando el brazo de Roland.

—¿Sus vocales? ¿Las empeñó en lugar de algo del tesoro?

Vaughan negó con la cabeza.

—Es la promesa de conceder un favor futuro no especificado. Díganme ahora, ustedes dos, ¿dónde podría uno comprar un objeto similar? No hay nada más raro que una deuda no especificada de un futuro rey. La atesoraré para siempre.

Grace se arriesgó a mirar a Roland. A juzgar por sus ojos muy abiertos y su boca entreabierta, estaba tan estupefacto como ella.

Lord Vaughan dio una palmada en la espalda de Roland.

—¿Ve? Su reacción habla por sí misma. Este *IOU* es actualmente el objeto real más preciado de Inglaterra, me atrevo a decir. Ciertamente es mejor que cualquier cosa que se subaste. Y con eso, debería volver a mi consulta. Les deseo a ambos buena suerte en sus pujas. Si quieren mi consejo, echen un vistazo a los muebles Chippendale en la siguiente sala. Hay un encantador escritorio y una silla que su futura esposa podría apreciar.

El hombre se alejó, concentrado en otra pieza de la subasta. Grace no quería quedarse donde estaba, donde en cualquier momento el dandi podría darse la vuelta y ver a Roland y Grace demorándose donde los había dejado. Le dio un codazo a Roland y le hizo señas para que la siguiera. Aunque la distancia hasta la siguiente galería era corta, Grace tuvo tiempo suficiente para reflexionar sobre las palabras de Lord Vaughan.

Parecía probable que el hombre ni siquiera supiera que la daga de rubí había desaparecido. Eso significaba que habían agotado su lista de sospechosos y, casi una semana después, no estaban más cerca de encontrar al ladrón que al principio.

La Reina ciertamente no estaría contenta.

19



Mientras Roland y Grace permanecían uno al lado del otro frente a una silla Chippendale en subasta, el silencio se prolongaba entre ellos, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Finalmente, Roland se recompuso, dándose cuenta de que podrían provocar murmuraciones si continuaban mirando fijamente la silla por más tiempo.

—Supongo que eso es todo. Se me han agotado las ideas sobre dónde buscar. Hemos agotado todas las pistas que teníamos, y la investigación de Sir David Green no ha revelado otros sospechosos —suspiró—. Debería... probablemente debería dejarme en caso de que su padre nos viera juntos.

Grace parecía casi tan abatida como él, pero ante sus palabras, le lanzó una mirada débilmente compasiva.

—Es la ira de la familia real lo que me preocupa, no que nos vean juntos. Si alguien pregunta, repetiré que le estoy ayudando a elegir un regalo de boda para Charity.

Su corazón se encogió, y algo de ese dolor debió reflejarse en su rostro, porque la decepción de Grace se transformó en una ligera preocupación.

—¿Qué sucede, Roland? ¿Hay algún problema entre Charity y usted?

Lo había llamado por su nombre de pila. Cada vez que lo había hecho antes, era principalmente con burla, enojo o en un momento cargado de emoción. Nunca la había escuchado usar su nombre de esta manera, como una amiga. Alguien que se preocupaba por su estado. Era... era algo que nunca había experimentado antes, excepto con Thorne.

Vacilante, indicó que deberían alejarse de esta pieza expuesta, y aprovechó ese momento para ordenar sus pensamientos.

—Lo siento —se disculpó—. Simplemente me encuentro incómodo ante el ritmo de los cambios en mi vida últimamente.

Grace asintió, tratando de parecer serena, pero una pequeña arruga se había formado entre sus cejas. Era algo que hacía cuando se concentraba mucho, y se preguntó si era consciente de ello.

—Ha tenido un año muy agitado —dijo finalmente—. Desde el momento en que se enteró de la muerte de su padre, su vida debe haber sido repentinamente trastornada.

Una mueca se formó en sus labios a pesar suyo.

—Tiene toda la razón. Y peor aún, en cada momento en que parece que finalmente podría ser...

Se detuvo, buscando las palabras.

—Cuando finalmente encuentro un lugar donde encajo correctamente, algo cambia, y todo

vuelve a estar patas arriba.

Continuaron caminando en silencio hasta el siguiente objeto expuesto: un juego de té de plata.

—Creo que lo entiendo —admitió finalmente—. Conozco demasiado bien esa sensación de... no encajar del todo en el lugar donde me colocan.

Roland miró a Grace y de repente recordó a la joven que había sostenido dos veces en sus brazos durante un baile. Una sonrisa involuntaria se dibujó en sus labios al recordar lo rígida, incómoda y torpe que había estado.

—Supongo que sí lo entiende, en efecto.

Ese fruncimiento de cejas entre sus ojos se acentuó con sospecha ante su cambio de humor.

—¿En qué está pensando?

Y eso alivió un poco el ambiente.

—En usted —respondió—. Cuando la arrastré a la pista para un vals.

El rostro de Grace pasó por la más curiosa gama de emociones en un instante: comprensión, horror divertido... tristeza.

Parecía privado. Algo inapropiado, ver sus pensamientos tan claramente inscritos en su rostro. Apartó la mirada, aclarándose la garganta.

—Sobre todo, recordaba cómo... excepto en la pista de baile, usted casi siempre ha sabido exactamente quién era y qué quería hacer en la vida. La envidio. Y esa certeza.

—¡Me envidia! —dijo con una pequeña risa burlona.

Estaba inmóvil como una estatua, excepto por sus dedos que se enroscaban en sus faldas.

—¿Quiere decir que está... inseguro acerca de su vida?

Roland presionó sus dedos contra su frente, consciente de un dolor de cabeza que comenzaba a formarse.

—Esa no es la palabra exacta, pero no encuentro otra que tenga sentido. Tal vez debería simplemente olvidar que dije algo.

Abruptamente, ella cambió de tema de conversación con precipitación.

—Charity... teme que... que usted realmente no desee casarse con ella.

Esa sensación familiar de fracaso volvió a subir por su pecho, y se esforzó por hacerla desaparecer.

—Debo haberla perturbado mucho si se lo ha dicho abiertamente. Es mi culpa. Debería haber estado más atento, fingir más entusiasmo en sus planes. No quise ser cruel con ella.

Hubo una larga pausa antes de que ella respondiera.

—Usted no sería cruel intencionalmente —dijo Grace, tocando su brazo por un momento antes de dejarlo caer—, pero a veces somos crueles los unos con los otros a pesar de todo, cuando nuestros corazones o nuestros planes no se alinean. ¿Acaso... ya no planea casarse con ella finalmente?

—Por supuesto que voy a casarme con ella. No me hago ilusiones sobre lo que significaría una ruptura de compromiso a los ojos de la crema y nata de la alta sociedad, incluso si la Reina no se ofendiera personalmente. También le prometí que cuidaría de ella, Grace.

Oía su voz volverse rígida a pesar de sus esfuerzos por permanecer neutral.

—Aunque usted haya expresado claramente su opinión sobre mi valor como caballero, conozco mi deber hacia ambas.

—Eso no significa que no lo tema —replicó ella con convicción—. Creo que teme que ella sea una persona más que volverá a trastornar su vida.

Así sería. Doncellas, agendas sociales, cambios de decoración... Ya podía imaginar el

desorden que seguiría. Sin embargo...

—No se puede volcar un juego de mesa cuando las piezas ya están en desorden.

La forma en que Grace lo miraba lo atravesaba hasta el alma. Ella lo sabía. De alguna manera, sus palabras torpes lo habían traicionado.

—¿Qué ha cambiado en usted? Porque no hace mucho, quería casarse con el diamante a toda costa.

Una pregunta tan complicada. No podía señalar el momento exacto en que su opinión había cambiado... Excepto que cuanto más tiempo permanecía en Inglaterra, más sentía que lo empujaban hacia un lugar donde no deseaba estar.

—No lo entiende. Cuando hice mi apuesta, Lady Grace, no estaba simplemente ebrio. Estaba obligado. Mi llegada a Londres —mi búsqueda de una esposa— era parte de una representación ordenada. Una que debía emprender rápidamente. Cuando uno está privado del lujo del tiempo y la elección, solo queda la oportunidad.

Se detuvo abruptamente, la tensión crispando su mandíbula.

—Una vez que la encontramos, la elección pertenecía a la Reina. No a mí, y ciertamente tampoco a ella. Aun así, habría hecho esa elección si me lo hubieran pedido. No habría podido vivir conmigo mismo si no lo hubiera hecho. Pero lo que yo quiero nunca ha importado a los demás.

Los labios de Grace se entreabrieron de sorpresa, y Roland no pudo soportarlo más. Se dirigió hacia la siguiente pieza expuesta sin ella, queriendo alejarse de esta peligrosa conversación, pero ella lo alcanzó y se colocó frente a él, obligándolo a detenerse.

—Para mí sí —dijo con voz firme, los ojos clavados en los suyos.

Ella sería una excelente esposa para un hombre. Algún día. Con suerte, encontraría a alguien digno de su fogosidad. Sintiendo un cambio en sí mismo, desvió la mirada, dirigiendo su atención hacia el siguiente objeto.

—Usted es la única persona que me ha preguntado si estoy cómodo con mi próxima boda. Ni siquiera Thorne se atrevería a preguntar, y él ha sido mi compañero más cercano desde los diecisiete años.

—Mi madre dice que siempre he sido del tipo inapropiado.

Se frotó nuevamente la frente con la punta de los dedos.

—No, quiero decir, usted es la única que se ha preocupado lo suficiente para preguntar. Todos los demás esperan que sea naturalmente emocionante para ambas partes.

Su boca formó una breve "O" de comprensión, antes de que sus cejas se fruncieran de indignación.

—Por supuesto que me preocupo. Usted es...

Se detuvo abruptamente y Roland se preguntó si estaba modificando lo que iba a decir.

—Ambos son buenos amigos para mí.

Amigos. La palabra lo llenó a la vez de placer y... de ningún consuelo. Qué extraño.

—Sí. Amigos. Supongo que eso es lo que somos.

Le sonrió para que supiera que lo decía en serio, pero el resultado fue tan frágil que lo dejó caer.

—Espero poder establecer también una relación así con Lady Charity. Algún día, quizás.

—Algún día, quizás —repitió Grace, y su sonrisa de vuelta parecía igualmente frágil—. Si no es como amigos, seguramente encontrarán alguna forma de entendimiento entre ustedes. Tal vez después de que ella le haya dado un heredero. Mi madre siempre decía que un buen matrimonio solo necesita hijos para formar el núcleo de la felicidad.

—No estoy de acuerdo con su madre —dijo Roland.

Había tanta amargura que estas palabras parecieron sorprenderlo incluso a él. Grace se quedó callada, conmocionada, y Roland tuvo que decir más, por temor a que ella creyera haber dicho algo que lo había contrariado.

—Si eso fuera cierto —continuó con voz más suave, queriendo que ella entendiera—, mi madre probablemente habría sido feliz.

Un pensamiento cruzó entonces por su mente, y su rostro se ensombreció.

—Pero yo no fui suficiente.

Los ojos de Grace se llenaron repentinamente de lágrimas ante estas palabras, y él se alejó de nuevo. Esta vez, ella lo dejó ir, visiblemente insegura de si debía seguirlo o no.

Como ocurría con la mayoría de las personas nombradas en el Debrett's, había cosas sobre el linaje de Roland que todos daban por sentado. Gideon Percy, El Quebrantador del Norte, había tenido dos hijos. Thaddius Percy, el padre de Roland, había sido el "suplente". No era un secreto para nadie que cuando el hijo mayor del duque murió, Thaddius tomó su lugar para el compromiso para que pudieran conservar su dote. Grace también sabía que su madre había muerto al dar a luz a lo que habría sido su segundo hijo. Pero ni el Debrett's ni la historia tendían a mantener un registro... de los otros costos.

Roland se volvió hacia ella desde la siguiente pieza expuesta, y ella lo tomó como una invitación para unírsele.

—Supongo entonces... —dijo Grace suavemente— que no había entendimiento entre su madre y su padre.

—No —dijo con una breve risa—. Hoy sospecho que mi abuelo presionó a Thaddius para que se casara con ella, ya que está en su naturaleza. Si los rumores son ciertos, se odiaban. Tenía seis años antes de que ella volviera a quedar embarazada. Demasiado joven, cuando murió, para haberme preguntado alguna vez qué pensaba. Lo que realmente quería en la vida. Supongo que nunca lo sabré con certeza. Si su matrimonio estaba impregnado de odio, explicaría muchas cosas sobre sus vidas, sobre cómo se comportaba mi madre, y sobre Thaddius —añadió.

Grace miraba sus pies, asintiendo para sí misma.

—Creo que también explica muchas cosas sobre usted.

Él se enderezó.

—¿Qué quiere decir?

Ella lo miró, sus ojos nuevamente melancólicos.

—Ahora, creo que duda en querer más para sí mismo. Debe ser difícil desear algo cuando se teme que pueda ser arrebatado. O cuando los deseos de todos los demás siempre pasan antes que los suyos. No puedo... ni siquiera puedo culparlo por temerlo. Incluso yo le hice eso cuando le pedí que me ayudara a encontrar a Charity.

—No es en absoluto lo mismo.

Roland dejó escapar un pequeño suspiro e inclinó la cabeza hacia ella.

—Un hombre tiene el deber de actuar correctamente hacia el mundo. De proteger a aquellos que no tienen los medios para protegerse a sí mismos.

Al oír estas palabras salir de sus labios, Roland fue repentinamente invadido por un sentimiento de miseria.

—La vida de mi madre es un recordatorio constante de que, por terrible que haya sido mi vida en algunos aspectos, al menos mi título me da los medios para protegerme. Más de lo que muchos otros tienen. Cuando miro a Lady Charity, veo esa falta de recursos en ella. Me pregunta si eso es lo que quiero. No, no quiero casarme con ella, Grace. Pero... es sobre todo porque le

deseo más felicidad de la que creo que encontrará conmigo. Usted ama a su amiga, y después de las pruebas que ha soportado, ella merece encontrarla. No creo poder ofrecerle amor. Le ofrezco la protección de mi nombre, y temo que no sea suficiente.

La expresión de Grace se suavizó, sus amables ojos color avellana no se ofendieron por sus audaces palabras. No podía explicar qué lo había impulsado a ser tan honesto con ella, a decir cosas que no admitiría a nadie más. Pero la respuesta estaba allí, en su rostro indulgente, libre de todo juicio.

Ella levantó la mano, pero se detuvo antes de tocarlo.

—Aunque me duela decirlo, eso es todo a lo que personas como nosotros podemos aspirar. Espacio y libertad para ser nosotros mismos. Los matrimonios por amor son más raros que las mariposas en pleno invierno. Más frágiles, también. Usted es un buen hombre, Roland, y no es su padre. No necesita defender su nombre ante mí. Con suerte, ruego para que algún día, yo también encuentre un hombre dispuesto a concederme lo que usted le ofrece a Charity.

Apartó la mirada, parpadeando para contener las lágrimas.

—Debería irme. Mi padre me está esperando.

Roland la dejó ir, porque no tenía otra opción más que hacerlo. El aire a su lado parecía más frío. Su brazo, sobre el que el de ella había descansado, ahora estaba helado.

20



Al día siguiente, Grace temía perder otra tarde haciendo visitas. ¿Cómo podían esperar que charlara de trivialidades cuando un asesino seguía suelto? Sin embargo, no tenía excusa que ofrecer a su madre, ni a nadie a quien consultar para obtener información. Ella y Roland estaban verdaderamente estancados en el progreso de su investigación.

El anuncio de Lady Tilbury de que eran esperadas en la modista esa tarde llegó como una bendición. En la modista, las responsabilidades de Grace eran simples. Debía permanecer inmóvil mientras la vestían. No debía expresar sus opiniones sobre la moda, ni contradecir las elecciones de su madre en cuanto a telas y accesorios. Por una vez, tenía pleno permiso para dejar vagar su mente.

Había una segunda ventaja en visitar esta tienda en particular. Era un excelente lugar para mantenerse al día con las últimas noticias de la sociedad. Tarde o temprano, cada mujer de la alta sociedad pasaba por las puertas de Madame Moreau. Grace tenía razones para esperar que pudiera descubrir alguna nueva información o perspectiva, si tan solo pudiera dar con la pregunta correcta.

Sin embargo, Lady Tilbury no había planeado su salida de manera aislada. Cuando Grace y su madre llegaron a la tienda de Madame Moreau, encontraron a Lady Cresswell y Charity esperándolas en el interior.

Madame Moreau se adelantó para atender a sus clientas. Al igual que ella, su tienda era una mezcla de estilo francés y sentido práctico inglés. Rollos de seda, terciopelo y fina encaje estaban artísticamente expuestos, tentando a las clientas más exigentes. Sombreros y tocados complejos, adornados con cintas, plumas e incluso flores frescas, se posaban sobre pedestales, transformando la tienda en un verdadero jardín de maravillas de tela.

—Lady Cresswell y Lady Tilbury, siempre es un placer tenerlas aquí. Acabo de recibir un nuevo cargamento de encaje y cinta, que he apartado para que sean las primeras en verlo.

Madame Moreau condujo a las madres hacia el salón de la habitación contigua y llamó a una vendedora para que trajera el té.

Con las dos madres ocupadas, Madame Moreau invitó a las jóvenes a pasar a un probador cercano. Pesadas cortinas de terciopelo separaban un probador de otro, ofreciendo una sensación de intimidad a sus clientas. En el interior, un perchero de madera sostenía vestidos en diversas etapas de producción, listos para ser probados por Grace y Charity.

—Tómense su tiempo, señoritas —dijo la modista con un guiño—. Mantendré ocupadas a sus madres con mis nuevas llegadas.

Grace y Charity aceptaron con alegría la oportunidad de charlar libremente entre ellas. Se

mantuvieron en temas seguros como los próximos bailes y pretendientes mientras las costureras sujetaban con alfileres las cinturas, mangas y dobladillos de sus nuevos vestidos de paseo de verano. Cuando las trabajadoras terminaron su tarea, las jóvenes declinaron cortésmente sus ofrecimientos de ayuda para vestirse.

—Podemos ayudarnos mutuamente, ¿verdad? —preguntó Charity a Grace.

Las costureras hicieron una reverencia, recogieron sus alfileres y tijeras, y dejaron a las dos jóvenes solas.

Por fin a solas, Grace y Charity abordaron temas más interesantes.

—Papá dijo que te vio en la subasta de Sotheby's ayer —dijo Charity, cruzando la mirada con Grace en el espejo—. Dime, ¿qué hacías allí? ¿Ayudabas a tu padre con la adquisición de alguna de sus compras?

—En parte, sí —respondió Grace.

Bajó la voz antes de añadir:

—Eso me dio una excusa para ir. En realidad, Lord Percy me sugirió que fuera para que pudiéramos interrogar a Lord Vaughan.

—¿Y lo hicieron? ¿Allí? ¿En un espacio tan público?

—Sí, lo hicimos —respondió Grace.

Se dio la vuelta para que Charity pudiera abotonar su vestido.

—Te sorprendería lo fácil que es tener una conversación privada en medio de una multitud, especialmente durante un evento como una subasta. Todos estaban concentrados en determinar sus pujas y se interesaban poco en escuchar cualquier otra cosa.

Charity terminó el último botón y ató la cinta en la cintura.

—Entonces, ¿aprendiste algo? Debo decir que Lord Vaughan está a la cabeza de mi lista de sospechosos.

Grace hizo un gesto a Charity para que se diera la vuelta.

—También era mi principal sospechoso, nuestro único sospechoso, para ser honesta. Desafortunadamente, tenía una respuesta razonable para todas nuestras preguntas. El hombre no posee la daga robada. Estoy segura de que codiciaría tal rareza, pero no es del tipo que se rebaje al robo y al asesinato para hacer sus adquisiciones. Señaló los hábitos de juego de Prinny y cómo era una forma mucho más fácil de acceder a los objetos pertenecientes a la corona.

—Ah —dijo Charity con un suspiro—. Eso explica las cosas.

—¿Qué cosas?

Grace frunció el ceño, confundida.

—Papá dijo que tú y Lord Percy parecíais estar en medio de una conversación bastante intensa.

La mente de Grace divagó hacia su conversación con Roland. Ciertamente se habían alejado de su objetivo inicial. Grace no lo lamentaba, sin embargo. Había aliviado su corazón aprender las razones por las que Roland seguía comprometido con Charity. Aunque el resultado no cambiaba, y Roland y Charity se casarían, dejándolo fuera de su alcance, al menos ahora entendía que no lo hacía por amor. Ni siquiera por afecto. Al menos, no por afecto hacia Charity.

Él había dicho que no le haría daño a Charity, porque Charity era importante para Grace. De alguna manera, esa pequeña frase había significado el mundo para Grace. Le daba la esperanza de que encontrarían una manera de seguir siendo amigos, al menos. Suponiendo, por supuesto, que su corazón pudiera soportar estar tan cerca de él una vez que lo perdiera para siempre.

Charity se aclaró la garganta, trayendo a Grace de vuelta al presente.

—Pensé que tal vez habían discutido nuestra situación. La mía y la de Roland, quiero decir.

¿Quizás dijo algo sobre mí?

Grace se quedó inmóvil, sus dedos aún en los botones del vestido de Charity. Su falta de movimiento la traicionó tanto como cualquier palabra lo habría hecho.

—Dijo algo. ¿Tú preguntaste, o lo mencionó él por su cuenta?

Charity se movió hasta que pudo encontrarse con los ojos de Grace por encima de su hombro.

La garganta de Grace se cerró tan fuerte que ninguna palabra se atrevió a pasar. Los ojos azules de Charity se agrandaron a medida que el silencio se alargaba. Grace tragó saliva y forzó una respuesta, sorprendida ella misma por su tono uniforme.

—No, no. Solo hablamos de la investigación.

Charity se liberó del agarre de Grace en su vestido y se dio la vuelta. Agarró los brazos de Grace.

—Bajaste la mirada, Grace. ¿Por qué? ¿Qué no me estás diciendo?

Todo, y sin embargo, nada. Porque ¿qué podía decirle Grace a su más querida amiga? No traicionaría la confianza de Roland más de lo que le revelaría a él los miedos más profundos de Charity.

—¿Qué pasa, Grace? —preguntó Charity, escrutando el rostro de su amiga—. ¿Acaso... acaso quiere romper el compromiso?

—¿Qué? ¡No! —exclamó Grace, liberándose del agarre de Charity.

—Entonces, ¿qué te dijo? No temas disgustarme, Grace. Soy más fuerte de lo que parezco.

Grace no necesitaba que le recordaran la fuerza de Charity. Su amiga había sobrevivido a un secuestro, había mantenido la cabeza lo suficientemente fría como para planear un escape, e incluso había logrado maniobrar para que la propia Reina viniera en su rescate. Charity era lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a cualquier cosa que la vida le deparara.

Pero Grace ya no estaba segura de ser la misma. No soportaba la idea de estar atrapada entre Charity y Roland, viviendo con el conocimiento de que no se amaban y que solo continuaban su relación por deferencia a la pesada opinión de la alta sociedad. No importaba que nadie más en la sociedad se inmutara ante tal base para un matrimonio.

Tan pronto como Roland y Charity intercambiaran sus votos, Roland estaría fuera de su alcance. Grace necesitaba todo su coraje y toda su fuerza mental para soportar ser testigo de esa escena.

Por lo tanto, no le quedaba nada para ahora. Nada para sostenerla y poder servir de intermediaria entre los dos. Roland nunca se lo pediría. Charity no se daba cuenta de la verdadera profundidad de los crecientes sentimientos de Grace por Roland. Grace había tenido demasiado éxito en mantener ese secreto.

Una vez más, tenía que morderse la lengua y no dejar translucir ningún signo de su desesperación. Sin embargo, iba a trazar una línea.

—Charity, no puedo hablarte de mis conversaciones con Lord Percy. Ustedes dos deben aprender a hablar entre sí si quieren que su matrimonio sea un éxito.

La delicada frente de Charity se arrugó.

—No entiendo. Si te dijo algo, ¿por qué ocultármelo? ¿No soy tu más querida amiga?

—¡Por supuesto que lo eres! —se apresuró a asegurarle Grace—. Pero... bueno, supongo que Lord Percy y yo también somos amigos. De alguna manera. Tiene tan pocos conocidos aquí. Y en cuanto a mí, son pocos los que están dispuestos a hacer la vista gorda ante mis predilecciones por salirme de los caminos trillados de la sociedad.

—Entonces, te habló. ¿De más que vuestra investigación?

Grace agitó la mano para descartar la sugerencia de Charity.

—No es nada, Charity. Estoy segura de que una vez que estén más cómodos el uno con el otro, se confiará a ti. Entonces ya no me necesitará. Admítelo. No es ni de lejos el primer hombre en perder la compostura en tu presencia.

Le dirigió una amplia sonrisa a Charity, rezando para que fuera convincente.

Charity retrocedió, poniendo distancia entre ellas. Cogió su chal, su sombrero y sus guantes de la mesa.

—Debería irme. Mamá y yo tenemos que hacer visitas esta tarde.

Grace extendió la mano.

—Espera, tus botones. No había terminado.

—La vendedora puede cerrarlos.

Charity se volvió para irse, pero giró en el último momento. Miró fijamente a Grace, como si esperara que dijera algo. Pero Grace no tenía nada más que añadir. El silencio se instaló, creando un muro entre las dos amigas.

Charity dio media vuelta y se deslizó por la abertura de la cortina, dejando a Grace atrás. Grace se desplomó en la silla más cercana, como siempre, descuidada de los pliegues o de su postura. Tiró del cuello de su vestido, luchando contra la sensación de estrechez en su cuello y garganta.

Su madre la encontró así unos minutos más tarde. Asomó la cabeza alrededor de la cortina y frunció el ceño al ver a su hija.

—¡Grace! ¡Dios mío! ¡Mira en qué estado estás!

Grace se puso de pie de un salto y se apresuró hacia ella.

—Lo siento, mamá. Estaba perdida en mis pensamientos...

—¡Ya lo veo! ¿Dónde están tus guantes y tu sombrero? ¿Qué has hecho con tu chal? ¿Y tus botines? ¿Te los has quitado?

Lady Tilbury empujó a Grace más adentro del salón de pruebas.

—Elsie está esperando cerca del carruaje. La enviaré para que te arregle.

Su madre desapareció en un susurro de faldas. Grace se secó la frente y se sorprendió al encontrarla seca. Hacía tanto calor y estaba tan sofocante, y todo parecía demasiado apretado e irritante contra su piel. Se adentró más en la habitación, esperando encontrar una corriente de aire proveniente de la cortina del otro lado. Se detuvo en seco al escuchar una voz familiar que venía de la habitación contigua.

—Madame Moreau, ¿está segura de que está todo ahí? —preguntó una mujer.

—Sí, señora. He revisado los paquetes yo misma —respondió la modista con su inglés fuertemente acentuado.

Grace puso un dedo en el borde de la cortina y la apartó lo mínimo para echar un vistazo. Tal como pensaba. Lady Fitzroy estaba de espaldas a Grace, su brillante cabello rubio tan reconocible como su voz.

La viuda puso sus manos en las caderas.

—Debemos partir sin demora si queremos llegar a tiempo para nuestro embarque. Lark está esperando en el carruaje.

—Entiendo, señora. Es por eso que he verificado personalmente cada artículo antes de empaquetarlos en los baúles que usted envió. Hay nuevos guardarropas para ambas, como lo solicitó.

Lady Fitzroy levantó la barbilla.

—Muy bien. Llame a mis lacayos. Dígales que pueden cargar los baúles en el carruaje.

Madame Moreau se fue a ejecutar las órdenes de Lady Fitzroy. Grace no podía adivinar por qué la viuda se había quedado atrás. Pero entonces Lady Fitzroy se precipitó hacia la cortina que conducía a la parte delantera de la tienda. La del lado opuesto a donde estaba Grace. Lady Fitzroy verificó que no hubiera nadie más alrededor, luego se apresuró hacia la pila de baúles. Abrió el primero y retrocedió para alcanzar algo en su bolsillo.

Su mano sacó una daga dorada incrustada con rubíes y diamantes centelleantes. Una daga invaluable que pertenecía al Príncipe Regente de Inglaterra.

Grace apretó los puños y se llevó uno a la boca para evitar decir una palabra. Con los ojos muy abiertos, vio a Lady Fitzroy deslizar la daga entre dos vestidos y luego cerrar el baúl.

Lady Fitzroy tenía la daga robada y, según lo que había dicho, debía abandonar las costas inglesas esa misma noche. Grace estaba allí, abajo, en un salón de pruebas de la modista. No había ayuda a la vista, ni siquiera Charity.

21



—Es extraño. Nunca te había visto rendirte antes —le dijo Thorne.

—No es del todo justo. Hemos estado dando vueltas desde esta mañana, tratando de encontrar una pista que no haya sido explorada. Todo lo que abordamos se desmorona como cenizas.

La expresión de Roland era sombría mientras sostenía su taza, cuyo contenido se enfriaba, intacto.

—Por lo tanto, me veo obligado a considerar la posibilidad de que esta batalla esté perdida. Quienquiera que sea, el ladrón y asesino se nos ha escapado realmente.

—No puedes perder la esperanza ahora. Debe haber algo que se nos haya escapado.

Thorne tamborileó con los dedos sobre la mesa, pensativo. Luego, bruscamente, se detuvo, como si le hubiera golpeado una idea.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Roland.

—Es posible que tú mismo hayas enunciado la última pieza del rompecabezas. El ladrón *y* asesino. Hemos supuesto que buscábamos a una sola persona porque el regalo del embajador estaba en el mismo lugar que el cuerpo, pero ¿y si hubiera un cómplice?

—Podría tener sentido.

Se reclinó hacia atrás, pasando ambas manos por su cabello por frustración.

—Por otro lado, esto vuelve a poner a todos los sospechosos en la lista.

—Solo por ahora —aseguró Thorne a Roland—. Algo durante el evento se nos pasó por alto. Algo que no pensábamos, entonces, que debíamos preguntar. Tenemos que volver al principio, a la noche del robo, e interrogar a los sirvientes sobre lo que pudieron haber observado además.

—Sugieres que debemos volver al palacio —murmuró Roland.

—Sí. Si es posible, deberíamos solicitar una cita para hablar con los lacayos y el mayordomo hoy. Con suerte, podrán concedernos tiempo.

—Debemos averiguarlo, pero supongo que la Reina, al menos, los habrá instado a atender nuestras necesidades.

Llamando a Albert, Roland redactó rápidamente una nota, solicitando un momento oportuno para reunirse con el mayordomo y algunos lacayos, y la envió con Wes.

Con esto, subió las escaleras para vestirse para una aparición en el palacio, anticipando una respuesta rápida. Cambiando su ropa cómoda por unos pantalones y una camisa de lino fino con cuello alto, se afanó en la elección de su corbata hasta que Thorne finalmente intervino para ayudarlo.

—Déjame ayudarte —dijo Thorne con irritación, eligiendo una seda gris claro.

Con unos cuantos movimientos hábiles, Thorne la ató en un nudo simple. Limpio y apropiado para el día sin ser ostentoso.

—Realmente no necesitas ayudarme con esto —le dijo Roland, encontrándose con la mirada de Thorne—. Puedo atar mi corbata.

—Te tomaría el doble de tiempo y te agitarías el triple —dijo Thorne secamente—. Además, sabes que no me molesta.

—Espero que me lo dijeras si fuera así —dijo él, y Thorne frunció el ceño.

Para cuando la levita fue ajustada sobre sus hombros, Wes había regresado con una respuesta. El mayordomo estaría encantado de reunirse con el conde Percy a su conveniencia, en cualquier momento a principios de la tarde.

—Perfecto —dijo Roland, bajando las escaleras mientras se dirigían hacia el establo—. Veamos si podemos encontrar la pieza que falta, Thorne.

~

Los muros de ladrillo rojo y las estrechas ventanas del Palacio de St. James habían sido diseñados menos para la elegancia que para la fortificación. Casi parecía que la vieja estructura Tudor se acuclillaba de manera imponente detrás del cuerpo de guardia y los patios, guardando secretos detrás de sus ojos en forma de rendija.

Pero no había nada secreto o imponente en el personal, que era la viva imagen de la obsequiosidad. En apenas unos minutos después de su llegada y de ser instalado en una sala privada, el mayordomo se apresuró a unirse a ellos.

—Gracias por recibirme tan prontamente —comenzó Roland—. Entiendo que está al tanto de la naturaleza de mi visita.

—Por supuesto, conde Percy —dijo el mayordomo inclinando la cabeza—. ¿Tiene más preguntas para mí y algunos miembros del personal con respecto a la noche en que el guardia fue asesinado en la sala del trono?

—Sí —dijo Roland, preguntándose exactamente cómo empezar.

Tenía que haber algo que desentrañar.

—Necesito hablar con todos los lacayos que estaban cerca de las salas de refrigerio, la sala del trono y el comedor.

Asintiendo, el mayordomo puso inmediatamente las cosas en marcha. En un cuarto de hora, cinco lacayos se unieron a ellos en la habitación. Aunque Thorne se mantenía despreocupadamente detrás de él, la piel entre sus omóplatos le picaba. Al igual que él, Thorne estaba en máxima alerta, estudiando a los hombres para detectar cualquier signo de nerviosismo.

Entre los cinco, uno de ellos era el lacayo que Roland había enviado a buscar a la Reina. Era el lacayo asignado a estar cerca de los salones privados, justo en la esquina del pasillo donde el guardia había sido asesinado.

Tan buen lugar como cualquier otro para empezar, resolvió, volviéndose hacia el hombre.

—¿Está absolutamente seguro de que los invitados que utilizaron los salones privados no usaron los pasillos de servicio adyacentes?

—No lo creo, señor. Sir Julian... él era el único que podría haberlo hecho —dijo brevemente el hombre, y Roland asintió para animarle a continuar.

Él y Thorne conocían esta salida desde el principio.

—Sir Julian estaba... bueno, ocupado, por lo que se podía oír.

Probablemente lidiando con una dispepsia, y de una manera que el sirviente había escuchado.

Dejando el tema, Roland pasó a la siguiente posibilidad.

—¿Qué hay de los salones de las damas? —le preguntó Roland, pues recordaba que se encontraban al final del pasillo y al otro lado del corredor respecto a los salones de los caballeros.

Pero el lacayo negó con la cabeza.

—Los salones de las damas no tienen acceso para el servicio, y como le dije a Sir David, solo Lady Fitzroy y Lady Grace Tilbury los utilizaron durante ese tiempo.

—Sí, recuerdo que también le dijo que Lady Fitzroy había dejado caer su abanico —dijo Roland, aferrándose a un hilo de esperanza—. ¿Lady Fitzroy se encontró con alguien más mientras estaba fuera?

—Intercambió unas palabras con Lady Grace por un momento mientras se dirigía al salón privado.

—¿Mientras se dirigía *al* salón? ¿Está seguro?

El hombre asintió, y Roland frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo pasó entre ese momento y cuando le pedí que buscara a la Reina?

—¿Tal vez diez minutos, Lord Percy? —reflexionó el hombre, frunciendo el ceño—. O quizás cerca de un cuarto de hora.

Si Grace había dejado la habitación antes que Lady Fitzroy, entonces Lady Fitzroy no podría haber cometido el asesinato. El acto ya se había perpetrado en ese momento. Pero no se descartaba que pudiera haber servido como distracción de alguna otra manera.

—Y Lady Fitzroy volvió a la cena antes de que yo fuera a buscarle —confirmó Roland—. Háblame de su abanico. ¿Lo dejó caer delante de usted?

—No, señor. Debió deslizarse de su muñeca mientras salía del salón de las damas, y se dio cuenta de que le faltaba justo antes de doblar la esquina para volver al comedor. Me llamó y me pidió que fuera a buscárselo.

Thorne se aclaró suavemente la garganta. El sonido era apenas audible, pero Roland percibió su interés. Ella había pedido al lacayo que realizara una acción que lo desviaría de su observación. En la esquina del pasillo había una gran maceta. Era concebible que alguien pudiera utilizarla como punto para dejar algo pequeño que otra persona recogería. Pero por otro lado, quizás solo fuera una coincidencia.

Sin embargo, si había calculado bien el momento, Lady Fitzroy había perdido su abanico, enviado al lacayo a buscarlo y había vuelto a la cena justo cuando Grace y Roland se encontraban en la sala del trono, descubriendo el cuerpo.

Algo en su sincronización era sospechoso, y Roland no lograba discernir completamente la forma. Si ella hubiera estado presente unos instantes más tarde, o si Roland hubiera dejado la sala del trono antes, se habrían visto el uno al otro.

—Hablemos de lo que ocurrió antes de las visitas de Lady Grace y Lady Fitzroy. Desde donde estaba apostado, podía observar a cada caballero cuando se acercaba a la esquina cerca de la sala del trono. ¿Es correcto? ¿Y sabría si no volvían en esa dirección?

El lacayo dudó brevemente.

—Eso es en gran parte correcto. Pero... Sir David Green no vino de la dirección de la sala del trono y el comedor, como los demás, cuando llegó a donde yo estaba apostado.

Roland frunció el ceño.

—¿Le pareció curioso?

—No, Lord Percy. Si recorre la longitud de este pasillo, da la vuelta a gran parte del nivel principal del palacio. Sir David estaría familiarizado con este hecho. Simplemente significaba

que había tomado el pasillo en la otra dirección mientras atendía sus asuntos.

Satisfecho, Roland lo dejó pasar.

—¿Alguien más pasó en su dirección por el pasillo durante la cena? ¿Otros sirvientes, quizás?

—Solo Bailey, aquí presente, señor, mientras venía de las oficinas del jefe de la guardia. Están a cierta distancia de las salas de refrigerio.

Roland giró la cabeza hacia el lacayo llamado Bailey, que estaba de pie con las manos educadamente cruzadas a la espalda.

—¿Entonces usted no estaba apostado cerca de la cena en sí?

—Sí, señor, fui enviado para solicitar la presencia de Sir David lo antes posible, pero no me demoré en los pasillos, y no sé si puedo ser de gran ayuda. Transmití mi mensaje y regresé de inmediato.

—¿Lo escoltó hasta su destino?

—No, señor. Estaba en medio de la cena y me dijo que vendría pronto.

Sir David había sido llamado por un lacayo al principio de la cena - Roland recordaba que Thorne lo había mencionado.

—¿No notó nada anormal en los pasillos?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Recuerda si el guardia seguía de servicio frente a la sala del trono?

—Sí, señor. Estaba allí y se mantenía en posición de firmes las dos veces que pasé frente a él —confirmó Bailey.

—¿Recuerda exactamente cuándo fue a buscar a Sir David?

—Lo siento, no puedo ser del todo preciso... pero fue algún tiempo después de que se sirviera el plato principal. Los platos aún estaban en la mesa.

Al menos, sabían que el guardia no podía haber estado muerto antes de ese momento. Roland se preguntó si Sir David había notado si el guardia estaba allí cuando pasó. Debió haberlo hecho, razonó, ya que el hombre seguramente lo habría notado o mencionado.

—¿Quién buscaba a Sir David? —preguntó luego Roland—. ¿Quién lo envió?

—El capitán de la guardia, Lord Percy —dijo el lacayo—. Yo estaba apostado cerca de la oficina.

—Supongo que no sabe por qué el capitán buscaba a Sir David, ¿verdad? —preguntó a continuación, pero el hombre negó con la cabeza.

—Lo siento. Todo lo que sé es que alguien había llegado al puesto de guardia preguntando por él.

Echando un vistazo por encima del hombro, Roland notó los ojos ligeramente entrecerrados de Thorne. Tenía la sensación más desagradable de haber encontrado por fin el hilo suelto en el tapiz del misterio, y no le gustaba lo que eso indicaba. Con suerte, habría más.

Se volvió hacia el mayordomo y los lacayos.

—Gracias por su ayuda. ¿Sería posible que solicitara un momento al capitán? Tengo algunas preguntas que hacerle.

El mayordomo inclinó su cabeza canosa, despidiendo a los lacayos a sus tareas.

—Por supuesto, Lord Percy. Haré que lo llamen de inmediato.

22



Grace dio media vuelta, con los brazos extendidos. Escudriñaba la habitación, buscando frenéticamente a alguien, cualquiera, que pudiera ayudarla. Necesitaba descubrir adónde iba Lady Fitzroy, o al menos, de dónde zarparía su barco. Pero Grace no podía simplemente entrar en la habitación contigua y hacer preguntas. Lady Fitzroy estaría más inclinada a dispararle que a responder sus preguntas, especialmente considerando que tenía una daga robada de valor incalculable en su baúl.

Grace tenía que encontrar a Roland. Él encontraría una manera de detenerla. Tenía contactos en el ejército. Si eso no funcionaba, podrían ir juntos a ver a la Reina y contarle todo.

La mirada errante de Grace se posó en sus botines de cabritilla. Se sentó en un sillón y se los puso. Casi había terminado de atarse los zapatos cuando Elsie entró para ayudarla. Le hizo señas a Elsie para que se acercara.

—Tengo que ir a ver a Roland. Lady Fitzroy tiene la daga y planea huir del país —susurró Grace.

Una serie de emociones cruzaron el rostro de Elsie: shock, confusión, horror. Pero no preguntó cómo Grace había obtenido esta información, ni si había alguna posibilidad de que Grace estuviera equivocada. Sus rasgos se congelaron en una expresión de obediencia.

—¿Qué quiere que haga?

—Sus baúles están siendo cargados en el coche. Intente averiguar adónde van. Pero sea discreta —añadió Grace—. No se ponga en peligro.

—¿Y usted? ¿Su madre? ¿Cómo se lo explicará?

La boca de Grace se crispó. Su madre haría demasiadas preguntas, retrasándola justo cuando necesitaba apresurarse. Su madre estaría absolutamente furiosa, pero no había otra opción. Grace tenía que ir sola.

—Me escabulliré por detrás y tomaré un coche de alquiler para que me lleve a casa de Roland. Dígale a mi madre que me había ido cuando usted llegó. Si puede averiguar adónde se dirige Lady Fitzroy, ofrezca ir a buscarme para traernos la información. Le diré a Thorne que se quede atrás para esperarla.

Elsie se retorcía las manos, pero una vez más, no discutió. Cuando Grace se disponía a partir, Elsie extendió la mano para detenerla.

—Necesitará dinero para el coche, señorita.

Hurgó en su bolsillo y sacó algunas monedas.

Grace aceptó su oferta, nunca tan agradecida por la lealtad de su doncella.

—Se lo devolveré todo. Se lo prometo.

Con eso, deslizó las monedas en su bolsillo, agarró sus guantes y su sombrero, y se apresuró hacia la parte trasera de la tienda.

La tienda daba a un callejón estrecho sumido en una sombra perpetua debido a los altos edificios a cada lado. Grace se levantó la falda y se escabulló entre los montones de basura que se habían acumulado detrás de las tiendas y cafés, pero no se preocupó por los charcos. Arruinar sus zapatos era la menor de sus preocupaciones.

La fortuna le sonrió. Un coche de alquiler se detuvo justo cuando llegaba al final del callejón. Esperó a que el pasajero bajara y se alejara antes de llamar al cochero.

—Grosvenor Square, lo más rápido posible —ordenó antes de dar la dirección completa de Roland.

El cochero le lanzó una mirada sospechosa, curioso de ver a una joven dama ir sola allí. Grace sacó una moneda de su bolsillo y se la lanzó. El dinero fue suficiente para convencerlo de mantener la boca cerrada.

Sin embargo, su reacción sirvió de advertencia a Grace. Cerró las cortinas para ocultar su rostro de las miradas de los transeúntes. Era sacudida y zarandeada con cada bache de las ruedas del coche. El asiento barato y rasgado no ofrecía ningún confort. Grace apretó los dientes y concentró su mente en su tarea. Ir a casa de Roland. Decirle lo que había visto. Ir con él a detener a Lady Fitzroy.

El coche se detuvo frente a la puerta de entrada de Roland. Grace se cubrió la cabeza con el chal hasta que ocultó su rostro. No esperó a que alguien la ayudara a bajar. Echando la precaución y la dignidad al viento, bajó precipitadamente los estrechos escalones, agradeciendo al cielo no tropezar con su falda. Se apresuró a subir los escalones del pórtico y golpeó con la pesada aldaba de latón.

Los golpes resonaron dentro de la casa de la ciudad, pero nadie respondió. Grace no podía quedarse en el umbral, donde cualquiera podría verla. Roland seguramente entendería. Probó el picaporte y lo encontró sin llave. Se deslizó dentro.

Un hombre apareció al otro extremo del pasillo, su cabello de un blanco brillante como un fantasma en el oscuro vestíbulo. Se acercó, su rostro sereno nunca cambiando, a pesar de la extraña mujer que estaba en el vestíbulo de entrada de Lord Percy. Su traje estaba impecablemente planchado, y su comportamiento imperturbable.

—¿Puedo ayudarla?

—Necesito a Roland... Lord Percy, ¿o el señor Thorne? —soltó Grace—. Soy Lady...

—Lady Grace —dijo el hombre—. Lord Percy ha hablado de usted. Soy Albert Archer, el mayordomo del señor.

El corazón de Grace se desaceleró lo suficiente para que recuperara el aliento.

—¡Oh, gracias a Dios! ¿Está aquí? ¿Puede llevarme con él?

—Lo lamento terriblemente, pero él y el señor Thorne han salido.

Grace no se desanimó.

—¿Cuándo volverán? ¿Adónde fueron?

—No estoy seguro. Solicitaron una entrevista con el mayordomo en Saint James. No me dijeron cuándo esperar su regreso.

Más preguntas surgieron espontáneamente en la mente de Grace. ¿Cuánto tiempo hacía que Roland se había ido? ¿Dónde más podría estar? ¿Debería ir al palacio e intentar encontrarlo allí?

Aunque válidas, eran preguntas que no le ayudarían ahora. Tenía que detener a Lady Fitzroy, y cada momento de retraso aumentaba las posibilidades de que abandonara Inglaterra antes de que pudieran atraparla. Grace necesitaba pruebas de la culpabilidad de la duquesa viuda. Desde

el principio, había estado segura de que Lady Fitzroy estaba involucrada de alguna manera, pero nadie le había creído. Si irrumpía en el palacio sola, haciendo declaraciones extravagantes, la Reina podría no escucharla. ¿Y entonces qué?

Grace era reacia a admitirlo, pero necesitaba el apoyo de alguien más si quería convencer a la Reina de actuar. Roland la creería, de eso estaba segura. Pero como no estaba disponible, no tenía idea a quién recurrir a continuación.

—Señora —dijo Albert en un tono suave—. Por favor, permítame ayudarla si puedo. El señor no querría que usted corriera sola por Londres.

Indicó la puerta más cercana y esperó a que Grace entrara.

Grace se encontró en un salón. Al igual que el comedor que había visto en su última visita, este también estaba medio amueblado. Ahora, sin embargo, la decoración era la menor de sus preocupaciones. Se dirigió al sillón más cercano y se sentó en el borde del asiento, lista para moverse tan pronto como decidiera qué dirección tomar.

El mayordomo la siguió a la habitación y se colocó en un lugar donde ella pudiera ver su rostro, pero lo suficientemente lejos como para no dominarla. Juntó las manos detrás de su espalda y se mantuvo listo para recibir sus órdenes.

Pero, ¿por dónde empezar? ¿Qué sabía el mayordomo de su tarea actual? Debía estar al tanto de una parte, ya que la había reconocido fácilmente y no había hecho preguntas sobre por qué había irrumpido en la casa de Roland. Grace decidió ir directo al meollo del asunto.

—Lady Fitzroy se prepara para huir del país. Tiene en su posesión la daga robada del Príncipe Regente. La vi con ella; no es una suposición de mi parte. Necesito la ayuda de Roland para detenerla antes de que pueda escapar.

El mayordomo no pestañeó ante su declaración.

—Sí, entiendo la urgencia. Enviaré a los niños a buscar a Lord Percy.

—Gracias —dijo Grace, y lo decía sinceramente.

Aunque el hombre solo estaba haciendo su trabajo, ella le agradecía que no cuestionara la veracidad de sus palabras. Las tomaba como hechos y actuaba en consecuencia.

—¿Desea esperar aquí, señora?

El estómago de Grace se retorció ante la idea de permanecer inactiva. Se removió en su asiento, la energía nerviosa impidiéndole esperar cómodamente. Había demasiadas incertidumbres en juego, pero la más grande era cuán rápido los niños podrían localizar a Roland. Presionó una mano contra su frente y ordenó a su mente calmarse lo suficiente para dejar que la lógica tomara el control.

La lista de personas al tanto de la situación era corta: Roland y Thorne, que estaban ocupados en otra parte, Charity, que no podía ayudarla ahora, la Reina Charlotte, que podría no escucharla. Grace necesitaba poder e importancia, alguien que no asumiera que sus experiencias pasadas con Lady Fitzroy influían en sus pensamientos actuales.

Un nombre le vino a la mente. Sir David Green. Roland había mostrado un alto nivel de confianza en este hombre. El ex comandante militar ciertamente tenía la autoridad necesaria para enviar soldados tras el carruaje de los Fitzroy.

—Sir David Green... ¿tendría por casualidad su dirección? —preguntó.

—Una elección acertada, señora. Y sí, la tengo. Si me permite un momento, pediré a los niños que enganchen los caballos al coche y yo mismo la llevaré.

—Gracias, pero eso tomaría demasiado tiempo. Si puede ayudarme a llamar un coche de alquiler y darle la dirección al cochero, partiré de inmediato. Los Brotes podrán salir a buscar a Lord Percy con mayor rapidez.

—Por supuesto. Me aseguraré de que Wes transmita el mensaje de su destino y lo que ha averiguado.

Solo tomó unos minutos explicar la importancia de su misión al muchacho. Wes se mantuvo erguido frente a ella, ansioso por hacer su parte. Si tenía miedo de cruzar Londres solo, no lo demostraba. Era probable que no sintiera ningún temor. Después de todo, los niños habían sobrevivido en las calles durante algún tiempo.

Antes de subir al coche de alquiler, Grace le pidió al mayordomo que estuviera atento a la llegada de Elsie. Aprovechó el viaje en coche para ordenar sus pensamientos. A diferencia de Roland, tendría que ofrecer un mínimo de explicaciones. De hecho, ni siquiera estaba segura de que Sir David Green estuviera al tanto de su participación. Se negó a considerar que él tampoco pudiera estar en casa. Se decía que la fortuna favorecía a los audaces. Hoy, esa era Grace.

El cochero llevó a Grace a un barrio de Londres que nunca había visitado antes. Las casas eran menos grandiosas que las cercanas a la suya, pero las flores que florecían en las jardineras proclamaban cierto orgullo de propiedad. Los temores de Grace de ser reconocida se desvanecieron. Estas no eran las residencias de familias que podían permitirse el costo de una temporada londinense, por respetables que fueran.

Un mayordomo abrió la puerta y sus ojos se abrieron de par en par al encontrar a una joven dama sola en el umbral.

—¿Puedo hablar con Sir David Green? —preguntó Grace, con su tono más altivo—. Es sobre un asunto urgente.

El mayordomo la hizo pasar y se apresuró a verificar con su amo. Regresó un minuto después y la condujo sin demora al despacho de Sir David. Ella reconoció a Sir David Green, habiéndolo visto la noche de la cena de Estado, aunque no había hablado con él.

El antiguo comandante de Roland estaba sentado detrás de un vasto escritorio de caoba que dominaba su tenuemente iluminado despacho. Su cabello, prematuramente veteado de gris debido a sus campañas militares, estaba cuidadosamente peinado hacia atrás. Su postura era impecablemente erguida, probablemente un vestigio de su porte militar, y vestía una chaqueta azul oscuro, no muy diferente a la de su antiguo regimiento, con sutiles botones de latón pulido.

Estanterías de roble cubrían las paredes, pero fue el gran mapa detallado de la península ibérica, salpicado de anotaciones y lugares de batallas de la guerra peninsular, lo que captó la atención de Grace. Cerca, una vitrina exhibía varias condecoraciones militares, y un sable bien pulido con una empuñadura de diseño intrincado ocupaba un lugar destacado.

Aunque no habían sido presentados, sus ojos se iluminaron con un atisbo de reconocimiento, aunque no parecía poder ubicarla. La expresión solemne en su rostro fue suficiente para que decidiera despedir al mayordomo y ofrecerle una silla.

—Sir David, me llamo Lady Grace Tilbury. Asistí a Lord Percy en el asunto de la daga robada.

Grace tomó una profunda inspiración y continuó.

—Conozco la identidad del ladrón y del asesino. Necesito su ayuda para verlos capturados y llevados ante la justicia.

23

El capitán de la guardia se acercaba al final de la treintena, emanando un aura de educación noble, pero atemperada por la actitud austera de un hombre de servicio. Había tardado casi veinte minutos en aparecer cuando se le convocó, dejando a Roland intentando no inquietarse mientras esperaban en la habitación vacía.

—Le ruego me disculpe por mi tardanza, Lord Percy —dijo el hombre, con solo un rastro de su acento irlandés coloreando sus palabras.

Se mantenía en posición de firmes después de haber hecho una ligera reverencia a Roland.

—Estaba patrullando los jardines cuando el criado vino a buscarme.

—No tiene que disculparse conmigo por cumplir con su deber —dijo Roland con un asentimiento, y el capitán inclinó la cabeza con gracia—. Simplemente quería discutir con usted algunos de los eventos que ocurrieron la noche de la cena de Estado del embajador. Por favor, capitán O'Neil, tome asiento.

El capitán se ajustó la chaqueta y se acomodó en el sillón indicado.

—Por supuesto. Estoy a su servicio, señor.

El capitán no parecía incómodo o consternado por la presencia de Roland, pero había una pesadez en él que no estaba allí un momento antes. Llevaba la carga del guardia que había caído bajo su vigilancia, y Roland lo respetaba por ello.

—Permítame también expresar mis más sinceras condolencias por la pérdida de su hombre, capitán.

—Sus palabras son apreciadas, Lord Percy —respondió el hombre, sus hombros elevándose ligeramente—. El sargento Richardson era un buen hombre y un buen soldado. Todos lamentamos que haya caído de esta manera.

Roland reflexionó sobre la mejor manera de empezar, y finalmente, optó por la franqueza. No creía realmente que el capitán de la guardia pudiera ser un sospechoso.

—¿Ocurrió algo anormal esa noche antes de que le informaran del asesinato del sargento Richardson en la sala del trono?

Para su crédito, el capitán consideró esta pregunta seriamente, frunciendo el ceño mientras repasaba la velada.

—No, Lord Percy. No que yo sepa. Ninguno de los otros guardias encontró dificultades o visitantes extraños. No vi nada inusual durante las rondas que realicé, y la velada fue por lo demás tranquila.

—Entiendo, sin embargo, que usted envió a un criado llamado Bailey para buscar a Sir David Green en la cena.

—Sí, eso es correcto.

Estudiando al capitán, Roland notó que O'Neil no parecía preocupado de ninguna manera.

—¿Por qué lo mandó buscar?

—El señor Green apareció durante el evento.

O'Neil apretó los puños, el único signo de su incomodidad al relatar los detalles de la historia.

—El joven parecía alterado, y suplicó que lo dejaran entrar para ver a su padre.

—Curioso. ¿Dijo por qué?

—No directamente, señor. Simplemente dijo que había recibido noticias, y que era urgente. El señor Green mencionó que Sir David le había dado instrucciones de venir al palacio e informarle inmediatamente si estas noticias llegaban durante la velada.

Frunciendo el ceño, Roland consideró esto.

—Supongo que lo dejó entrar.

—Por supuesto —dijo el capitán O'Neil, enderezándose.

—¿Y luego, qué pasó? —le animó Roland.

—Lo envié a esperar en una habitación privada cerca de las oficinas y luego envié a Bailey para informar a Sir David que se reuniera conmigo, por discreción.

Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar en la cabeza de Roland, y se esforzó por controlar la expresión de su rostro.

—Gracias por su ayuda, capitán. ¿Sabe aproximadamente a qué hora se fue el señor Green?

O'Neil no lo pensó mucho.

—Fue justo después de las once, porque recuerdo el sonido de las campanas.

Roland se puso de pie.

—No deseo apartarlo de sus deberes durante un período indebidamente largo. Que tenga una buena tarde, capitán.

—Igualmente, Lord Percy. Le deseo buena suerte para encontrar al hombre responsable de nuestra pérdida.

A esto, Roland no pudo formular mucha respuesta, ya que temía haber encontrado finalmente al hombre. Se sentó de nuevo en la habitación vacía, pensando intensamente. Sin duda, debía estar calculando mal las cosas.

Se quedó sentado tanto tiempo que Thorne entró en la habitación para ver qué andaba mal.

—¿Lord Percy? —dijo, adoptando la voz formal con la que se dirigía a Roland en público—. ¿Ocurre algo?

—El señor Green estaba en el lugar la noche del asesinato —comenzó lentamente Roland—. Su llegada es lo que impulsó al capitán de la guardia a mandar buscar a Sir David poco antes de las once.

La comprensión se filtró lentamente en el rostro solemne de Thorne, haciéndole perder un poco de color.

—Usted cree que uno de los dos hombres es el asesino, ya sea Sir David o su hijo.

—No creo que el agua esté tan turbia. De los dos hombres, ¿a quién cree capaz de manejar un cuchillo de caza?

—Sir David Green —dijo Thorne con un pequeño suspiro, bajando la voz—. El que tiene un pasado militar, que estaría más familiarizado con el uso de un cuchillo para matar.

Hizo una pausa, considerando más la cuestión. Luego añadió:

—Aquel contra el que el guardia no habría luchado, sin esperar el ataque.

El rostro de Roland se crispó de angustia.

—Sí. Esa es la conclusión a la que yo también he llegado. No puedo estar seguro de la

culpabilidad de su hijo, pero creo que como mínimo, David le pidió a Matthew que viniera al palacio y sirviera de excusa para que él pudiera dejar la mesa.

—Pero... ¿por qué, Roland?

Aunque había tenido menos interacciones que Roland con Sir David, Thorne había confiado y respetado a su superior, considerándolo completamente capaz. También era un duro golpe para su estima del hombre.

—¿Por qué robaría la corona y mataría a un guardia? No tiene ningún sentido.

—No puedo imaginarlo —respondió Roland primero, sintiendo un entumecimiento instalarse en sus extremidades—. A menos que... tal vez estuviera desesperado de alguna manera.

Otra pieza del rompecabezas encajó en su lugar.

—Thorne, ¿recuerda cómo Fitzroy me dirigió hacia Matthew como alguien que podría saber quién frecuentaba los antros de juego?

Thorne asintió.

—Sí. Sospecha que Matthew podría haber tenido un problema con el juego.

—Sería la secuencia lógica. Durante el desfile, David mencionó que había regresado a Londres para ocuparse de asuntos financieros. Y estaba casi apoplético al descubrir que su hijo estaba en el Scarlet Jack la noche del incendio. Pensé que era ira por el riesgo a su persona, pero ¿y si fue porque acababa de resolver el problema de las deudas de Matthew?

Thorne asintió, pellizcándose el puente de la nariz.

—El incendio comenzó en la oficina trasera del Scarlet Jack. El fuego sería un método conveniente para deshacerse de un registro de deudas.

Sus ojos revolotearon bajo sus párpados.

—Y tiene el arma del crimen en su posesión. Contó con que le creeríamos cuando dijo que no había marca de fabricante. Ninguna forma de incriminarlo como propietario.

Roland se cubrió el rostro con las manos, respirando a través del dolor de haber sido engañado. Sir David había sido como un padre para él después de dejar Northumberland. Que fuera cómplice de un crimen tan terrible le carcomía el alma.

—Podríamos flagelarnos hasta que caigan las estrellas —dijo, resuelto a poner las cosas en orden—. Pero hay acciones que debemos emprender con premura. Hemos revelado nuestro juego al hablar con el capitán de la guardia y la noticia de nuestra visita le llegará, tarde o temprano. Es solo cuestión de tiempo antes de que ate los últimos cabos sueltos.

—¿Por dónde quiere que empiece? —le preguntó Thorne.

—Quiero que encuentre al propietario del Scarlet Jack. Las pruebas tangibles pueden haber desaparecido, pero por ahora, las pruebas circunstanciales permanecen. Vea si el hombre recuerda a Matthew Green. Me sorprendería que el dueño de un antro de juego no recordara quién estaba entre sus deudores. Descubra también si sabe si esas deudas fueron pagadas, y por quién. Es probable que encontremos una conexión, y deseo descubrirla antes de que el propietario del Scarlet Jack sea víctima de un desafortunado accidente.

—De inmediato —le dijo Thorne.

Una vez dicho lo necesario, los dos hombres dejaron el palacio y volvieron a sus caballos. Ya montado, Roland presionó sus talones contra los flancos de Arion para indicar un trote rápido, y Caballo —la montura de Thorne— levantó la cabeza uniéndose al espíritu de un buen entrenamiento.

—Encuéntreme en casa tan pronto como tenga noticias —le dijo a su hombre, y con una velocidad prudente, retomó el camino a casa.

Para caminar de un lado a otro. Para esperar. Para escribir una carta urgente a Grace,

informándole de las noticias.

Pero mientras subía por las calles hacia Grosvenor y su casa de la ciudad, vislumbró a un duende familiar que corría a pie en dirección opuesta, hacia el palacio. Haciendo girar a Arion, llamó al chico.

—¡Wes!

—¡Lord Percy!

El chico disminuyó la velocidad hasta detenerse, apenas sin aliento.

—Iba a buscarlo.

—Y me has encontrado —dijo Roland con una pequeña sonrisa para no intimidar al niño—. ¿Cuál es el problema?

—Lady Grace... pasó por la casa. Dijo...

Sus cejas se fruncieron mientras trataba de recordar sus palabras exactas.

—«Lady Fitzroy tenía la daga».

¿Lady Fitzroy tenía la daga del embajador? Roland se puso rígido tratando de encajar esta nueva información en el contexto de sus pensamientos, y Arion bailó debajo de él ante el cambio en su postura. El chico extendió la mano para sostener la cabeza del caballo, acariciando su hocico para calmarlo.

—¿Grace sigue esperando en casa? —le preguntó a Wes.

Debían ser las deudas, razonó. Tal vez las deudas de Matthew eran la forma en que Lady Fitzroy había doblegado a David a su voluntad.

El chico negó con la cabeza.

—Cuando descubrió que ni usted ni el señor Thorne estaban en casa, le dijo a Albert que no podía esperar. Lady Fitzroy se estaba preparando para dejar la ciudad, y necesitaba encontrar ayuda para detenerla.

Un terror repentino le atenazó las entrañas, y aunque no era profundamente religioso, se sorprendió a sí mismo pronunciando una oración silenciosa.

—Wes, ¿adónde fue? ¿Dónde iba Grace a buscar ayuda?

El chico lo miró de reojo, viendo la alarma de Roland.

—Dijo que iba a ver a Sir David Green para obtener ayuda para movilizar a la guardia para interceptarla, Lord Percy.

Con la guerra en Francia, era poco probable que Lady Fitzroy se dirigiera hacia Francia. Roland se maldijo, pensando en el encuentro «fortuito» de Peregrine con el embajador. Tenía Europa en su mira. Se dirigiría hacia el este, hacia Hamburgo o Lübeck, tal vez incluso Suecia. El puerto más cercano para los barcos que iban en esa dirección era Gravesend.

Su corazón vaciló en su pecho, y Roland apenas pudo jadear instrucciones al chico.

—¡Vuelve a casa! —le ordenó al chico—. Alerta a Albert y envíalo a buscar al capitán de la Guardia en el palacio. Dile que movilice a la guardia. Deben apresurarse a interceptar a la familia Fitzroy. Probablemente se dirigen a Gravesend, pero no debe descartar otras posibilidades. ¡Ve, ahora!

Wes salió corriendo incluso mientras Roland agarraba las riendas y lanzaba a Arion al galope, despegando en dirección a Hyde Park.

El deber exigiría que partiera en persecución de los Fitzroy. La Reina Charlotte y Prinny habían sido muy categóricos sobre la necesidad de recuperar la daga robada. No era solo un regalo. Era el símbolo de una conexión recién forjada entre dos países.

Si no partía de inmediato, Lady Fitzroy tomaría una ventaja sobre todos los perseguidores que muy probablemente aseguraría su fuga. Dudaba que Albert pudiera suscitar una respuesta lo

suficientemente rápida del palacio para alcanzarla.

Sin embargo, este conocimiento no era suficiente para hacerle desviar de su ruta actual. Le había dicho a Grace que Sir David era digno de confianza. Fue por su culpa que ella había ido a casa de ese hombre. Era su culpa que hubiera caminado hacia la guarida de un hombre que había matado y cometido un incendio premeditado para cubrir sus huellas.

Una parte de él todavía se negaba a aceptar que Sir David fuera capaz de tal violencia. Era difícil conciliar al hombre bajo el cual había servido con alguien que pudiera levantar la mano contra una mujer inocente. Pero el hombre culpable de estos crímenes no era el hombre que él conocía.

Roland se inclinó hacia adelante y clavó de nuevo sus talones en el flanco de Arion. Murmuró palabras desesperadas, exhortando al caballo a dar todo lo que tenía en la persecución. El pesado estruendo de los cascos sobre los adoquines era suficiente para advertir a los transeúntes que se apartaran. La visión de Roland se estrechó hasta que no vio más que el camino frente a él.

Lady Fitzroy y la daga bien podían irse al diablo. Afrontaría todas las consecuencias que la Reina le infligiera por su fracaso en aprehender a los Fitzroy. No podía forzar sus pensamientos a seguir el deber hacia la Reina.

Su corazón ya había elegido su deber hacia Grace en su lugar.

24



—¿Usted sabe quién es el asesino? —dijo Sir David Green desde su asiento detrás del escritorio.

Se inclinó hacia adelante y apoyó las manos sobre el escritorio.

—¿Quién? ¿Cómo? La última vez que hablé con Roland, no indicó que hubiera hecho tales progresos. ¿Cómo ha podido encontrar al culpable de repente?

Grace luchó contra el impulso de ponerse de pie de un salto y exigir que se pusiera en marcha. Sir David tenía edad suficiente para ser su padre, no era un joven listo para volar al rescate.

—Tengo mis métodos, Sir David.

Sir David continuó.

—¿Es Lord Vaughan quien está detrás de todo esto? Estuvo en la cena de Estado y en el Scarlet Jack la noche del incendio. Pocas personas en Londres codiciarían más esa daga que él.

Aunque su declaración era cierta, iba por el camino equivocado, tal como ellos lo habían hecho. Grace tenía que tomar el control de la conversación.

—No es Lord Vaughan.

—¿Sir Julian, entonces?

—No, señor. No fue ninguno de ellos. Si me permite hablar, lo explicaré todo. Debemos darnos prisa si queremos atrapar a la culpable.

—¿La culpable?

Sir David se enderezó.

—Ninguna mujer estaba involucrada.

—Eso es lo que todos decían, pero estábamos equivocados. Había una mujer que deambulaba por los pasillos del palacio esa noche. No sé cómo logró matar al guardia, pero sin duda tiene la daga de rubí. La vi sostenerla hace apenas una hora. Dijo que iba a embarcar en un navío. Si no actuamos rápido, escapará de la captura.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó Sir David con brusquedad.

—Lady Fitzroy —respondió Grace.

Esperó a que Sir David pasara a la acción, pero no lo hizo. En su lugar, palideció.

—¿Está segura de que tiene la daga de rubí de Prinny? ¿La que fue regalada por el embajador?

—¡Por supuesto que lo estoy! —exclamó Grace, frustrada—. Yo estaba allí cuando el embajador la presentó a los miembros de la familia real. Me detuve a admirar el objeto expuesto

antes de que fuéramos a cenar. No puede haber ningún error, señor.

—¿Cómo llegó a verla con ella? ¿Estaba usted en su casa?

Grace agarró su falda.

—Estamos perdiendo el tiempo, Sir David. Si no actuamos rápidamente, se escapará.

—Eso es lo que usted dice, pero es una historia descabellada. Debe compartirlo todo si he de convencer a los demás.

—Muy bien —dijo Grace, asintiendo con la cabeza—. Estaba en la modista. Lady Fitzroy entró en el salón de pruebas contiguo al mío. Estaba allí para recoger un nuevo guardarropa. Escuché su conversación con Madame Moreau, y la dama misma le aseguró que todo estaba listo. La modista salió para llamar a los lacayos para que llevaran los baúles empacados al coche. Mientras ella estaba fuera de la habitación, Lady Fitzroy sacó la daga de su bolsillo, abrió uno de los baúles y la deslizó entre la ropa doblada.

—¿Y eso fue hace una hora, dice usted?

—Sí. Me fui tan rápido como pude y tomé un coche de alquiler para ir a casa de Lord Percy. Él no estaba allí. Recordé que Lord Percy hablaba en términos elogiosos de usted y de la ayuda que había ofrecido al principio. Decidí venir directamente aquí, mientras el mayordomo de Lord Percy enviaba al mozo de cuadra con un mensaje.

—¿Lady Fitzroy indicó adónde iba? ¿Mencionó el nombre del puerto?

Grace se mordió el labio.

—No lo hizo. Dejé a mi doncella atrás con instrucciones para averiguar esa información. Si puede aprender algo de valor, irá a casa de Lord Percy para alertarnos.

¿Era su error, o Sir David se había relajado ante las palabras de Grace? Su comportamiento se había alejado tanto de los límites de su imaginación que ya no sabía qué pensar. Al venir, había aceptado que tal vez se necesitaría algo de persuasión para hacerlo actuar. Esto, sin embargo, iba más allá de una simple explicación.

El militar juntó las palmas de sus manos y las llevó a su rostro, adoptando una posición de profunda contemplación. Grace buscó qué más podría decir o hacer para transmitir la urgencia de la situación. Miró alrededor de la habitación, buscando inspiración. Todo lo que observó fueron vestigios de sus días como comandante del ejército de Su Majestad. No conocía lo suficiente su reputación para determinar si normalmente era propenso a la acción o alguien que consideraba todas las opciones antes de hacer un movimiento. En este momento, necesitaba lo primero.

Su mirada se posó en el escritorio que se encontraba entre ellos. Había papeles esparcidos por la superficie, algunos dispuestos en pilas irregulares, otros desperdigados. Un tintero se encontraba en una esquina, pero la pluma que lo acompañaba no estaba en su lugar. Si pudiera encontrar la pluma, podría hacer que Sir David garabateara algunas palabras en un trozo de papel. Ni siquiera necesitaba levantarse. Su solicitud y su firma serían suficientes.

Grace miró nuevamente al hombre, pero tenía una mirada distante mientras miraba al vacío. Qué tenía que contemplar, ella no lo sabía. ¿No era una simple cuestión de decir que sí?

Se movió en su silla para tener una mejor vista del escritorio. Fue entonces cuando notó un mango de cuero que sobresalía de debajo de un trozo de papel. Tenía algo familiar. No estaba lejos de ella. Solo tenía que extender la mano y agarrarlo.

Antes de que pudiera pensarlo más, hizo exactamente eso. Se deslizó sin hacer ruido y apenas un temblor de la página. Su mano se cerró alrededor del mango. Se maravilló de su peso sólido, a pesar de su tamaño modesto. Manchas oscuras marcaban la superficie del cuchillo. Inclinó el cuchillo para captar mejor la luz, y fue entonces cuando vio la brillante banda dorada que rodeaba el pomo del mango.

Grace dejó caer el cuchillo sobre el escritorio con estrépito, sacando a Sir David de sus profundas reflexiones.

—Lo siento, señor. Estaba buscando una pluma para enviar una nota a Lord Percy —balbuceó.

Sir David bajó la mirada y vio el cuchillo ahora colocado sobre su escritorio. Sus ojos se entrecerraron.

—Dígame, Lady Grace, ¿por qué razón nuestra Reina le ha dado permiso para participar en una investigación de asesinato?

Grace apenas registró sus palabras. Sus pensamientos estaban completamente ocupados por el recuerdo de la última vez que había visto ese mismo cuchillo. Estaba clavado en el pecho del guardia real. Había notado entonces, como ahora, el borde deshilachado de la funda de cuero donde se encontraba con el pomo dorado. Esas manchas oscuras no eran sombras, sino sangre seca.

Sir David debía tener el cuchillo, recordó. Había propuesto comprobar si llevaba alguna marca de fabricante o cualquier otra información identificativa que pudiera orientarles hacia su propietario. Pero entonces, ¿por qué seguía manchado de sangre? ¿Por qué no había retirado la funda de cuero? ¿Por qué yacía, olvidado, sobre el escritorio de su estudio?

—¿Señora? Le he hecho una pregunta.

Grace apartó la mirada del cuchillo.

—Ya he ayudado a Lord Percy. Lady Charity es mi más querida amiga. He impresionado a la Reina con mi dedicación.

—¿Cuándo habló con ellos por primera vez sobre este asunto?

La boca de Grace se secó.

—En la cena de Estado.

La mirada de Sir David se deslizó hacia el cuchillo antes de posarse en el rostro de Grace.

—Creo que usted ha sido involucrada porque vio el cuerpo.

Grace inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Sir David saltó de su silla. Agarró el cuchillo del escritorio. Su expresión feroz hizo que un escalofrío helado recorriera la columna vertebral de Grace.

Grace se deslizó fuera de su silla y resistió el impulso de enderezarse y huir de inmediato. Encorvó los hombros para hacerse más pequeña.

—Lamento haberle molestado, Sir David. Veo que es usted un hombre ocupado. Volveré a casa de Lord Percy para esperar su ayuda.

Sir David rodeó el escritorio. Grace retrocedió hacia las estanterías que bordeaban la pared, cuidando de mantener la silla entre ellos. Se arriesgó a mirar hacia la puerta. ¿Siempre había estado tan lejos?

Nunca llegaría antes de que él se abalanzara sobre ella. Realmente, su expresión era asesina.

Todo el mundo le había dicho a Grace que Lady Fitzroy no era la asesina. Roland había insistido en la imposibilidad de que una mujer hubiera derribado al guardia de un solo golpe.

Pero Sir David, un militar con una larga carrera, sabía exactamente dónde golpear.

Ya no había duda alguna sobre esta verdad ahora, no cuando volvía a tener el arma del crimen en su mano.

25



Roland estaba tan alterado cuando llegó que simplemente había atado a Arión a un poste cerca de la puerta principal en lugar de dar la vuelta hasta los establos. Así que cuando el mayordomo de David abrió la puerta, no sabía si el hombre estaba más sorprendido por la presencia del caballo o por la intensa apariencia de Roland.

—¿Lord Percy? —dijo el mayordomo, con aire muy confundido—. ¿Puedo ayudarle?

—Lady Grace —exigió Roland—. ¿Está aquí?

El mayordomo frunció el ceño.

—Sí, la dama está arriba con Sir David en su despacho en este momento.

¿Había llegado a tiempo para contrarrestar su desventura? Rezaba para que así fuera. Después de una profunda inspiración para calmarse, la mente de Roland se preparó para la posibilidad de una batalla inminente. Escrutó una vez más al mayordomo, notando que el hombre no parecía ni secreto ni perturbado. ¿Hasta qué punto estaba implicado en la traición de su amo? ¿Por completo? ¿O nada en absoluto?

Roland optó por la astucia y rápidamente encontró una excusa, manteniendo su voz baja al entrar en la casa.

—Lamento mi precipitación, pero hay un asunto urgente que atender.

—Eso es lo que dijo Lady Grace. Lo escoltaré arriba hasta ellos —dijo Collins, preparándose para conducirlo al piso superior.

—No. No es necesario que se moleste. Seguramente ella le habrá dicho a Sir David que me espere. Simplemente indíqueme el camino y me reuniré con ellos.

—El despacho de Sir David está en el primer piso; gire a la izquierda, es la segunda puerta a la derecha —explicó Collins, con aire aún más confundido—. ¿Debo hacer que lleven su caballo a los establos?

—Si quiere, pero no es necesario; mi visita, espero, no durará mucho.

Asintiendo con la cabeza, Collins se alejó por el pasillo, y Roland subió las escaleras de dos en dos, tratando de ser lo más silencioso posible. Después de encontrar la puerta del despacho de David, la abrió bruscamente para descubrir una escena de lo más escalofriante.

La habitación era larga, con un escritorio a lo largo de la pared derecha y estanterías a lo largo de la izquierda, pero no había nada sereno en este despacho. Sir David había rodeado el escritorio para acercarse a Grace, colocándose hábilmente entre ella y la puerta, y lo que era peor, sostenía un cuchillo. Grace estaba acorralada contra las estanterías, con aspecto aterrorizado.

Solo podía llegar a una conclusión. Sir David lo sabía todo, y demasiado tarde, Grace

también había descubierto toda la verdad. Y ahí estaba Roland, recién llegado del palacio, totalmente desarmado, sin más arma que su ingenio.

Al menos su entrada había servido de algo. El avance de Sir David hacia ella se había detenido mientras se giraba para enfrentarse a esta nueva amenaza. Y al hacerlo, Grace había logrado agarrar un candelabro de estaño de una de las mesas cercanas, ocultándolo entre los pliegues de su falda.

Por el poco honor que le quedaba, David parecía tener el corazón destrozado al ser descubierto así, pero seguía resuelto. Comprendía que sería condenado a la horca si su determinación flaqueaba. Con la verdad ahora expuesta, sería mortalmente peligroso: un hombre que realmente no tenía nada que perder matando a uno u otro, a menos que se le pudiera hacer entrar en razón.

—Sir David —imploró suavemente Roland, extendiendo la mano en señal de súplica—. Baje su arma. Se lo ruego.

Las sombras en el rostro de Sir David se alargaron.

—¿Por qué? ¿Por qué tenías que ser tú el implicado en este asunto, muchacho? Estaba casi resuelto, y sin necesidad de ningún otro mal.

—Porque juré cumplir con mi deber hacia aquellos que lo necesitan —dijo Roland, con el corazón roto—. Como usted me enseñó.

Los labios de Sir David se curvaron en una pequeña sonrisa, llena de orgullo y pesar.

—No necesité enseñarte tales cosas. Eres un buen muchacho. Un mejor hombre que tu padre y tu abuelo, sin duda. Incluso cuando no eras más que un chiquillo con apenas más que el otro muchacho a tu lado, podía ver que eras un protector con una vena de nobleza temeraria desde el principio.

Sir David dio un paso atrás, colocando a Grace en su campo de visión mientras mantenía su atención en Roland, que estaba de pie cerca de la puerta.

—No quiero hacer esto —le dijo a Roland—. Pero si puedes suavizar tus principios solo por esta vez, tal vez podamos encontrar una salida para todos nosotros.

—¡¿Para todos nosotros?! —exclamó Grace, y Roland le lanzó una mirada fulminante, insistiendo en que se callara—. ¿Querría que dejáramos que Lady Fitzroy robara la corona sin consecuencias? ¡Roland y Thorne decían que usted era un hombre de honor!

Parecía ignorar sus palabras, manteniendo sus ojos fijos en Roland, pero le respondió con un tono desesperado y ronco.

—Joven, hay cosas que superan los asuntos de la corona. La familia es una de ellas. Roland, tú entiendes eso.

—Las deudas de juego de su hijo le pusieron la brida al cuello, pero ¿quién sostenía su rienda, Sir David? —dijo Roland con tono tenso—. ¿Fue realmente Lady Fitzroy?

La cabeza de Sir David se inclinó ligeramente en señal de asentimiento.

—Así que el incendio no tenía nada que ver con Prinny. Solo se estaba deshaciendo de los registros. Ella pagó la deuda, y usted quería ocultar su afiliación.

—Me vi obligado —dijo Sir David, sus ojos suplicando a Roland—. Las deudas de Matthew casi nos arruinaron, y solo la intervención de Lady Fitzroy nos salvó del escándalo. No sabía... no imaginaba... que su ayuda vendría con tales condiciones hasta que me encontré preparado como un arma apuntando a la corona. Tampoco esperaba que el hombre que contraté decidiera por su cuenta utilizar el incidente para ocultar los registros de sus propias deudas. Nadie debía salir herido. Por favor, dígame que lo entiende.

El alma misma de Roland estaba en carne viva de dolor ante esta traición.

—Hay una parte de mí que lo entiende, pero aun así... No puedo aprobarlo. Baje el arma, Sir David. Se lo suplico. Me arrodillaré ante la Reina, implorando su clemencia para usted si es necesario. Todo lo que pido es que baje el cuchillo ahora.

El anciano suspiró con pesar.

—Creo que realmente lo haría. Pero algunas cosas no se perdonan tan fácilmente, Roland.

Rápidamente —tan rápido que ninguno de ellos tuvo tiempo de reaccionar— el paso lateral de Sir David lo puso al alcance de Grace. Con un movimiento fluido, la atrajo hacia sí, presionando la punta fría y afilada del cuchillo de caza contra su garganta, donde el rápido latido de su pulso palpitaba. Grace apenas tuvo tiempo de dejar escapar el más débil chillido de alarma antes de quedarse completamente inmóvil, su cuerpo rígido contra el de él.

Sir David contuvo el aliento, su mano inflexible mientras esperaba que Roland absorbiera todo el horror de la escena que se desarrollaba ante él. La mirada de Roland se posó en Grace, donde el leve temblor de sus labios y el hundimiento de sus hombros pintaban un retrato de aceptación tejido con desesperación.

Una única lágrima se escapó, trazando un surco silencioso y húmedo por su mejilla mientras hundía su mirada en la de él, suplicándole que se rindiera a lo que iba a seguir. Una parte de Roland se marchitó y murió un poco mientras miraba. Era incapaz de apartar la mirada, igualmente incapaz de soportar el peso de su silenciosa despedida.

—Grace... —le dijo Roland, tratando de ofrecer el consuelo que podía mientras se obligaba a encontrarse con la mirada de Sir David—. Déjela ir. No quiere hacer tal cosa. Estoy desarmado, David, y no represento ninguna amenaza para usted.

Levantó sus manos vacías en señal de súplica.

Sir David sacudió pesadamente la cabeza, sus ojos cerrándose lentamente con pesar. Pero Roland podía ver la determinación naciente que endurecía el rostro del hombre. El hombro de su brazo sosteniendo el cuchillo. Estaba resuelto al asesinato, y a un instante de plantar firmemente la punta y hundirla en la carne de su cuello.

—No puedo. No veo otra salida —dijo Sir David, y era como una oración pidiendo perdón.

No. *No.*

Tan insensato como fuera, se lanzó hacia Sir David, con las manos extendidas para desviar el ataque. Para alcanzarla a ella. Y fue entonces cuando Grace golpeó a Sir David con el candelabro, utilizando toda la fuerza que el terror podía darle.

La sangre floreció como una línea de gotas rubí contra la piel clara de su cuello, y ella cayó, rompiendo su corazón destrozado en mil pedazos.

Roland casi empujó a Sir David en su prisa por atraparla antes de que se golpeara la cabeza contra las estanterías, y Grace lo empujó débilmente.

—Estoy bien —murmuró, cubriendo la herida en su garganta con su mano izquierda—. Déjeme. Debe detenerlo. Va a escapar.

—*No me importa él* —gruñó Roland, apretándola contra su pecho en un arrebato de pánico —. Grace, Dios mío, Grace, déjeme ver.

Apartó su mano, más asustado de lo que jamás había estado, aterrorizado ante la idea de encontrar una herida mortal bajo el blanco de su guante que lentamente se volvía rojo.

El corte era bastante profundo, pero alguna providencia había impedido que el cuchillo cortara esa arteria tan frágil. El flujo seguía siendo alarmante y constante, pero al menos no estaba muerta. Tal vez se había girado justo cuando había blandido el candelabro. Tal vez la mano de David había flaqueado al final. Hundió su boca en su cabello, dejando escapar un medio sollozo de gratitud por lo que fuera, mientras presionaba sus dedos contra su garganta para

detener el sangrado.

—La Reina... estará contrariada de que haya dejado escapar a Sir David. Y se está cubriendo de sangre, Sir Bárbaro —murmuró Grace con un toque de reproche, su aliento un suave susurro contra la piel de su mejilla.

—Tampoco me importa eso —dijo Roland, pero más tiernamente esta vez, y presionó su frente contra la de ella mientras el terror desesperado comenzaba a desvanecerse y el cansancio se instalaba en sus huesos.

Debería dejarla ir, porque no tenía voz en el curso que se había trazado para su vida, y se vería obligado a honrarlo. Pero por ahora... por este único momento, podía tocar a quien deseaba. Solo por este instante, se permitiría desear que las cosas fueran diferentes.

26



Sin el latido constante del dolor y la humedad en su mano, Grace casi habría creído que este momento era un sueño. Roland levantó la cabeza y depositó un beso en su frente. Sus labios ardían contra su piel. Grace quería más. Se movió para liberar su mano y un dolor agudo atravesó su pecho.

Estando tan cerca, Roland percibió su brusca inspiración y retrocedió rápidamente.

—¡Cuidado con su corte!

Se sentó y tiró de su corbata, gruñendo cuando sus dedos se enredaron en el nudo. Finalmente, se deshizo. La dobló varias veces y la presionó contra el corte en su cuello.

—Esto ayudará a ralentizar el sangrado.

—¿Lord Percy? —llamó una voz grave desde fuera de la habitación.

Unos tacones de botas resonaron en la escalera.

—¿Thorne? —preguntó Roland—. Estamos en el despacho.

Thorne irrumpió por la puerta y se detuvo en seco al ver el vestido ensangrentado de Grace.

—Ella está bien, pero necesita que la cosan —lo tranquilizó Roland—. Debemos hacer venir a un médico. No quiero moverla mientras esté sangrando así.

Thorne no necesitó que lo empujaran. Salió disparado, gritando una orden, y regresó un instante después.

—El mayordomo de los Green se está ocupando de ello. Está ansioso por probar su inocencia en todo este asunto.

A Grace no le importaba el mayordomo en ese momento. El dolor era un recordatorio constante del verdadero villano.

—Sir David...

—No ha pasado del umbral de su puerta, señora —respondió Thorne—. Vine en cuanto me avisaron. Estaba considerando la mejor manera de entrar, cuando el hombre mismo abrió su puerta tambaleándose. La sangre corría por su frente y sus ojos. No creo que siquiera supiera que era yo quien lo sostenía hasta que le di mi nombre.

Echó un vistazo a Roland.

—Sabio de su parte haberlo golpeado en la cabeza. ¿Qué usó?

—Un candelabro. Y fue Grace quien lo golpeó, no yo.

Roland lanzó otra mirada dulce a Grace.

—Lo siento tanto, Grace. Cuando pienso en cómo podrían haber terminado las cosas...

—Usted vino por mí. Llegó a tiempo —añadió Grace.

Puso su mano derecha sobre la de él.

—Mi herida no es tan grave como para que no me cure. No hay razón para que se disculpe.

Unas voces llamaron desde abajo de las escaleras, señalando la llegada de otras personas. Fiel a su palabra, el mayordomo de Sir David hizo entrar a un hombre vestido de negro en el despacho.

—El doctor Simmons, señora —explicó con voz temblorosa—. Dirige el consultorio médico al final de la calle.

Grace observó el rostro de Roland, confiando en él para evaluar la competencia del médico. Sin embargo, no había nada que temer. El doctor Simmons colocó su maletín médico sobre el escritorio y comenzó a sacar los instrumentos que necesitaba. Le entregó a Roland la botella de láudano y una pequeña tapa.

—No, nada de eso —dijo Grace levantando una mano para detener a Roland—. No volveré a casa medio inconsciente o peor. Tampoco puedo quedarme aquí. Soportaré el dolor.

—Grace...

Roland parecía dividido entre su punto de vista y la realidad.

—Será doloroso.

—La joven dama tiene un punto válido —dijo el doctor Simmons, sorprendiéndolos a ambos —. Sé que no es residente de esta calle. Si puede soportarlo, trabajaré lo más rápido posible. Solo necesitará unos pocos puntos en las zonas más graves. El resto sanará con el tiempo y la aplicación de un bálsamo cicatrizante.

A pesar de su determinación, Grace se quedó sin aliento cuando vio la aguja y el carrete de hilo de seda.

Roland le tomó la mano y la apretó.

—No mire, eso la pondrá nerviosa. Míreme a mí, Grace. No al doctor.

Levantó la vista hacia el hombre en cuestión y añadió la orden de calentar la aguja en la llama de una vela cercana antes de empezar la tarea.

—Aprendí este truco de un cirujano de mi unidad. Juraba que ayudaba a mantener la herida limpia.

El doctor puso los ojos en blanco pero hizo lo que Roland casi había exigido, y ella sonrió brevemente. El toque de insolencia del hombre resultó ser una distracción para Grace en el momento en que más lo necesitaba. Estaba tumbada en el suelo de la casa de un extraño. No se atrevía a pensar en la cantidad de tobillo expuesto, ni en el estado de su vestido. Sus ojos seguían cada movimiento de Roland, como él le había pedido. Él se movió hasta sentarse de rodillas a su lado, luego bajó su rostro hasta que llenó su campo de visión.

—¿Quiere escuchar la historia de mi primera herida en el campo de batalla? —preguntó, como si estuvieran sentados en su salón con tazas de té en la mano—. Thorne estaba allí para dar fe, aunque no fue de mucha ayuda...

Con su mano fuerte y áspera envolviendo la suya, mantuvo una charla constante mientras el doctor examinaba la herida. Un leve grito se le escapó cuando la aguja penetró por primera vez.

Roland elevó la voz un tono, acaparando su atención.

—Me apuñalaron en el trasero.

Eso captó su atención.

—¿Usted *qué*? ¿En combate? No, eso no es cierto. Se está inventando historias.

Thorne dejó escapar una risa ahogada.

—No, señora. Es cierto. Casi había olvidado esa.

—Me gustaría decirte que la recibí heroicamente en batalla... pero no es el caso —admitió Roland, sus ojos brillando de diversión.

Hizo una pausa mientras ella respiraba durante la siguiente puntada.

—Era joven, quizás apenas dieciocho años en ese momento, y Arion y yo éramos bastante novatos todavía.

—Como la hierba nueva en primavera —interrumpió Thorne.

—Cállate, tú. No eras mejor —gruñó Roland, y su sonrisa se hizo más fácil al escuchar a los dos hombres bromear.

—El joven Lord Percy lucía imponente en su atuendo de batalla —continuó Thorne—, y seguramente lo sabía, por la forma en que se pavoneaba por el campamento...

—No escuche sus calumnias sobre mi carácter, o le contaré sobre su primer día a caballo —susurró Roland cerca de su oído, y ella dejó escapar una risita, tratando de quedarse quieta.

—Pero ¿cómo se hirió? —preguntó ella.

—Me estaba preparando para montar a Arion, y justo cuando ponía un pie en el estribo y comenzaba a impulsarme, un insecto desagradable lo picó justo en el hocico. Una abeja, quizás. Confieso que no lo sé con certeza, porque lo siguiente que recuerdo es que estaba mirando al cielo preguntándome qué había pasado.

—Arion salió disparado como una flecha, lanzando a nuestro lord de la manera menos ceremoniosa en una voltereta hacia atrás que lo hizo aterrizar sobre su propio cuchillo. Cortó directamente a través de su abrigo y sus pantalones, señora —rio Thorne.

Roland asintió confirmando que era cierto.

—¿Se hirió gravemente? —preguntó Grace.

—Apenas más que usted. Lo que fue más grave fue la herida a mi orgullo, ya que fue el tema de conversación del campamento durante semanas después. El cirujano me cosió en un santiamén, casi tan rápido como el doctor Simmons lo ha hecho con usted.

—En efecto —dijo el médico.

Envolvió una tira de lino alrededor de la herida hasta que consideró que estaba suficientemente protegida. Debe descansar, señora. Nada de bailes hasta que la herida esté completamente curada.

—Aunque tuviera ganas de bailar, mi madre no me dejaría salir en este estado —respondió Grace.

Intentó sentarse, pero su cabeza dio vueltas. Roland se puso de pie y deslizó sus brazos bajo su espalda y piernas. La levantó como si no pesara nada en absoluto.

—Me he tomado la libertad de hacer venir un carruaje a la parte trasera de la casa, señor —dijo Thorne—. Podremos hacer lo mismo en casa de la señorita y nadie se enterará de su escapada aquí.

—Si tan solo pudiera esperar lo mismo de su familia —murmuró Roland sombríamente.

Aunque tuvo mucho cuidado con sus pasos, el movimiento envió punzadas de dolor a través del cuerpo de Grace. El valor del que había hecho gala hasta entonces finalmente la abandonó y se desmayó en los brazos de Roland.

27

Elsie esperaba en el coche. Se retorcía las manos al ver el estado del vestido y el cabello de Grace, sin mencionar el gran vendaje. Su reacción bastó para reforzar la determinación de Grace de regresar a casa sola.

—Estoy bien ahora —dijo Grace para tranquilizar a Roland—. Elsie puede cuidarme durante el trayecto, y nuestros sirvientes pueden ayudarme a entrar en la casa.

Roland ayudó a Grace a ponerse de pie y luego le lanzó una mirada severa.

—No me gusta la idea de enviarla a casa sin escolta.

—Créame, es el menor de los males. Mis padres probablemente ya estén furiosos porque me escapé. Es mejor que no tengan que descargar su ira sobre usted.

—La señora tiene razón —intervino Elsie desde la puerta del coche—. El trayecto no es largo, señor. Más tarde enviaré un mensaje al señor Thorne para informarle de su estado.

Roland cedió ante su determinación, pero solo después de obtener su acuerdo para que Thorne siguiera el coche en su propio caballo. Solo entonces ayudó a Grace a subir al coche. Elsie invitó a Grace a apoyar su cabeza en un cojín sobre sus rodillas. El viaje en coche transcurrió en una nebulosa, y antes de que Grace se diera cuenta, llegaron a los establos detrás de su casa. Satisfecho de que estuvieran a salvo, Thorne dio media vuelta y se marchó.

—No se mueva, señora —ordenó Elsie, tomando el control de la situación.

Pidió al mozo de cuadra que llamara a los sirvientes para que ayudaran. El joven, perpetuamente curioso, escudriñó la oscuridad del coche con las cortinas corridas y vislumbró a Grace. Salió corriendo gritando a todo pulmón que la joven señorita había vuelto a casa y estaba cubierta de sangre.

—Ayúdame a bajar, Elsie —exigió Grace—. Si mis padres me ven acostada, temerán lo peor.

Elsie también vio la sabiduría de este cambio de planes. Hizo señas a Grantham, el cochero de los Tilbury, para que se apresurara y viniera a ayudar. Juntos, habían puesto a Grace de pie en el momento en que llegó la multitud.

Lady Tilbury encabezaba la carga, con Lord Tilbury y Felix pisándole los talones. Grace casi se ríe al ver a su madre adelantarse al lacayo, con las faldas levantadas lo suficiente como para mostrar sus tobillos.

—Estoy bien, mamá —anunció Grace en vano.

—¡Pero no ilesa! —replicó Lady Tilbury—. ¡Mi querida niña! ¿Qué te ha pasado? ¿Y dónde estabas?

El rostro de Lord Tilbury estaba rojo como una remolacha por encima de su corbata de un blanco inmaculado. A Grace le llevó un momento darse cuenta de que era porque estaba llorando

en lugar de preparar una diatriba.

—Cielos, Grace, temí lo peor cuando tu madre dijo que habías desaparecido.

Hizo un gesto a su esposa para que se apartara y dejara que los sirvientes llevaran a Grace a su habitación.

—Puedo caminar, padre —dijo Grace, y luego inmediatamente se tambaleó, demostrando la mentira de sus palabras.

Fue Felix quien intervino y salvó a Grace de una mayor mortificación. Pasó un brazo alrededor de su cintura para sostenerla y la guió al interior, dejando que los demás hicieran sus preguntas a Elsie. Sondeó a Grace para obtener información en voz baja mientras atravesaban la casa.

—Oí que la mitad de la guardia del palacio había sido enviada en una misión, pero no esperaba que fueran enviados tras mi propia hermana.

—No lo fueron —replicó Grace, agotada—. Aunque partieron basándose en la información que descubrí. Hoy atrapamos a un asesino, pero no estoy segura de que los guardias hayan logrado atrapar al cerebro del asunto.

Felix perdió un escalón y casi los hace caer a ambos. Grace se aferró a la barandilla mientras Felix se enderezaba.

—¿*Nosotros*? ¿Asesino? ¿Qué quieres decir con cerebro? ¿Y por qué estabas involucrada?

Grace descartó sus preguntas con un gesto de la mano.

—Digamos simplemente que le hice un favor a la Reina, y que no salí totalmente ilesa.

La boca de Felix se abrió de par en par. Cuando la cerró, entrecerró los ojos, buscando la mentira.

—¡Por Dios! ¡Mi propia hermana! ¿Cómo pude no estar al tanto de esto?

Grace dejó su pregunta en el aire hasta que llegaron a la puerta de su habitación. Se liberó de su ayuda y se volvió para enfrentarlo.

—No temas, querido hermano. Mi participación en estos asuntos no ha sido objeto de discusión. Y permanecerá en secreto, a menos que pienses soltar la lengua.

Luego le cerró la puerta en las narices.

No permaneció cerrada más de un minuto. Elsie llegó rápidamente detrás para ayudarla a quitarse el vestido manchado. Su madre supervisaba todo desde el centro de la habitación, alternando entre lágrimas de alegría al ver el regreso de Grace y gritos angustiados ante su herida. Cuando Elsie propuso una dosis de láudano, Grace lo aceptó con gratitud, aunque solo fuera para escapar de las próximas horas con su madre.

Se despertó temprano a la mañana siguiente, el dolor en el cuello la devolvió a la conciencia. Elsie se levantó de la cama plegable en el vestidor donde a menudo dormía cuando Grace estaba enferma.

—¿Cómo se siente esta mañana, señorita? —preguntó Elsie.

Trajo una palangana y una esponja y comenzó a limpiar la herida.

—La Reina le ha enviado un tarro de su ungüento curativo especial. ¡Imagínese eso! ¡La Reina de toda Inglaterra preocupándose por mi señora!

Elsie le tendió el tarro a Grace para que lo admirara. Era un pequeño tarro de porcelana, redondo y liso, con un delicado diseño floral en azul y oro. La tapa estaba coronada por una compleja rosa rosa. Los aromas de lavanda y manzanilla llenaban el aire, seguidos por la delicada dulzura de la miel. Había una nota de fondo que Grace no lograba identificar.

—Está hecho con mirra —explicó Elsie—. ¡Como en la Biblia!

La reina Carlota no podía estar demasiado enfadada con Grace si estaba dispuesta a enviar un

tratamiento tan extravagante. Por supuesto, si alguien hubiera escuchado a Grace cuando expresó sus primeras sospechas sobre Lady Fitzroy, quizás no se habrían encontrado en esta situación. Aunque Grace se obligó a admitir que Lady Fitzroy era solo una parte del rompecabezas. Ninguno de ellos tenía la menor idea del papel crucial de Sir David Green en este asunto.

Los pensamientos sobre Sir David llevaron naturalmente la mente de Grace a la noche anterior. A Roland.

—¿Alguien más ha enviado noticias? ¿O ha venido?

—¡Espero que no! —exclamó Elsie enderezándose—. Su madre necesitará más que sus sales si se entera de que la sociedad se ha enterado de sus aventuras.

Un suave golpe en la puerta impidió que Grace hiciera más preguntas. Se preparó para enfrentarse a su madre, pero fue Charity quien entró en la habitación. Su querida amiga cruzó la habitación en zapatillas y jadeó al ver los viejos vendajes ensangrentados de Grace.

—Hizo bien en enviarme a ti —exclamó Charity, sin ningún sentido.

—¿Roland? —susurró Grace.

—El señor Thorne —respondió Charity—. Envió una nota anoche, en nombre de Lord Percy, supongo, sugiriendo que te visitara hoy. Me pidió que le hiciera saber cómo estabas. ¡Tu pobre cuello! Tu madre debe estar loca ante la idea de una cicatriz.

—Estoy segura de ello, y probablemente me prohibirá salir de casa por el resto de la temporada. Por favor, siéntate aquí a mi lado y hazme compañía mientras Elsie termina sus cuidados.

Charity tuvo mucho cuidado de no molestar a Grace mientras se acomodaba a los pies de la cama. Se sentó frente a Grace para que esta no tuviera que girar la cabeza para verla. Elsie terminó un minuto después y salió para ocuparse de una bandeja de desayuno.

Ahora a solas, Charity le pidió a Grace que le contara todo. Sus ojos azules se abrieron de par en par al enterarse de la llegada de Lady Fitzroy a la casa de Madame Moreau, el vistazo fortuito de Grace a la daga de rubí robada, y todo lo que sucedió después.

—¿Hiciste todo eso tú sola? ¿Detener un coche de alquiler? ¿Visitar a un perfecto desconocido sin nadie que te acompañara?

Grace se encogió ligeramente de hombros.

—No tenía elección, Charity. ¡Era Lady Fitzroy! Después de todo lo que había hecho, no podía esperar a que una carabina me escoltara por la ciudad. Por supuesto, si hubiera sabido que estaba entrando en la casa del asesino, quizás habría reconsiderado mi decisión. Cuando lo supe, era demasiado tarde.

Charity dio unas palmaditas en la pierna de Grace.

—Debes haber tenido mucho miedo, estando allí sola.

Grace había estado aterrorizada, pero no sin esperanza.

—Contaba con que los demás avisaran a Roland. Solo tenía que sobrevivir el tiempo suficiente para que él llegara.

Al ver que Charity fruncía el ceño, Grace se apresuró a corregir su frase.

—Su mayordomo había prometido encontrarlo y enviarlo.

—Y Roland —comenzó Charity, pronunciando el nombre lentamente, como si probara su forma en su boca—. ¿Vino al rescate como un caballero de antaño?

Grace asintió.

—Aunque, en realidad, resultó que yo era bastante hábil manejando un candelabro. Pero incluso cuando Sir David intentó escapar, Roland no se apartó de mi lado. Se quedó allí, ocupándose de mi herida, hasta que el mayordomo de Sir David encontró a un médico. No creo

que hubiera podido soportar el dolor si Roland no me hubiera distraído mientras el doctor hacía su trabajo.

La voz de Grace bajó y levantó la mirada hacia el techo, sin ver los complejos estucos, sino recordando más bien el calor de sus ojos marrones y la forma en que su boca se curvaba en un lado cuando decía algo gracioso.

—¿Grace? ¿Algo va mal? —preguntó Charity, trayendo a Grace de vuelta al presente.

Grace se sonrojó al ser sorprendida soñando despierta, y luego palideció cuando se dio cuenta de quién estaba sentada frente a ella.

La futura esposa de Roland. Su mejor amiga.

Grace sintió una punzada de arrepentimiento, miedo... y absoluta tristeza. No era culpa de Charity. No era culpa de nadie. Simplemente era así.

Grace se aclaró la garganta.

—Tienes mucha suerte de casarte con Lord Percy. No creo que sea el tipo de hombre que te abandonaría durante tu embarazo.

Charity sostuvo la mirada de Grace sin pestañear. Nunca antes Grace había tenido la sensación de ser desnudada hasta lo más profundo de su alma.

—¿Eres feliz, Grace?

—¿Que si soy qué?

Grace se contuvo antes de sacudir la cabeza.

—Estoy en cama, con el cuello envuelto en vendas, y mi madre me atormentará hasta que me zumben los oídos. Difícilmente es el momento más feliz de mi vida.

—¿Estás feliz con cómo se está desarrollando tu temporada? —precisó Charity, sin apartar la mirada.

—Ha sido interesante. Mucho más de lo que jamás imaginé. Pero en cuanto a si lo estoy disfrutando, cuando expresé mi interés por nuevas experiencias, me atrevo a decir que no deseaba que ambas sufriéramos como lo hemos hecho.

—¿Y los pretendientes? —dijo Charity, negándose a cambiar de tema—. ¿Alguien ha llamado tu atención? Puedes decírmelo. Prometimos ayudarnos mutuamente, ¿recuerdas?

¿Habían hecho tal promesa? Grace no lo recordaba si ese era el caso. Suponía que Charity tal vez pensaba en los primeros días, cuando habían comparado sus notas sobre los diferentes pretendientes potenciales. Pero en cuanto a ayudar a Charity, aparte de salvarla, Grace no había tenido ninguna razón para involucrarse. Los hombres acudían en masa a Charity.

Sin embargo, Charity miraba intensamente a Grace, escrutando sus rasgos en busca de verdades ocultas. Por un momento, Grace temió haber dicho demasiado. Nunca había tenido la intención de darle a Charity la menor pista de sus sentimientos por Roland.

Incluso ahora, magullada y herida como estaba, Grace no bajó completamente la guardia. Recordó las quejas de Charity sobre Roland. Su incapacidad para expresar una opinión. Su negativa a hablar del futuro. Quizás él tenía razón.

—Me recuperaré, Charity. Los cuellos de encaje ocultarán cualquier cicatriz. La próxima temporada, participaré en el baile de la corte, y quizás hasta permita que un hombre me escolte a la pista de baile. Y tú, mi querida amiga, te casarás. Y serás feliz. Eso es suficiente para mí.

Charity se reclinó y ladeó la cabeza. Miró a lo lejos. Cualesquiera que fueran los pensamientos que cruzaban su mente, permanecieron en secreto.

—¿Y tú? ¿Eres feliz? —preguntó Grace con voz suave—. Si Lady Fitzroy logró escapar como planeaba, ya no estará aquí para causarte problemas. El día que se atreva a volver, si es que llega ese día, estarás casada y fuera de su alcance.

Charity enderezó la cabeza y miró a Grace a los ojos.

—Sí, sí, estoy bien. Pero mírate. Debes estar hambrienta y adolorida. No debería quedarme más tiempo, especialmente porque tengo otro recado que hacer antes de volver a casa. Volveré pronto. Te lo prometo.

Charity apretó amistosamente la pierna de Grace y luego se levantó de la cama. Se alisó las faldas, tomó una profunda respiración y se fue despidiéndose con la mano.

28



Roland esperaba que la Reina lo convocara tarde o temprano, dado que Albert había alertado a la guardia. Pero parecía que quizás ella deseaba dejarlo cocerse en sus propios pensamientos por un tiempo. Una petición de su personal para que se presentara en palacio al día siguiente —temprano— le dio una idea de los problemas que le esperaban, pero aun así, esto quedaba entre las últimas de sus preocupaciones que daban vueltas en su cabeza.

Después de que Thorne partiera para escoltar a Grace y Elsie a la residencia de los Tilbury, Roland llevó su caballo de vuelta a casa. Había deambulado por su casa de la ciudad como un fantasma inquieto, incapaz de encontrar paz. La comida que le traían permanecía intacta, y Thorne se negaba a permitir que Roland lo despidiera.

La mañana lo encontró aún sentado en un sillón orejero donde se había instalado poco después de medianoche. Aunque al principio había fijado la mirada en la oscuridad, la luz del amanecer hacía resaltar en bajorrelieve los contornos de los jardines abandonados de su padre.

Un suave golpe en la puerta lo sacó de sus sombrías reflexiones, y Thorne se levantó para responder.

—¿Cómo está? —preguntó Madame Archer en voz baja y suave, pero en el silencio sus palabras se escuchaban lo suficiente.

—Perturbado —fue todo lo que Thorne respondió.

Un tintineo de porcelana resonó mientras se intercambiaba una bandeja, luego la puerta se cerró.

—Madame Archer le ha traído gachas y fruta —murmuró Thorne mientras colocaba la bandeja en la mesa junto a él.

—Es muy amable de su parte —respondió Roland, pero no hizo ningún gesto para servirse.

—Roland, debería comer algo. Tenemos que prepararnos para ir a palacio pronto —dijo Thorne, poniendo su mano sobre el hombro de Roland.

—Realmente he hecho un buen lío, ¿no es así? —preguntó Roland a Thorne, ignorando la comida y levantándose de su sillón.

Se dirigió hacia la mesa auxiliar donde estaba la jarra y se lavó la cara dos veces, imaginando que aún veía manchas de sangre en su piel.

La sangre de Grace.

—No hay nada —lo tranquilizó Thorne mientras lo ayudaba a cambiarse de ropa—. Y no, no ha hecho tal lío. Usted salvó la vida de Lady Grace, y eso no es poca cosa. El resto son solo detalles.

—Detalles.

Frotándose la sien donde pulsaba un dolor sordo, Roland no dijo nada más. ¿Cómo podría? ¿Qué le diría a Thorne cuando apenas comprendía él mismo el embrollo de sus pensamientos?

Las calles de Londres estaban demasiado brillantes de sol, y entrecerró los ojos contra la luz cegadora mientras cabalgaba. Más allá de la incomodidad de la luz, no prestó atención al viaje.

Unos pasos por delante de ellos, Thorne se dirigía hacia el palacio, y quizás sintiendo el estado de ánimo de su amo, Arion se contentaba con seguir a Caballo.

No fue hasta que los caballos se detuvieron y Thorne lo llamó a la atención que volvió en sí.

—Roland —dijo seriamente mientras el mozo de cuadra del palacio se llevaba sus monturas —. Debe recomponerse.

—Lo sé —respondió, y se sacudió antes de entrar en el palacio.

Las cosas que pesaban en su mente no tenían nada que ver con descuidar las necesidades de la corona, y aunque decidirían que había cometido un error, no podía encontrar en sí mismo la manera de sentirlo. No lamentaría no haber perseguido a Lady Fitzroy, o haber casi permitido la fuga de Sir David, y no entraría en el palacio con la actitud de un sirviente indisciplinado a punto de recibir una reprimenda.

El lacayo lo condujo a través de los pasillos de Saint James —no a la sala del trono, como esperaba a medias, sino a una sala de audiencias. Más apropiada para su reprimenda formal, supuso.

La Reina Charlotte y Prinny ya estaban sentados y esperando cuando llegó, y sus expresiones eran severas. Roland se acercó a la pareja con los ojos debidamente bajos e hizo una profunda reverencia, reconociendo su autoridad. Pero cuando se enderezó, cruzó la mirada con la Reina en un breve destello de desafío antes de apartar los ojos, esperando su reconocimiento.

—Lord Percy —dijo la Reina Charlotte a modo de saludo—, si no supiera lo que ha pasado, pensaría por su apariencia que ha pasado la noche de juerga en las alcantarillas en lugar de prepararse para esta audiencia.

—Perdóneme, Su Majestad, si he encontrado el sueño algo difícil de disfrutar después de los acontecimientos de ayer.

—Los *acontecimientos*, supongo, sería una forma de decirlo —replicó Prinny, tomando las riendas de su madre—. ¡Un buen tercio de la guardia permanente enviada —y por la palabra de su mayordomo, nada menos— mientras estábamos en medio de una ceremonia de Estado, ciertamente es un acontecimiento!

—¡Y su "mensajero" llegó demasiado tarde para atrapar a Lady Fitzroy. Hizo el viaje hasta Gravesend, y el barco llevaba una hora entera en el mar antes de que nuestras fuerzas pudieran llegar allí!

La voz de la Reina resonó como un látigo en la sala de audiencias.

—¿Sus hombres averiguaron hacia dónde se dirigía el barco? —se atrevió a preguntar Roland.

—Fácilmente. Subió a bordo del barco del embajador —dijo Prinny, inclinándose hacia adelante en su asiento—. ¿Estaba usted al tanto de algún complot entre ellos dos?

—¿Directamente entre Lady Fitzroy y el embajador? No, no lo estaba —dijo Roland—. Pero como han reconocido antes, había cierto grado de parentesco entre ellos. Sin embargo, tuve la oportunidad de presenciar un encuentro entre Lord Peregrine Fitzroy y Lindberg en White's.

Hubo un murmullo de conversación en voz baja entre los dos miembros de la familia real, demasiado bajo para que él pudiera entenderlo, y una sensación particular atravesó a Roland.

—¿Estaba Fitzroy también a bordo de ese barco en Gravesend?

—Los informes indicaban que solo la viuda Lady Fitzroy y su hija Lark subieron a bordo de

ese barco en Gravesend. Lord Fitzroy no fue mencionado, y tampoco pudimos encontrarlo en sus residencias en Londres —murmuró Prinny, reacomodándose en su asiento.

La Reina desestimó la pregunta de Peregrine con un gesto.

—En el mejor de los casos, no es más que un peón de su madre, y nos ocuparemos de él. Pero dejar escapar al cerebro detrás de la conspiración...

El rostro de la Reina se tiñó de descontento, su voz desvaneciéndose.

—Me gustaría escuchar de usted, con sus propias palabras, por qué decidió que este mensaje no era lo suficientemente importante como para traérnoslo usted mismo, con toda premura.

Sabía que este sería el punto de fricción. La punta de la espada que la Reina blandía contra él. Los miembros de la familia real nunca admitirían su parte de responsabilidad en lo sucedido, así que Roland no esperaba menos que servir de chivo expiatorio para su frustración. Se irguió de nuevo, cruzando las manos detrás de su espalda.

Mirando a la Reina a los ojos una vez más, respondió:

—Porque, Su Majestad, una vez que descubrí que Lady Grace se dirigía sin saberlo hacia el escondite del hombre que había cometido el asesinato, no había nada más importante que proteger su vida.

Prinny frunció aún más el ceño, pero el de la Reina pasó de una irritación suprema a una reflexión más descontenta. Dejó que Roland sostuviera su mirada mientras ponía a prueba su determinación por un momento, antes de que él volviera a apartar la vista.

—Le agradecemos su ayuda para desenmascarar al culpable y al villano a nuestro servicio, aunque parece que ha tropezado con la verdad como un buey con los ojos vendados atrapado en una tienda de porcelana —declaró Prinny formalmente.

La pausa de la Reina fue larga.

—Sí. También quiero felicitarle por la ayuda que ha prestado a la joven dama. Aunque creo, Lord Percy, que puede ser menos fiable en su asistencia de lo que había previsto. Puede retirarse ahora.

Despedido sumariamente, Roland se inclinó de nuevo y retrocedió para marcharse. La puerta cerrándose detrás de él resonó con un sonido hueco, y la piel entre sus hombros le picó de manera premonitoria. Estaba hecho, y ya no había nada más que hacer.

El débil sonido de pasos que se acercaban le hizo dudar en reanudar su movimiento de partida. Y así fue como se encontró de repente cara a cara con Lady Charity, escoltada hacia la sala de recepción por un lacayo.

Parpadeó, confundido.

—¿Señora? ¿Ha sido convocada por alguna razón?

Después de hacer una pequeña inclinación de cabeza al lacayo para indicar que todo estaba en orden y que podía dejarlos un momento, Lady Charity se acercó a él.

—No, fui yo quien solicitó una audiencia, Lord Percy.

Aturdido por la falta de sueño, no podía imaginar por qué razón. La expresión de su rostro era a la vez cerrada y compasiva, y eso despertó en él una preocupación más primordial que su convocatoria a la corte. Un centenar de preguntas galopaban en sus pensamientos a la vez.

—¿Hay algún problema con Grace? —preguntó, temiendo la respuesta.

Ella estudió su expresión con calma, mirando profundamente en sus ojos como si buscara los pensamientos que se ocultaban bajo la superficie.

—No. Acabo de volver de verla. Está... tan bien como se puede esperar en estas circunstancias. Hasta ahora, no hay signos de mortificación, pero su madre está más disgustada por el hecho de que, cuando la herida sane, dejará una cicatriz.

Roland dejó que sus pestañas se cerraran un instante para aliviar la sensación granulosa bajo sus párpados.

—Ya veo —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—¿Tiene intención de visitarla? —fue la siguiente pregunta de Lady Charity—. Está lo suficientemente bien para ello.

—Yo... no creo que sea prudente —admitió, y trató de desviar la atención de la verdad con un poco de humor—. Su padre incluso podría intentar cortarme la cabeza. Pero me alivia enormemente escuchar de usted... que ella está...

Su garganta se cerró por la emoción, y después de un momento, Lady Charity extendió la mano para posarla sobre la suya, ofreciéndole consuelo. Apartando la mirada, asintió, como si tomara algún tipo de decisión.

—Roland —dijo finalmente, tomando una pequeña respiración—, anulo nuestro compromiso. Es por eso que he venido a ver a la Reina.

En medio de todo lo demás, sus palabras fueron tan inesperadas que se tambaleó, y finalmente tuvo que poner una mano en la pared para mantener el equilibrio.

—¿Qué? ¿Por qué?

Ella agarró su brazo para estabilizarlo.

—Usted me ofreció un refugio en la tormenta que trastornó mi vida, y por eso... estoy tan agradecida por esa bondad que me ofreció sin hacer preguntas. Pero... ¿Cómo podría posiblemente usar esa invitación, sabiendo que lo privaría de la felicidad?

—Lady Charity... —dijo, recuperando un poco de su compostura—. Sé que hemos tropezado, tratando de encontrar un terreno común, pero no lo entiendo. Usted no me hace infeliz.

Una pequeña arruga de contrariedad se formó entre sus ojos mientras le sonreía.

—Es un alivio —dijo ligeramente—, aunque no estoy segura de creerle del todo. No puedo imaginar ser lo suficientemente ciega como para ignorar el hecho de que usted no quiere casarse conmigo.

—Eso no importa. No debería sufrir por culpa de Lady Fitzroy —dijo frunciendo el ceño—. No fue su culpa, y era la forma más rápida de resolver el problema.

Ella dejó caer su mano, con aire exasperado, antes de sonreír de nuevo, esta vez más irónicamente y más sinceramente que antes.

—Por supuesto que importa, pobre tonto. ¿Qué clase de persona sería si me casara con usted sabiendo que eso le impediría casarse con alguien a quien ama?

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Roland, y de repente le resultó difícil respirar. Dar sentido a sus palabras.

¿Ama? ¿Qué...?

Con el ceño fruncido, Charity le golpeó en el hombro con su abanico.

—Por Dios, Roland. Usted ama a Grace, ¿no es así?

29



Entre su necesidad de descanso y el deseo de su madre de castigarla, Grace no abandonó su habitación durante una semana entera. Elsie le llevaba las comidas en bandejas. Su padre se había ablandado lo suficiente como para permitir que el lacayo le trajera el periódico del día anterior. Felix hizo algunos intentos por obtener más información de ella, pero pronto abandonó la tarea.

A excepción de dos personas fuera de su familia, nadie sabía que había sido herida. Así que nadie la visitó para ayudarla en su convalecencia. Charity, al menos, ofreció una explicación mediante una nota diciendo que su familia estaría ausente de la ciudad.

De Roland, no hubo más que silencio.

Bueno, eso no era del todo cierto. Mientras pasaba el tiempo mirando por la ventana de su habitación, profundamente aburrida, Grace descubrió que él había adoptado la costumbre de pasar todas las tardes. Siempre pasaba a la misma hora, un momento en que Elsie estaba oportunamente ocupada en otra parte de la casa.

Después del quinto incidente de este tipo, Grace acorraló a Elsie y exigió la verdad.

—¿Has visto a Lord Percy?

Elsie se sonrojó y balbuceó un no. Mentía muy mal.

—Así que es por eso que pasa. ¿Hablas con él?

—Solo un momento, señorita. Pregunta por usted. Le aseguro que se está recuperando.

—Ya veo.

Grace guardó esta información para el día siguiente. Se deslizó por la escalera de servicio, teniendo cuidado de evitar al ama de llaves, al mayordomo y a cualquiera que pudiera informar de su "aventura" a su madre. Encontró a Elsie de pie cerca de la puerta lateral y le hizo señas para que entrara.

—Yo misma le daré noticias a Lord Percy hoy —dijo en tono glacial.

—Llama dos veces. Es su señal.

Elsie retrocedió y la dejó, sabiendo que era mejor no discutir con su señora cuando usaba ese tono.

De pie y sola, Grace se sintió repentinamente incómoda. Alisó la muselina de su vestido de día y caminó de un lado a otro por el sendero del jardín. No notó ni el aroma de las rosas ni el cálido sol del verano. Toda su atención estaba concentrada en la puerta de madera que la separaba del resto del mundo.

Un golpe decisivo rompió su concentración. Luego otro. Debía ser él. Sin vacilación alguna, descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

Roland estaba efectivamente al otro lado, elegantemente vestido con una levita de seda gris pálido y pantalones negros, y parecía agitado por el calor creciente del verano. O tal vez estaba agitado porque Grace estaba allí, con una ceja levantada irónicamente, en lugar de su doncella como esperaba.

—¿Grace? —preguntó, como si no estuviera seguro de que fuera realmente ella.

—¿Esperabas a alguien más, *Roland*? —dijo ella, inexplicablemente furiosa con él, y no estaba del todo segura de la razón.

Espera, sí lo sabía. En lugar de visitarla para ver cómo estaba, había estado merodeando, interrogando a Elsie. No había venido a verla, y eso le dolía.

Pero la sonrisa que iluminó su rostro hizo vacilar su furia hacia él, por lo que se recordó ese hecho nuevamente. Él *no* había venido a verla. El impulso de reprenderlo por su comportamiento aquí y ahora era irresistible, pero agarró su brazo y casi lo arrastró al jardín. Cerró la puerta y se aseguró de que estuviera con llave, sin querer audiencia para su reprimenda.

—Sígueme —declaró audazmente, y luego se encaminó por un sendero de guijarros.

Llegó a un pequeño banco de madera y se sentó, dejándolo de pie.

—Como puedes ver, estoy completamente recuperada, así que puedes dejar de importunar a mi doncella para obtener información. Si deseas saber más sobre mí, tendrás que visitarme como el resto del beau monde. A menos que puedas ofrecer otra explicación para tu notable silencio.

El rostro de Roland se volvió serio.

—No me sorprende encontrarte enojada conmigo, pero ¿cómo explicaría mi visita a tu madre? ¿Cómo explicaría la manera en que me enteré de que estabas indispuesta? Debo suponer que no les dijiste a tus padres que te vi lastimarte o que te traje a casa.

—Al menos podrías haber enviado una nota —dijo ella, incapaz de mantener un toque de petulancia fuera de su voz.

Sus ojos se suavizaron con arrepentimiento.

—Yo... Tienes razón. Al menos debería haber hecho llegar unas palabras a Elsie. Enviarte un mensaje.

—Sí, deberías haberlo hecho. Mi padre me da periódicos de hace un día, y aunque los he escudriñado de la primera a la última página, no he encontrado ninguna noticia de lo que sucedió. Ni una palabra sobre Sir David, ni sobre el embajador y la daga robada. Me ha vuelto loca y estoy completamente furiosa contigo por no mantenerme informada de lo que pasó.

Él suspiró, frotándose la parte posterior de la cabeza.

—Lady Fitzroy sigue prófuga, después de una exitosa fuga. Creemos que se embarcó hacia Suecia con el embajador, aunque si hace escala en el camino, podría ir a cualquier parte.

—¿Qué hay del resto de la familia?

Parecía confundida.

—¿Lord Fitzroy y Lady Lark no se fueron también?

—Lady Lark efectivamente acompañó a su madre, pero Peregrine se quedó. Casi termina en la Torre, sin embargo, y decidió unirse a las tropas de Wellington en el continente. Dijo que quería probar su lealtad a la corona.

Grace reflexionó sobre su respuesta, pero aún quedaban preguntas.

—¿Había algo que indicara que Lord Fitzroy estaba involucrado? Nos ha sido útil en el pasado, y no tenía conocimiento de las acciones de su madre con respecto a Charity.

—El cuchillo utilizado para matar al guardia, el que Sir David blandió contra usted, finalmente pudimos examinarlo correctamente. Encontramos el escudo de armas de los Fitzroy oculto bajo la envoltura de cuero.

Los ojos de Grace se abrieron de par en par.

—¿Era la daga de Lord Fitzroy? No es de extrañar que se volviera sospechoso. ¿Cómo limpió su nombre?

—Fitzroy no lo hizo. Sir David Green ha hecho una confesión completa desde su celda en la Torre. Proporcionó un testimonio sobre la participación de Lady Fitzroy a cambio de la promesa de clemencia para Matthew, y explicó que había tomado el cuchillo de la casa de los Fitzroy para usarlo como palanca en caso de que la duquesa viuda pensara en traicionarlo. Aunque no le sirvió de mucho. Él estaba tan ignorante como todos los demás sobre sus planes de abandonar Inglaterra. Con ella desaparecida, solo queda Sir David para cargar con toda la culpa.

—¿Qué pasará con Sir David ahora?

—No he oído nada oficial, pero dado el secreto que rodea el caso, dudo que vaya a juicio. Sería más fácil para todos los involucrados si se encontrara con su destino de una manera... más privada —dijo Roland suavemente, y Grace palideció al comprender lo que quería decir.

—Supongo que esto ha terminado, entonces, aunque todavía me estremece pensar que Lady Fitzroy sigue en libertad —murmuró ella.

—Entonces quizás deberíamos pasar a temas menos inquietantes, ya que hay poco más que podamos hacer al respecto hasta que vuelva a aparecer. Si es que lo hace. Esperemos que se haya escondido y permanezca oculta en un reino lejano para que nunca más tengamos que preocuparnos por ella.

—¿Y usted y Charity podrán finalmente celebrar su final feliz? —preguntó ella, tratando de levantar una esquina de su boca en una sonrisa, pero parecía forzada—. Recibí una nota de Charity diciendo que dejaba la ciudad. ¿Se ha ido a hacer preparativos de boda?

El rostro de Roland pasó por toda una gama de emociones, para terminar en un arrepentimiento incierto.

—Ah, no. Lady Charity decidió romper nuestro compromiso al día siguiente, después de visitarla a usted. Ella... ¿no se lo dijo?

—¿Hizo *qué*? —exclamó Grace—. Pero... ¿Por qué razón?

—Ella sabía que yo no deseaba casarme con ella —dijo simplemente, luciendo avergonzado e incómodo.

Toda la ira residual abandonó a Grace, y sintió lástima por él. Se movió en el banco en una invitación silenciosa.

—¿Alguien más sabe de esta información?

Viendo el espacio, se sentó a su lado, dirigiéndole una débil sonrisa.

—No es de conocimiento público, pero no sé hasta dónde se ha extendido la noticia. Estaba seguro de que al menos se lo habría dicho a usted y a su familia, lo cual era la otra razón por la que me mantuve alejado. De lo contrario, su padre y su hermano habrían aparecido en mi puerta exigiendo reparación por haberla comprometido, o para precipitarnos al altar.

Grace estaba tan desconcertada por la imagen de ser precipitada al altar con él que no sabía qué decir. Finalmente, se aferró al recuerdo de la última visita de Charity.

—Lo siento mucho que ella haya terminado su relación. No le dije nada sobre sus sentimientos hacia ella... debe creerme, Roland.

—No fue nada que usted haya dicho o hecho —dijo él, tocando su mano para tranquilizarla —. Si alguien tiene la culpa, soy yo.

—¿Qué hará ahora? —preguntó ella con vacilación—. Esto debe trastornar sus planes, ya que había dicho que debía casarse esta temporada, ¿no es así?

—Por insistencia de mi abuelo —admitió—. Pero he llegado a darme cuenta de que tenía

razón cuando decía que yo era reacio a querer más para mí mismo. Rara vez he tenido el lujo de hacer mis propios planes, y estoy listo para que eso cambie. He aprendido el alto costo de dejar que otros dicten mi futuro. Para mi próximo cortejo, haré mi propia elección y dejaré que mi corazón tenga voz.

—¿Oh? —preguntó Grace en un susurro.

Una banda de tensión apretaba su pecho y apenas se atrevía a respirar.

—¿Su corazón lo atrae en alguna dirección en particular?

—Eso depende —dijo Roland.

Le levantó la barbilla hasta que pudo mirarla a los ojos.

—¿Dónde tiene la intención de pasar el verano, Lady Grace?

—Mi familia va a Brighton.

Tomó una profunda respiración y añadió:

—He oído que es encantador en esta época del año. Si lo desea... podría unirse a nosotros.

Roland y Grace volverán en **La intriga del zafiro**.

Un código robado, un Pabellón confinado y un amor en juego: la temporada de secretos de la Regencia en Brighton apenas comienza.

Brighton, 1813: La alta sociedad abandona las animadas calles de Londres por la serena elegancia de la costa en el Pabellón Real. Se avecina un verano de relajación y romance, especialmente para Lord Roland Percy y Lady Grace Tilbury.

Sin embargo, la tranquilidad se rompe cuando un consejero militar clave es encontrado asesinado y sus códigos militares secretos son robados, sumiendo al Príncipe Regente en un frenesí. Por orden real, el Pabellón queda confinado, dejando a Roland y Grace frente a un ultimátum temible: recuperar los códigos perdidos o renunciar al favor real en beneficio de su incipiente relación.

La investigación parece simple, con solo unos pocos sospechosos probables. Pero el misterio se complica cuando su principal sospechoso sufre un destino igualmente funesto, obligándolos a cuestionar todo lo que creían saber. Mientras navegan por un laberinto de engaños, el traidor que buscan se aleja cada vez más.

El tiempo se acaba, Roland y Grace se ven arrastrados a una desesperada cacería para atrapar al traidor antes de que desaparezca con las mareas. Su futuro juntos, y la seguridad misma del Imperio británico, están en juego.

¿Podrán desenmascarar al culpable, o su primera temporada en Brighton será también la última?

Descúbrelo en **La intriga del zafiro**.

¿Quieres mantenerte informado sobre nuestros nuevos libros? Suscríbete al boletín de Lynn para recibir noticias sobre libros, ofertas, promociones especiales y excelentes recomendaciones de lectura. Puedes registrarte aquí: https://lynnmorrison.myflodesk.com/diamanteperdido

Notas históricas

Al prepararnos para escribir este libro, nos sumergimos en los archivos históricos en busca de inspiración. Sabíamos que necesitábamos un villano relacionado con el ejército y un embajador visitante para iniciar la trama. Como siempre, la historia nos proporcionó numerosas fuentes de inspiración. Aunque nos tomamos ciertas libertades al crear nuestros personajes ficticios, pensamos que les interesaría saber más sobre las personas reales que descubrimos durante nuestra investigación.

A pesar del poco tiempo que ocupa en el libro, el embajador fue uno de los personajes más difíciles de definir. Cambiamos su nombre y país de origen tres veces durante nuestra investigación.

Originalmente, pensábamos en una región de Alemania, pero en 1813, la Confederación Germánica era un mosaico de territorios y estados. Era un verdadero embrollo de política exterior, y un oscuro laberinto de investigación para tratar de encontrar un lugar de origen apropiado para él. Queríamos que la relación entre Gran Bretaña y el país de origen del embajador fuera algo tumultuosa, si no directamente mala. Entra en escena Suecia, que entonces era un reino unificado (más o menos).

Como muchas regiones que habían desarrollado una industria comercial, sufrió mucho económicamente durante las guerras napoleónicas. Gran parte de esto se debió al sistema continental, el bloqueo marítimo impuesto por Gran Bretaña a Francia y sus aliados a partir de 1806. Napoleón respondió con su propio embargo, prohibiendo la importación de mercancías británicas en los países europeos aliados o dependientes de Francia, y gran parte del sistema comercial mundial se derrumbó en toda Europa.

En ese momento, Suecia estaba gobernada por el Rey Gustavo IV Adolfo, que se alineaba estrechamente con las posiciones anti-francesas de Gran Bretaña y Rusia. Desafortunadamente para Gustavo IV, Rusia fue poco después derrotada por Napoleón en la batalla de Friedland. El tratado de Tilsit, firmado en 1807, significaba que Rusia cambiaba su lealtad a favor de Francia. Al año siguiente, Rusia atacó a Suecia en la guerra de Finlandia (1808-1809), y como resultado, le arrebató Finlandia a Suecia.

La relación entre Gran Bretaña y Suecia era algo complicada por ambos lados, ya que durante un tiempo, Suecia había intentado ser neutral. Aunque no se prometió ayuda específica a Suecia por parte de los británicos, hay algunos indicios de que Gran Bretaña había insinuado algún tipo de apoyo de interés común a los países que se oponían al embargo de Napoleón. Pero nada formal se desarrolló, sin embargo, hasta después de la guerra de Finlandia.

Después de perder la guerra de Finlandia y Finlandia, Gustavo IV fue destituido en un golpe

de Estado. Su tío, Carlos XIII, subió al trono. Sin embargo, Carlos XIII era anciano y sin hijos, y su primer heredero presunto adoptado murió. En 1810, Carlos XIII adoptó a Jean-Baptiste Bernadotte, uno de los antiguos mariscales de Napoleón, como Príncipe heredero de Suecia. Bernadotte cambió su nombre a Karl Johan, y en 1813, en el momento en que se desarrolla el libro, era regente. Carlos XIII todavía estaba vivo, pero incapacitado.

Quizás se pregunten si el hecho de que un antiguo mariscal francés se convirtiera en regente y luego en el Rey Carlos XIV jugó a favor de Napoleón. No fue así, aunque esperaba que extendiera su influencia. Por el contrario, Bernadotte se unió a las fuerzas de la Sexta Coalición que luchaban contra Napoleón. Pasó de ser mariscal francés a ser realeza sueca, y la Casa Bernadotte aún reina en Suecia hoy en día.

En cuanto a nuestro villano, fue una pequeña mención en Wikipedia que mostraba una laguna en el historial de servicio del Príncipe Federico lo que hizo trabajar nuestra imaginación. El Príncipe Federico, duque de York y Albany (Federico Augusto; 16 de agosto de 1763 - 5 de enero de 1827) era el segundo hijo del Rey Jorge III y la Reina Carlota. Como hijo menor, pasó su carrera profesional dirigiendo el ejército, llegando a ejercer la función de comandante en jefe del ejército británico durante las guerras contra Napoleón. Su historial es impresionante, al igual que su legado en la reestructuración del ejército. Nosotras, como escritoras, estábamos más interesadas en una pequeña laguna en su expediente como comandante en jefe.

Del 25 de marzo de 1809 al 29 de mayo de 1811, el general Sir David Dundas tuvo que intervenir como jefe interino de las fuerzas británicas cuando un escándalo de corrupción forzó al Príncipe Federico a dimitir. La amante de Federico, una tal Mary Anne Clarke, fue acusada de vender ilegalmente comisiones en el ejército, bajo el pretexto de tener el permiso de Federico para hacerlo. Se necesitaron dos años para que saliera a la luz información que exculpara a Federico de toda implicación en este escándalo.

Mary Anne Clarke (nacida Thompson) comenzó su vida como hija de un comerciante. A los 18 años, se casó con un tal señor Clarke, un albañil, pero su relación resultó inestable. Cuando Clarke se declaró en bancarrota, Mary Anne buscó otras fuentes de ingresos. Logró convertirse en una cortesana establecida, gracias a su belleza, y finalmente atrajo la atención del segundo hijo del Rey Jorge. Por su parte, el afecto de Federico por su amante superaba los límites de su cartera. Cuando no logró darle suficientes fondos para financiar su estilo de vida, ella recurrió a la venta de las mencionadas comisiones militares.

Antes de separarse de su marido, Mary Anne había tenido una hija - Ellen Clarke. Ellen se casó con Louis-Mathurin Busson du Maurier. Su hijo fue el caricaturista George du Maurier, y su bisnieta fue la novelista Daphne du Maurier, quien inmortalizó a su tatarabuela en su libro *Mary Anne*.

Queríamos integrar mucho más de la historia de Federico y Mary Anne en *El puñal de rubí*, pero resultó demasiado compleja para encajar con el resto de nuestros planes. Mantuvimos en mente la imagen del reemplazo temporal, preguntándonos qué le sucedería a un líder militar de este nivel cuando la corona ya no lo necesitara. A partir de ahí, inventamos el personaje de Sir David Green. Sus acciones y palabras son únicamente producto de nuestra imaginación.

La Intriga del Zafiro
Un misterio de las joyas de la corona

Un código robado, un Pabellón confinado y un amor en juego - la temporada de secretos de la Regencia en Brighton apenas comienza.



Brighton, 1813: La alta sociedad abandona las animadas calles de Londres por la serena elegancia de la costa en el Pabellón Real. Se avecina un verano de relajación y romance, especialmente para Lord Roland Percy y Lady Grace Tilbury.

Sin embargo, la tranquilidad se rompe cuando un consejero militar clave es hallado asesinado y sus códigos militares secretos robados, sumiendo al Príncipe Regente en un frenesí. Por decreto real, el Pabellón queda confinado, dejando a Roland y Grace frente a un temible ultimátum: recuperar los códigos perdidos o renunciar al favor real en beneficio de su incipiente relación.

La investigación parece sencilla, con solo unos pocos sospechosos probables. Pero el misterio se complica cuando su principal sospechoso sufre un destino igualmente funesto, obligándoles a cuestionar todo lo que creían saber. Mientras navegan por un laberinto de engaños, el traidor que buscan se les escapa cada vez más.

Con el tiempo en su contra, Roland y Grace se embarcan en una búsqueda desesperada para atrapar al traidor antes de que desaparezca con las mareas. Su futuro juntos, y la propia seguridad del Imperio Británico, están en juego.

¿Podrán desenmascarar al culpable, o su primera temporada en Brighton será también la última?

Descúbrelo en **La intriga del zafiro**.

Agradecimientos

Gracias a Melody Simmons por crear varios borradores de la portada de este libro con el fin de perfeccionarla.

Gracias a Brenda Chapman, Jody Tappan, Ken Morrison y Lois King por actuar como lectores beta. Les estamos agradecidos por aceptar manejar las erratas y dar su opinión sobre la historia.

Como siempre, queremos agradecer calurosamente a nuestro equipo de lectores expertos por su generosidad en tiempo, por leer las primeras copias y proporcionar críticas oportunas. Además, no estaríamos aquí sin todas las personas que se arriesgaron a confiar en un dúo de escritoras y le dieron una oportunidad a nuestra serie.

Acerca de Anne Radcliffe

Como expatriada estadounidense que vive en Ontario con su marido y su hijo adolescente, Anne Radcliffe pasa mucho tiempo editando o escribiendo para evitar tener que convertirse en fanática de los Maple Leafs. A Anne le encantan las buenas historias, sin importar el género o el medio: libros, novelas gráficas, televisión, películas o videojuegos. Puede obtener más información sobre Anne en su sitio web en AnneRadcliffe.com.



Acerca de Lynn Morrison

Lynn Morrison vive en Oxford, Inglaterra, con su marido, sus dos hijas y sus dos gatos. Nacida y criada en Mississippi, su espíritu aventurero la ha llevado a vivir en California, Italia, Francia, el Reino Unido y los Países Bajos. Aunque ha codeado con candidatos presidenciales y miembros del parlamento, ha festejado en discotecas de Ginebra y Praga, explorado templos japoneses y recorrido ruinas romanas, las verdaderas aventuras de Lynn no pueden competir con las historias que se desarrollan en su mente.

Es tan apasionada por la lectura como por la escritura, y casi siempre se la puede encontrar con un libro en la mano. Puedes aprender más sobre ella en su sitio web : lynnmorrisonwriter.com

